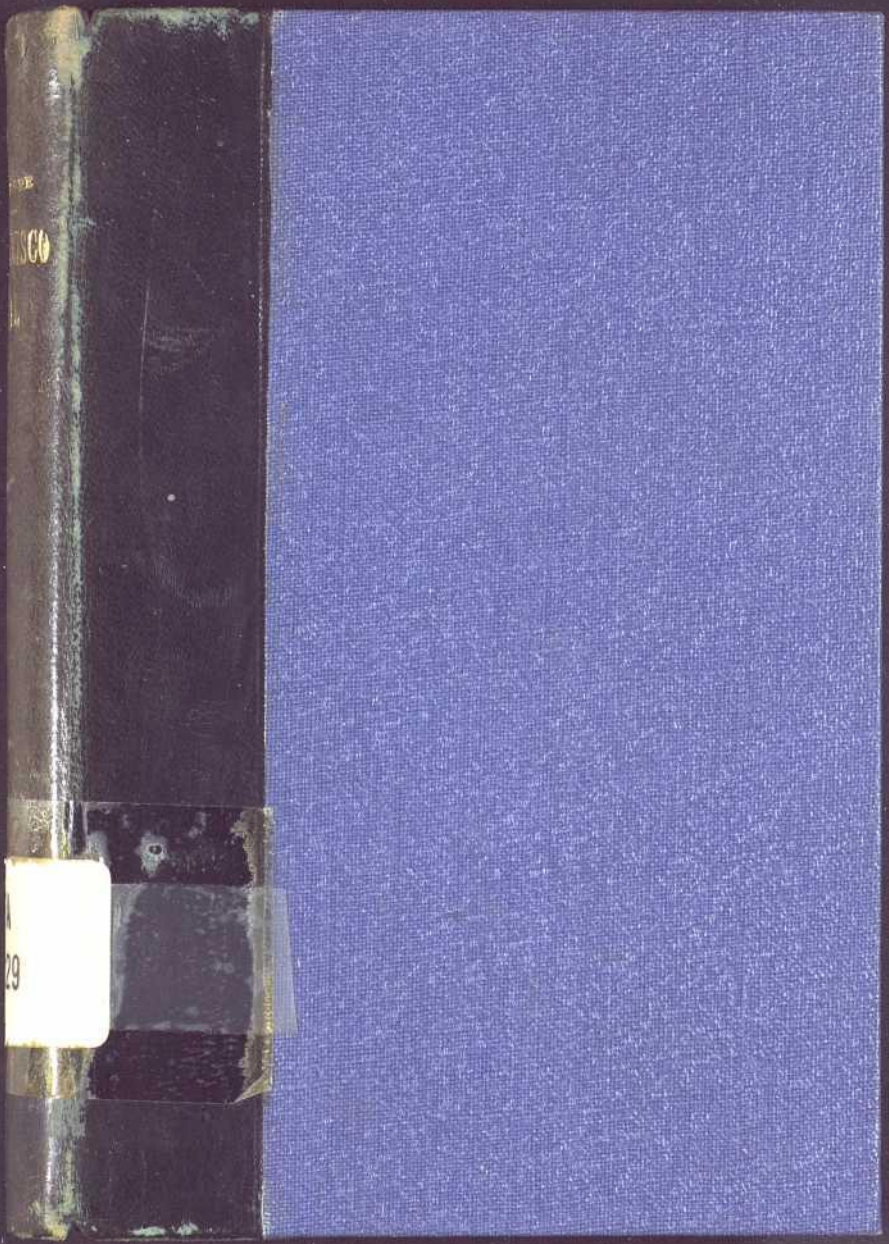


Biblioteca Pública de Teruel

Sala

Estante M-4

Signatura 295

R.-E.-2846
FA 6229

Duo Polo - 693

FA
6.229

EL BIENAVENTURADO

FRANCISCO GIL DE FEDERICH

DE LA ORDEN DE PREDICADORES

SU VIDA Y MARTIRIO

POR EL

P. FR. LORENZO G. SEMPERE

DE LA MISMA ORDEN

BIBLIOTECA
TERUEL
PROVINCIAL

VALENCIA—1906

TIPOGRAFÍA MODERNA, Á C. DE M. GIMENO

Avellanas, 11

MR 5317
R-2816

ES PROPIEDAD

CENSURA DE LA ORDEN

Por encargo del M. Ildo. P. Provincial Fr. Santiago Payá, hemos examinado el manuscrito «El Bienaventurado Francisco Gil de Federich, de la Orden de Predicadores. Su vida y martirio», por el R. P. Fray Lorenzo G. Sempere, y puesto que, á nuestro juicio, no contiene cosa alguna contraria á la santa Fe ó á la moral, y sí muchas que servirán de edificación á las almas, somos de parecer que puede imprimirse y publicarse.

Roma, 8 de Abril de 1906.

Fr. Miguel Saralegui, O. P.

Lector de Teología.

Fr. José Noval, O. P.

Lector de Derecho Canónico.

LICENCIA DE LA ORDEN

Visto el informe favorable de los Censores de la Orden, por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse el manuscrito titulado «El Bienaventurado Francisco Gil de Federich, de la Orden de Predicadores. Su vida y martirio», por el Ildo. P. Fr. Lorenzo G. Sempere.

Madrid, 11 de Abril de 1906.

Fr. Santiago Payá

Prior Provincial.

(Hay un sello)

CENSURA Y LICENCIA DEL ORDINARIO

Illmo. Sr.:

En cumplimiento del encargo que V. S. Ilustrísima se ha servido encomendarme, he examinado el manuscrito intitulado ***El Bienaventurado Francisco Gil de Federich, de la Orden de Predicadores. Su vida y martirio,*** por el R. P. Fr. Lorenzo G. Sempere, O. P., y no he encontrado en él cosa alguna contraria al dogma ó á la moral cristiana; antes bien, estimo que este libro es digno de alabanza y merecedor de encomio por su laudable fin y por el acierto con que el distinguido Dominico ha llevado al cabo su empresa. No se contenta el autor con la mera narración de los hechos, sino que á vuelta y revueltas de documentos históricos, que en gran número ha consultado, ofrece á sus lectores una historia razonada del glorioso Mártir, hermanando su devoción al Bienaventurado y su amor á la esclarecida Orden, cuyo hábito viste, con la imparcialidad y la prudente discreción del historiador. Al pesar de los cortos y estrechos límites en que debe encerrarse una obra de esta índole, nada, sin embargo, se omite en ella de cuanto puede servir para mejor conocer los acontecimientos que se refieren.

Variedad, sin digresiones impertinentes; concisión, sin obscuridad, y forma sencilla, sin desaliño: esto es el libro del R. G.ª Sempere.

Por todo lo cual, juzgo que la Vida del Bienaventurado R. Fr. Francisco Gil de Federich puede publicarse, y que su publicación será útil y provechosa á los fieles. Esta es mi humilde opinión, que tengo el honor de manifestar á V. S. Ilustrísima, cuya vida guarde Dios muchos años.

Valencia 28 de Abril de 1906.

Dr. Marcial López

Canónigo y Profesor de S. Teología.

Valencia 28 de Abril de 1906.

De conformidad con el dictamen del Censor, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse la obra titulada ***El Bienaventurado Francisco Gil de Federich, de la Orden de Predicadores. Su vida y martirio,*** escrita por el Rdo. R. Fr. Lorenzo G. Sempere.

El Vicario Capitular,

Dr. Rocafull

Por mandado de S. S. Ilma.,

Dr. Constantino Tormo

Penitenciario-Secretario.

(Hay un sello)

AL PIADOSO LECTOR

Nos manda el Espíritu Santo (1) alabar á los varones ilustres que fueron nuestros predecesores y como nuestros padres, en la grande obra de honrar á Dios, santificándose y santificando á los prójimos.

Este mandamiento cumplimos hoy doblemente satisfechos, porque el varón ilustre, cuya vida y martirio historiamos en este libro, es hijo de España é hijo de la Orden de Predicadores, á la que inmerecidamente pertenecemos. Su memoria y su valiosa intercesión han de producir en nuestras almas alientos para la virtud y confianza en la misericordia del Señor. Este es el deseo que nos ha guiado al escribir, lo mejor que hemos sabido, las presentes páginas.

Á fin de simplificar notas y autorizar nuestra

(1) Eccli. XLIV, 1.

narración, nos ha parecido relatar las obras que en nuestra labor hemos consultado.

Son las siguientes:

Analecta Ordinis Praedicatorum.—Romae. Tomos 1.°, 2.° y 6.°

Acta Capitulorum Provincialium Provinciae Smi. Rosarii Philipinarum.—Manilae. Tomos 1.°, 2.°, 3.° y 4.°

Constitutiones S. Ordinis Praedicatorum.—Paris, 1886.

Collectio complectens Ordinationes Primordiales Provinciae Smi. Rosarii.—Manilae, 1868.

Tunquinen. Beatificationis... Positio sup. dub. Martyr., Causa Martyr., et signis sive miraculis. —Romae, 1904.

Correo Sino-Anamita. — Manila. Volúmenes XXXII y XXXIII.

Relación del Martirio de los Venerables Padres y Siervos de Dios Fr. Francisco Gil de Federich y Fr. Mateo Alonso Liciniana.—P. Vicente Salazar. —Manila, 1746.

Memoria de las Misiones Católicas en el Tonkin...—P. Fr. Manuel Amo.—Madrid, 1846.

Idea del Imperio de Anam...—P. Fr. Manuel de Rivas.—Madrid, 1849.

Anales de Tortosa.—Dr. D. Ramón O'Callaghan.—Tortosa. Los tres tomos.

Vida de Santo Domingo de Guzmán.—Padre M. Fr. Antonio Tourón. Traducido del francés por el P. M. Fr. Vicente Bernardos de Quirós.—Granada, 1825; tomo 2.°

Vida y Martirio del V. P. Fr. Francisco Gil de

Federich y de Sans.—Antonio Gil de Federich.—Edición de Tortosa, 1904.

Aritmética y Cálculos Mercantiles.—José Angulo y Morales.—Madrid, 1893; tomo 2.°

Diccionario Geográfico Universal. — Antonio Montpaláu.—Madrid, M.DCC.XCIV; tomo 3.°

Diccionario Geográfico Estadístico.—Sebastián de Miñano. Madrid, 1828; tomo IX.

Novísima Geografía Universal.—Malte-Brun. Arreglada por R. de Ll. é ilustrada.—Barcelona, 1886; tomo 1.°

Lecciones de Geografía Universal.—P. Fr. José Noval.—Manila, 1896.

Breviarium Augustinianum.—Vennetiis, M.DCC.XXXII.

Atlas de Poche.—Schrader.—París, 1897.

Atlas Geográfico Universal.—Elías Zezolo.—Paris, 1899.

La Orden de Predicadores.—P. M. Vigil, obispo de Oviedo.

Summa S. Theologiae.—Sti. Thomae Aquinatis.—Augustae Taurinorum, 1886; los 6 tomos.

Historia de la Provincia de Aragón...—Padres Rais y Navarro.—Zaragoza, 1819.

Historia de la Provincia del Smo. Rosario.—P. Fr. Joaquín Fonseca.—Madrid, 1870; los 6 tomos.

Memoria delle Missioni Catoliche nel Regno del Tunchino.—P. Alberto Guglielmotti.—Roma, 1844.

Compendio de la Reseña biográfica de los Religiosos de la Provincia del Smo. Rosario...—Padre Fr. Hilario Ocio (anónimo).—Manila, 1895.

Carta del V. P. Fr. Mateo Alonso Liciniana.—Fechada en Tonkin el 20 de Septiembre 1744.

Cartas del R. P. Fr. Miguel Portell.—Fechadas en San Gervasio (Barcelona) el 17 de Septiembre y 17 de Octubre 1905.

PROTESTA DEL AUTOR

Cuanto decimos en este libro, lo sujetamos al juicio de Nuestra Santa Madre Iglesia. Las voces *Venerable, Justo, Mártir, Santo, Confesor de Cristo, Profecías, Milagros* y otras parecidas que empleamos en esta obra, no queremos tengan más autoridad que la humana y no expresan de parte del autor otra cosa que el afecto piadoso con que las mira.

Valencia, 2 de Febrero, fiesta de la Purificación de la Sma. Virgen María, 1906.

Fr. L. G. Sempere

O. P.

EL BIENAVENTURADO

FRANCISCO GIL DE FEDERICH

de la Sagrada Orden de Predicadores

CAPÍTULO I

DE LA PATRIA DEL SANTO MÁRTIR

Es un hecho innegable que si la gloria de un héroe acrecienta la de su patria, la gloria de ésta irradia á su vez sobre la figura del héroe y le comunica en la estimación de los hombres nuevo esplendor (1). Por esto no debe parecer extraño

(1) «Decía Eurípides que para ser un hombre del todo bien afortunado, la primera joya con que había de adornarse era haber nacido en ilustre tierra». *Vida del V. P. M. Fr. Luis de Granada*, por el licenciado D. Luis Muñoz, lib. I, cap. I.

que, al bosquejar la vida del Beato Gil de Federich, comencemos por dar á conocer, si bien á grandes rasgos, la ciudad en que nació, la cual, con ser la cuna del mártir esclarecido que el Vicario de Jesucristo acaba de ensalzar al honor de los altares, adquiere un timbre purísimo de gloria, pero ya tenía muchos y muy ilustres desde la más remota antigüedad y no le han faltado otros hasta nuestros días.

Pudiéramos decir que el santo mártir no pertenece á ninguna de las regiones comúnmente conocidas en nuestra Península, y en las que la dividen para su estudio los geógrafos, historiadores y políticos. No es ni valenciano, ni aragonés, ni catalán, sin embargo de que nació en el principado de Cataluña y en una de las ciudades más importantes del reino de Aragón, y en una diócesis cuyo mayor y mejor territorio tiene en el reino de Valencia. Los que estén versados en la historia regional de España habrán ya adivinado con estos datos que nuestro biografiado nació en Tortosa. Esta ciudad antiquísima fué conocida por los romanos

con el nombre de *Dertusa*, llamada *insigne* por Estrabón; *celebérrima* por Plinio; por Alfonso II de Aragón, *llave de los cristianos, gloria de los pueblos y honor del orbe*, y por Felipe IV, *ciudad fidelísima y ejemplar*. Desde la cartapuebla que le otorgó el Conde de Barcelona, D. Ramón Berenguer, el año 1149, luego que la rescató de los moros, Tortosa fué como el centro de una región que bien puede y debe llamarse *tortosina*. Su jurisdicción eclesiástica abarca el célebre Maestrazgo, desde Tarragona á Valencia, hasta cuyo límite, Almenara, se extiende la diócesis de Tortosa, internándose además en las provincias de Teruel, Zaragoza y Lérida. Algunos escritores sostienen que esta región es la antigua romana que se llamó *Ilercavonia*.

Mil títulos hacen á Tortosa ciudad importantísima en la antigüedad. La visita de San Pablo; el haber sido su primer Obispo San Rufo, hijo de Simón Cirineo; la deferencia con que la miraron los Césasares del Imperio, que le concedieron el grande privilegio de batir moneda; la veneración en que la tuvieron los visigo-

dos, que no sólo le confirmaron este y otros privilegios, sino que le concedieron otros muchos, por los cuales, al llegar á sus puertas la invasión agarena, los moros la respetaron é hiciéronla más tarde capital de uno de tantos reinos ó taifas en que se dividieron la Península.

En sus tradiciones está la visita que hizo á Tortosa la Santísima Virgen, bajando del cielo y entregando á los tortosinos su propio Ceñidor, de donde procede la advocación de Nuestra Señora de la Cinta, á quien rinden culto ferventísimo los fieles de esta región (1). En la reconquista, Tortosa obtiene de los Condes de Barcelona un régimen autónomo y un Código foral del que dice D. Bienvenido Oliver que no sólo es de los más perfectos de España, sino también el «Código tipo de la Edad Media en toda Europa». De Tortosa fué Obispo el Papa Adriano VI, que elegido ya Pontífice

(1) En el claustro de la Catedral se conserva y muestra con veneración una pila de agua bendita, en que se dice la tomó la Santísima Virgen al entrar y salir del templo, cuando fué á entregar el prodigioso Ceñidor. La rodea una verja de hierro cerrada.

Máximo ofició en aquella Catedral en las *Vísperas* de *Corpus* del año 1522; allí, el apóstol de Europa, preclaro ornamento del reino de Aragón, San Vicente Ferrer, sostuvo con los moros y judíos una de las más famosas disputas entonces en uso, en la cual otra vez la fe católica fué acatada por los israelitas y adoradores de Mahoma; allí, en 1412, se reunen las Cortes de Cataluña para la designación de los Compromisarios del celebérrimo plebiscito que terminó por la proclamación, en Caspe, de Fernando de Antequera por Rey de Aragón; Tortosa, por último, rayó á inconmensurable altura en valor, fidelidad y pureza de creencias, cuando las grandes y nefastas invasiones de los franceses, primero en tiempo de Luis XIV y después en los días del primer cónsul Napoleón I.

Esta antigüedad gloriosa, su vega, su posición á las márgenes de la desembocadura del Ebro, el genio industrial y espíritu serio de sus moradores dieron á Tortosa en los siglos del poderío nacional un lugar preeminente en la administración pública del Estado, confirmán

dole los Reyes de Aragón y Castilla colmados honores que, como Marquesado, venía disfrutando desde Ramón Berenguer. Al presente, y por el sistema de centralización que en mal hora se importara de la vecina República, en los días de la Enciclopedia, en nuestra España, Tortosa figura en el censo público entre las ciudades de más de 20.000 habitantes, habiendo perdido todas sus autonomías administrativas. La ciudad es de aspecto noble y señorial, lo que se nota desde que el viajero pisa en la primera calle. Entre los edificios públicos sobresale uno que vale por muchos, la hermosa Catedral, riquísimo museo de arte gótico-ojival, de mármoles, alabastros y pinturas que la decoran. En particular, es digna de todo encomio la esbelta capilla de la Patrona, Nuestra Señora de la Cinta. Y es dignísimo de notarse que todas estas joyas del arte arquitectónico están construídas con productos indígenas, de canteras y criaderos que no distan apenas de la ciudad sino dos ó tres kilómetros, y desde luego están en la jurisdicción de Tortosa. Se admira allí

también el devotísimo Calvario, emplazado en un monte junto á la ciudad, y tan bien presentado que el forastero, cuando lo visita, no puede menos de elevar su mente á los misterios que en él se veneran.

Dejando otras noticias sobre las riquezas que se encierran y explotan en los dilatados términos de esta región, añadiremos á esta breve reseña dos palabras nada más acerca de la grandeza intelectual y moral de que justamente se enorgullece la antigua *Ilercavonia* y *Dertusa*. Y como por el fruto se conoce el árbol, bien podemos decir que Tortosa, con su región, fué siempre, y es en la actualidad, un pueblo amante del saber y de la honradez cristiana y gloria purísima de la Patria. No hace falta remontarnos á los esclarecidos hijos de esta región en la antigüedad. Basta recordar unos cuantos nombres para convencernos de que no es equivocado el concepto que formado hemos sobre este punto.

Sucesores en la Silla de Lirioso y Paterno, célebres Obispos tortosinos en la Edad Antigua, fueron los esclarecidos

hijos de Tortosa *D. Aroldo* y *D. Ponce de Jardín*, que en el siglo XIII brillaron con su virtud, saber y dotes de gobierno, como podemos verlo en el *Cartoral de la Cadena*, según notician los historiadores. Este libro hay que buscarlo, al presente, en alguna de las Bibliotecas nacionales de Europa. Desapareció en el siglo XVIII. No dudamos de que algún tortosino, amante de las glorias de su ciudad, acabará por encontrar este perdido ó desaparecido tesoro.

También brillaron en la Sede dertusense los Obispos *Punter*, quien en la misma Catedral de Tortosa fué cura, canónigo, dignidad, Vicario General, Vicario Capitular y Obispo; *Auter*, celebérrimo Doctor de la Universidad de Valencia y Maestro de Teología de la Orden de Santo Domingo; *Veschi de Campania*, Ministro General de San Francisco y Prelado de los más insignes que ha tenido Tortosa. Finalmente, fué también Obispo de esta ciudad el Cardenal *Otón de Moncada*, comisionado por el Papa Martino V para reconciliar con la Iglesia á cuantos, después del Concilio Constanziense, ha-

bían seguido la obediencia del antipapa D. Pedro de Luna.

De esta Diócesis, asimismo, fueron hijos los beneméritos Prelados: Eminentísimo Cardenal *Ram,* que presidió el jurado del Compromiso de Caspe; *Allepuz,* Arzobispo de Sacer, hijo de Morella; *Balaguer,* dominico, Obispo de Albarracín y Orihuela, hijo de La Jana; *Sentis,* de Cherta, Obispo de Barcelona y Lugarteniente del Rey en el Principado; *Crespi,* O. P., hijo de San Mateo, Obispo de Vich, y el V. Illmo. Sr. D. *Fr. Domingo Martí,* hijo de Morella, dominico y primer Vicario Apostólico del Tunkín Central, que murió en olor de santidad en Hong-Kong el 26 de Agosto del año 1852 (1).

En el campo de las letras deben recordarse para gloria de Tortosa sus preclaros hijos, entre otros, los Sres. D. Cristóbal Despuig, que el año 1557 inició la historia de su país natal, con sus nunca

(1) Hemos visto y conversado en Morella, el día 6 de Agosto de 1905, con una señora muy anciana, hermana política de este venerable Obispo, la cual, con gran placer nuestro, nos refirió varias anécdotas de la vida de este gran misionero de Asia, en los tiempos modernos.

bien ponderados *Coloquios;* D. Francisco Martorel y D. Vicente Miravall, que continuaron las *crónicas de Tortosa* en el siglo XVII, y finalmente, D. Daniel Fernández, que publicó en 1868 la historia de Tortosa más completa. En nuestros días vive también en esta ciudad un hombre cuyo saber profundísimo y amor entusiasta á Tortosa, hacen que al nombrarle se descubran reverentes todos los tortosinos. Nos referimos al M. I. Sr. Doctor D. Ramón O' Callaghan, Doctoral de Tortosa y Archivero de su Cabildo. Su entusiasmo, que podríamos llamar pasional, por Tortosa, se revela de modo admirable en los *Anales* que sobre Dertusa publicó los años 1886 á 1888. Estas y otras obras de mérito indiscutible son, no sólo producto de su gran corazón, sino también de su poderosa inteligencia y pasmosa erudición de Teólogo, Legista, Filósofo y Cronólogo (1).

En las artes como en la ciencia, la región tortosina se gloría de tener mu-

(1) De los «Anales» hemos tomado varias de las noticias que damos en este capítulo.

chos hijos que la honran con la lira unos, con el pincel y el buril otros. Su juventud, que de antiguo fué cultísima y estudiosa, como lo prueba la existencia de los Colegios Mayores, hasta el año 1835 regentados allí por los hijos de Santo Domingo, no descansa ni ceja un punto en su noble empeño de adelantarse en toda clase de ciencias. Además de haber hoy en Tortosa muchos centros docentes, tiene un Colegio de segunda enseñanza y el Seminario Conciliar, que es un monumento solidísimo de amor á la ciencia y á las letras humanas (1).

Pero más alto que los timbres de mando, ciencia, letras y artes, está en la Patria el timbre del heroísmo de sus hijos, ya que un pueblo sin héroes, dice

(1) Esta juventud, en Mayo del año pasado, dedicó un Certamen artístico literario-científico á la memoria del Angel de la ciencia, Santo Tomás de Aquino; en él se recreó satisfecha la imaginación ante los primores de la pintura, modelado, música, poesía, literatura, ciencia, que formaron el conjunto de los laureles conseguidos. Para mediados de Febrero de este año, la misma juventud escolar del Seminario Conciliar de Tortosa prepara otra velada amenísima al Illmo. Sr. Obispo Rocamora, con motivo de las Bodas de oro de su Sacerdocio.

muy al caso O' Callaghan, es un pueblo sin historia. No debió faltar á Tortosa un héroe y no le faltó, y lo tuvo tan sobresaliente que él solo vale por muchos, sobre todo por haber vivido en los tiempos que inician los modernos, cuando tan necesitados están los hombres de ejemplos de este género. Este héroe es el tortosino D. Juan de Aldana. Fué un patricio que nació en el último tercio del siglo xv, soldado esforzadísimo de Fernando el Católico; con el empleo de sargento mayor, peleó en los ejércitos de la Patria bajo las órdenes de Cardona en Italia; pasó al Africa con el General Hugo de Moncada; volvió á la guerra de Italia, y en Marsella se batió á las órdenes del Marqués de Pescara, consiguiendo por su bravura que el Emperador Carlos V le concediera el empleo de Coronel Mayor de los Tercios de los italianos. Hallóse en el sitio de Pavía, y fué tal el heroísmo que demostró, que entró el primero en la ciudad, y le cupo la altísima gloria de que se le rindiera el Rey de Francia Francisco I, quien dándose por prisionero al heroico Aldana, al mismo le entregó la espada,

el puñal y el collar del Toisón de Oro. Todo lo cual hace constar el mismo Emperador Carlos V en la carta-privilegio

Ilmo. Sr. D. José de Cid, Alcalde actual de Tortosa

que por este hecho otorgó al tortosino. La armadura de Aldana se enseña á los extranjeros y nacionales, como un honor patrio, en la Armería Real de Madrid.

La ciudad que tiene por escudo heráldico un castillo, como plaza fuerte que

era, grabada en su centro la imagen de la Madre de Dios, rodeada de esta aspiración mística: «Ampáranos á la sombra de tus alas», no podía menos de sobresalir también en varones ilustres por su santidad, que es la gloria sin mancilla de los pueblos. Y como son incontables los hijos de Tortosa y su Diócesis que en santidad y virtud brillaron, no se nos hará un cargo porque dejemos incompletos estos apuntes, citando sólo á unos cuantos cuya memoria parece vive más fresca en los corazones de los tortosinos.

Sean, en primer lugar, los santos mártires B. Jacinto Orfanell, de La Jana, y B. Pedro Mártir Sanz, de Ascó, ambos del Orden de Predicadores. El primero, en el siglo XVII, después de un apostolado lleno de sacrificios, selló la fe con su sangre en Japón el día 10 de Septiembre de 1622; el segundo predicó en China, y sus relevantes condiciones de talento y prudencia santa hicieron que el Papa Benedicto XIII le nombrara su Vicario Apostólico en aquel imperio, consagrándose Obispo con el título de «Mauricastro». Defendió con toda entereza, y sufriendo

mil injurias y penalidades, la pureza de la fe católica contra la superstición idolátrica de «Las tablillas», ó sea el culto de los progenitores, y murió decapitado por la fe en Fochew el día 26 de Mayo de 1747. Pío IX beatificó al V. Orfanell y León XIII al V. Sanz, y de ambos gloriosos hijos de la Orden dominicana rezan toda esta Orden, la Diócesis de Tortosa y otros lugares.

También merecen honorífica mención aquí los Venerables Sacerdotes, naturales de Adzaneta, Jaime Catalá y Juan B. Beltrán, que murieron en olor de santidad á principios del siglo XIV y siglo XVII respectivamente. Asimismo murieron, llenos de virtudes, los Venerables: Sor María Magdalena de Aldana, de Tortosa, Comendadora de San Juan, á fines del siglo XVI; D. Romualdo Simón de Pallarés, hijo de Ulldecona, de la Orden de San Juan de Jerusalén, que vivió en el siglo XVIII; la agustina Sor Mariana Piquer, de San Mateo, á la que, según la tradición, besó el Crucifijo en la hora de la muerte y aún se ve la Imagen del Señor inclinada como para besar: ocurrió su

muerte, por los años 1657; el capuchino Fr. Mauro de Morella, que murió á los 22 años de edad en Alicante el año 1608, y se refiere de él, que el Señor le favoreció con varias apariciones y milagros; finalmente, dejando otros no menos dignos que los que nombramos, fueron varones eximios en virtud y almas santas el P. M. Fr. Rafael Castellón, del Colegio de Tortosa; D. Gaspar Monzonís, de Benasal, muerto en Predicadores de Valencia en 1652; las señoras seglares D.ª Bárbara March y D.ª Vicenta Sabater, y la admirable religiosa Comendadora de San Juan, Sor Rosa Zaragozá, cuyo cadáver, después de casi un siglo, aún está incorrupto. Murió en 1807.

Tal es, con sus glorias é ilustres hijos, la ciudad en la cual vió la primera luz de esta vida N. B. Gil de Federich, que, con sus admirables dones de naturaleza y gracia, vino á hacer más esclarecidos los nombres de este pueblo y de esta región tortosinos, como podremos probar en el discurso de este libro.

CAPÍTULO II

ORDEN EN QUE NUESTRO BIENAVENTURADO PROFESA EL ESTADO RELIGIOSO

Ingenios ilustres han probado con razones irrefutables que el hombre, si ha de merecer el nombre de tal, no puede concebirse siquiera sino relacionado con la sociedad en que por naturaleza debe nacer y morir. Es el hombre capaz de variadas perfecciones, y la sociedad humana le proporciona múltiple diversidad de colectividades ó sociedades parciales, en cuyo seno y con cuyo auxilio pueda él cultivar y desarrollar de todas maneras su perfectibilidad. La sociedad llamada á perfeccionarle en la parte más noble de

su ser y en sus aspiraciones más altas, cuyo logro constituye su verdadera bienaventuranza, es la religiosa, y precisamente aquella que ha sido fundada por el mismo Dios para este fin. De aquí el derecho y el deber que el hombre tiene de formar parte de la Iglesia católica, única sociedad religiosa verdadera, fuera de la cual no hay dicha ó salvación posible, y por esto ella, con perfecto derecho, se apodera del hombre apenas aparece en este mundo y le hace su miembro por el bautismo. Mas en el seno de la Iglesia viven y se desarrollan muchos organismos que ella inspira, crea y sostiene, por los cuales ó con los cuales puede dar al hombre más fácilmente, y con mayores probabilidades de éxito, esa perfección divina que le hace grande y feliz en el entendimiento y en el corazón, en el tiempo y en la eternidad, sin que por otra parte le obligue á vivir en ellos sino en cuanto es llamado por Dios que lo crió y gobierna.

Estos organismos vitales de la Iglesia son las Órdenes religiosas. Su naturaleza está bien explicada diciendo que son so-

ciedades auxiliares de la Iglesia para el bien de los hombres, que son hijos suyos. Y como sociedades, revisten á sus miembros de derechos y deberes en el orden religioso, á semejanza de lo que sucede en las sociedades del orden civil. Y como éstas, se diferencian también entre sí hasta el infinito en virtud, no del fin último á que aspiran, que en esto todas coinciden, sino en el inmediato y en los medios para su consecución. Estas sociedades, las Órdenes religiosas, puede decirse que nacieron con la Iglesia, y que no desaparecerán sino con ella. Pero no tienen en particular esta condición, sino en su concepto general; así, que hay Órdenes religiosas que viven unos siglos ó un período de tiempo determinado y luego desaparecen, otras viven más y otras menos.

Buena parte de los más grandes Santos y, por consiguiente, de los hombres que han pasado á la historia rodeados de la aureola de la gloria más pura, se han formado en alguna Orden religiosa. Nuestro Bienaventurado perteneció á una de las más insignes, á la Orden de Predica-

dores, fundada por el incomparable genio hispano, Domingo de Guzmán, y confirmada por el oráculo infalible del Vicario de Cristo Honorio III el año 1216. No quedara el ánimo satisfecho, cuando diéramos cima á la labor que nos hemos impuesto de biografiar al bienaventurado Francisco Gil de Federich, si pasáramos en silencio, si no dijéramos dos palabras por lo menos sobre esta Orden que él profesó, y en la cual el Espíritu Santo lo preparó para recibir la gracia del apostolado, la gloria del martirio y las bendiciones en que es tenida su memoria en toda la Iglesia y en España y Tonkín singularmente.

Siete siglos se cumplirán pronto desde que Santo Domingo de Guzmán, inspirado del cielo, se presentó al Papa Inocencio III y luego á su sucesor Honorio III, pidiéndoles bendijeran la Orden que él fundaba. Como hombre sabio y prudente, Domingo, en su fundación, se propuso un fin de la misma inmensa magnitud de su alma. La Iglesia, en el siglo XIII, era ferozmente perseguida por el error, y esa persecución sabía él que había de durar y perpetuarse, con mayor ó menor enco-

no, hasta el fin del mundo, porque jamás podrán consociarse la verdad, que es la Iglesia, y el error, que son todos sus enemigos. Pues él crea su Orden, que el mismo Inocencio III y otros Papas designan con los nombres de Orden de Predicadores y Orden de la Verdad, para que perpetuamente en sus hijos, los hijos de Domingo, tenga la Iglesia predicadores y doctores que la defiendan contra el desenfreno de las pasiones y el error. Y como la predicación y enseñanza de la virtud y de la verdad han sido dadas al mundo para que se salve, Santo Domingo señala á su Orden por fin supremo á que todo en ella debe subordinarse la salvación de las almas, y como medios para este fin el estudio, las divinas alabanzas y la observancia regular, porque sólo con ciencia, oración y virtudes se predica con fruto y se defiende la verdad sin temor de sucumbir en la demanda.

Comienza la Orden de Santo Domingo sus tareas apostólicas, y en breves días sus hijos llenan el mundo; en todas las naciones los apóstoles y doctores, vestidos de blanco y negro, símbolos estos co-

lores de la pureza y mortificación cristianas, consiguen victorias colosales en su empresa evangelizadora. La Orden se ve ya obligada á organizarse en su vida interna, y su organización es igualmente sapientísima. Se divide en provincias, y las provincias en conventos. Sobre éstos hay un Prior, sobre los Priores un Provincial, sobre los Provinciales un Maestro General de toda la Orden. Su gobierno es un bien armonizado conjunto de democracia, aristocracia y monarquía. Cada convento elige á su Prior; todos los Priores de una provincia, en unión con un elector que cada convento designa, sin inmiscuirse en esta designación el Prior del convento, eligen al Provincial; todos los Provinciales y dos electores designados por los que eligieron á los Provinciales en cada Provincia, eligen el General de la Orden. El gobierno se ejerce temporalmente. Dura el del General doce años; el del Provincial, cuatro; el del Prior, tres. Y al terminar su cargo de gobierno, todos, menos el General, quedan sujetos al Superior de la casa en que viven, como si mando no hubieran

ejercido. El General desempeña sus funciones, sirviéndose cuándo y como cree conveniente de un Consejo, compuesto de varios religiosos que él se escoge de distintas provincias. En esto, y en la amplia facultad que tiene para disponer de los servicios de sus súbditos, consiste la nota monárquica más saliente de la Orden; el Provincial, con otro Consejo constituído ya por la ley; el Prior gobierna asimismo su convento con el Consejo que forman los religiosos de más experiencia en cada casa. La administración económica ó financiera en los conventos y en las provincias está confiada á religiosos que no ejercen mando ni jurisdicción, ni son Superiores ó Prelados, y á éstos les está prohibido administrar un céntimo por sí mismos. Las leyes y ordenaciones que dictan las asambleas y los Superiores Generales ó Provinciales para regir la Orden en todo el mundo, en las provincias y en los conventos, de suyo y en general, no obligan á culpa, sino sólo á la pena que el Superior ó la ley señala á los infractores.

El estudio se organiza y dirige por

Regentes que han probado su idoneidad ante un tribunal competente, consiguiendo la histórica *Laurea*. Al estudio se subordina todo lo que es disciplinar en la observancia religiosa y lo impida. Todo individuo, probada su especialidad, se dedica por obediencia á aquellos estudios ó ministerios á que muestra mayor inclinación. Todos moran, visten y se sustentan sin privilegios, desde el General hasta el último religioso dedicado á los servicios domésticos. El mérito es lo único que se aprecia para elevar; el sufragio verdad es el medio único de elevar; la rendición de cuentas, semanal ó mensualmente, ante un Consejo, que siempre se compone de súbditos del Superior, es la garantía del capital y de los intereses materiales; la aplicación de la ley á todos los que faltan, hecha por igual y sin miramientos, es el freno de la observancia y regularidad.

De todo surge la fuerza, la vitalidad de la Orden. De todo este admirable compuesto de verdadera democracia que jamás podrán copiar ni menos aventajar los demócratas del libre pensamiento,

han salido sabios, como Tomás de Aquino; naturalistas, físicos y cosmógrafos, como Alberto Magno; filósofos, como el Cardenal Zigliara; teólogos, como Victoria; controversistas, como Melchor Cano legisladores, como Raymundo de Peñafort; políticos, como Dominici; consejeros de reyes, como Diego Deza; literatos, como Fr. Luis de Granada; historiadores, como Natal Alejandro; novelistas, como Andrés Pérez; poetas, como Ojeda; enciclopedistas, como Maluenda; orientalistas, como Níger; escritores satíricos, como Alvarado; oradores, como Lacordaire; calculistas y mecánicos, como Embríaco; artistas, como Fr. Angélico; protectores de los desvalidos, como Las Casas; místicos, como Taulero; apóstoles, como Vicente Ferrer; mártires, como Pedro de Verona; Papas, Cardenales, Obispos, llenos de celo por el bien del mundo y miles y miles de ejemplares acabados de todas las virtudes, como los Santos y las Santas de esta Orden de la Verdad, los cuales reinan en el cielo bajo el Manto de María del Rosario, Madre de todos ellos, y en la tierra viven en el corazón de todos los verdaderos hijos de

Dios. «Este es, en fin, diremos con el Papa Alejandro IV, aquel hermoso árbol que, extendiendo sus ramas á todas partes, produce abundantísimas flores de honor y honestidad y ubérrimos frutos de doctrina y virtud, y se propaga en todos sentidos con el olor de la santa conversación. Esta es la Orden de Predicadores, floreciente en honor, preclara en ciencia, fecunda en virtudes» (1).

Esta grandiosa institución que al través de los siglos sigue siendo una, sin que jamás en ella haya habido reforma ni variación de fin ni de medios substanciales, distribúyese en el mundo universo en 52 provincias. La de Aragón, creada como independiente de la de España en 1288, ocupa en orden el lugar décimocuarto. Hoy está desolada, gracias á la revolución insana de los que se llamaban defensores del derecho y de la libertad el año 35 del último siglo. Antes del gran crimen del Gobierno español de aquellos días, esta Provincia dominicana, que abraza todo el territorio del antiguo reino

(1) Bula de 23 de Mayo de 1257.

de Aragón, contaba unos 60 conventos de religiosos y más de 20 de religiosas. El primero de todos ellos, por la venerable antigüedad de su fundación, era el de Santa Catalina Mártir, de Barcelona, erigido en 1219. De él dice un escritor que era «fecunda Madre de varones ilustres», y la historia corrobora de sobra este aserto. En Tortosa existían también el convento de Nuestra Señora del Rosario y el colegio de San Jorge y Santo Domingo que, en orden de antigüedad, eran en Aragón el 21.° y 41.° respectivamente, pues se fundaron en 1260 y 1362. Ambos establecimientos, como es de ver en O' Callaghan (1), son célebres por los muchos varones que en virtud y letras en ellos florecieron. Los dominicos de Aragón poseían también un centro Universidad donde estudiaban los ingenios más privilegiados. Este centro es el famosísimo colegio Patriarcal de Orihuela, conocido más comúnmente con el nombre de Colegio-Universidad de Santo Domingo (2).

(1) «Anales», tom. I, págs. 24 y 80.

(2) Al presente se han instalado allí los PP. de la Compañía, que tienen montado uno de los mejo-

Entre las casas de la Orden de Aragón, ocupa por su antigüedad el número 25. Fué fundado en 1468 con el título de Nuestra Señora del Socorro, y hoy sigue siendo un verdadero monumento de arquitectura.

Además de éstos hay que dar á conocer otro organismo de la Orden dominicana que ocupa en nuestra narración un lugar importantísimo, por tener con nuestro Bienaventurado más relaciones que los nombrados hasta aquí. Es la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas, la 37.ª de la Orden en antigüedad.

Esta Provincia, apostólica del todo y «Madre fecunda de mártires», fué erigida canónicamente por el Capítulo general de la Orden, celebrado en Venecia el año 1592. Y su historia se resume en las noticias que damos á continuación.

El 22 de Julio de 1587, llegaban á la bahía de Manila 15 religiosos dominicos, con la misión de comenzar en aquel archipiélago los trabajos apostólicos que

res colegios de primera y segunda enseñanza de España.

los dominicos de Méjico, en persona del V. P. Fr. Juan Crisóstomo, habían determinado llevar á cabo para la evangelización de aquellas entonces infieles y no mucho después florecientes sociedades cristianas. Presidíalos el V. P. Fr. Juan de Castro, que fué creado primer Provincial de la del Santísimo Rosario. Á partir de esta fecha y de estos 15 primeros misioneros, la Provincia del Santísimo Rosario vive y se desarrolla como una de las más robustas y hermosas ramas del árbol dominicano. En un principio, y hasta el año 1840, sus hijos los reune de los varios conventos que la Orden tiene en España, y aun de conventos del extranjero. Desde 1840, en que levanta ella en Ocaña un hermoso noviciado, tiene ya hijos propios que ella admite al hábito y á la profesión, y los cría con la leche de sus santas y gloriosas tradiciones, y les da su espíritu eminentemente evangelizador, como creada y erigida exclusivamente para «sacrificarse á Nuestro Señor en la predicación del Santo Evangelio».

Fué tan grande el celo desplegado

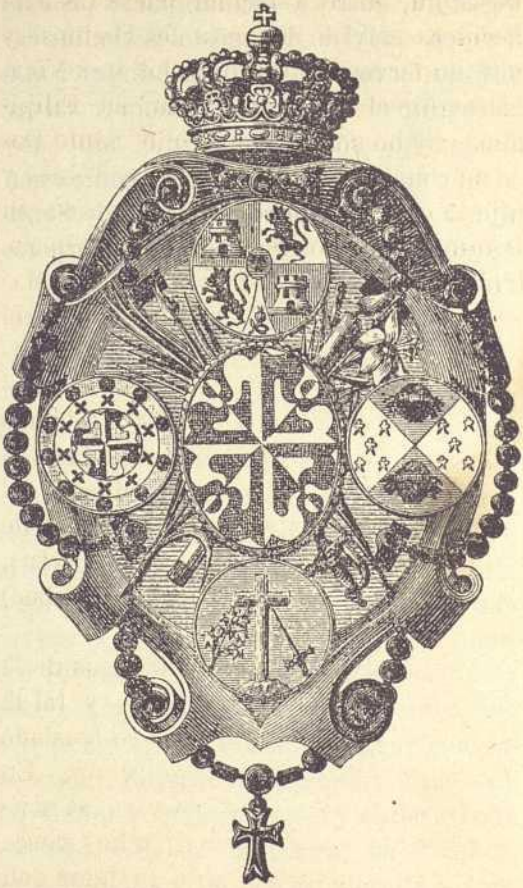
por los primeros dominicos de Filipinas, que á los 12 años de fundada esta Provincia ya enviaba sus hijos á ejercer el santo ministerio en casi todas las grandes islas del archipiélago, en los imperios de China y Japón y los reinos de Annam, Laos y Camboja, evangelizando, incansables, á malayos, chinos, nipones, annamitas y javaneses. La vitalidad de esta Provincia de la Orden de Predicadores puede apreciarse con saber que desde el año 1587 hasta el presente ha trasladado á la Oceanía sobre 2.000 misioneros en más de 130 expediciones. En Filipinas fué el portaestandarte de las letras con sus colegios y Universidad Real y Pontificia, que ha sido la que hasta el desastre colonial mantuvo allí la representación oficial de la cultura de España. Cuenta, complacida, muchos hijos, varones ilustres en virtud, gobierno, ciencia y todos los ramos del humano saber. Ha creado orfanatrofios, hospitales, colegios de educación é instrucción; ha sostenido la Iglesia filipina, con doctrineros, misioneros y párrocos celosísimos; ha arraigado el sentimiento y el gobierno español en Fi-

lipinas, creando pueblos, ejerciendo funciones reales en la persona de esclarecidos hijos suyos y con el honor del cargo pastoral que en Manila y otras diócesis tuvieron sus alumnos. Sus mártires se cuentan á centenares; sus Obispos y Prelados son la flor del Episcopado patrio; sus filósofos, teólogos, legistas, historiadores, naturalistas y literatos, reputadísimos en el campo de la ciencia. Y, en los últimos años del siglo pasado, vivía aún un hijo suyo, Fr. Zeferino González, aclamado sabio por todo el mundo y elevado á la púrpura cardenalicia y sentado en la Primada de Toledo.

En la actualidad la Provincia del Santísimo Rosario tiene en la Península los colegios de Ocaña, Ávila y Santa María de Nieva (Segovia), y las Casas de Madrid, Valencia y Barcelona (San Gervasio); en Italia, el Colegio Español de Roma; en América, la parroquia de Nueva Orleans y las casas-misión de Caracas y Urubamba. Esta última está sujeta inmediatamente al maestro General. En Asia, las misiones de Fochew, Fogán y Fokien, tres provincias pertenecientes al imperio

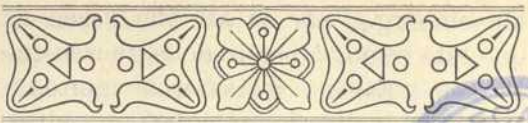
de China, donde está también la Casa de Hong-Kong; las Misiones de Formosa y y Shikoku en el Japón, y los tres Vicariatos Apostólicos de Tonkín; en Filipinas, en Manila, el convento de Santo Domingo, la Universidad de Santo Tomás y el colegio de San Juan de Letrán; en Pangasinán, el colegio de San Alberto Magno de Dagupán y el santuario de Manaoag; en el Norte de Luzón, el colegio de Tuguegarao y la administración espiritual de todas las islas Batanes, sumando todos los religiosos unos 500. Además tiene sobre 100 religiosas destinadas á la educación y enseñanza de párvulos y señoritas en los colegios y orfanatrofios de Madrid, Filipinas (Manila y Lungayén), China (Fochew, Emuy, Aupoa y Kamboe) y la isla de Formosa.

Tal es la Orden y tales las Casas de la Orden en que profesó y se crió, y tal la Provincia dominicana á que se trasladó más tarde nuestro Bienaventurado. En esta Orden y esta Provincia suya se conquistó el trono de gloria que hoy posee en el cielo y el aplauso de la fama con que los mortales pronuncian su nombre.



Blasones de la Orden de Predicadores

Desde que entró á formar parte de esta hermosa pléyade de apóstoles dominicanos, su fervor, su estudio se dirigieron á conseguir el fin de su vocación, salvar almas; y no sólo lo consiguió, sino que en su consecución ha honrado, como buen hijo, á esta su madre, la Orden de Santo Domingo, que hoy regocijada celebra su triunfo.



BIBLIOTECA PUBLICA TERUEL

CAPÍTULO III

REINO DE TUNKÍN

Por demás es decir, que no se llenaría cumplidamente el objeto de este libro, si pasáramos por alto el reino de Tunkín, teatro principal en que se desenvuelve la mayor y mejor parte de la vida de nuestro Bienaventurado y verdadera segunda patria suya, á la cual, tanto como á la que le dió el ser, debemos mirar con reverencia. Pues si en España y Tortosa y Barcelona y Orihuela nace y se desarrolla para la vida de la tierra, en Tunkín, Luc-Thuy-ha y Ha-noi se ejercita y nace para la vida del cielo. Seremos breves,

sin embargo, por la sencilla razón de que este reino, á partir de la guerra que Francia y España sostuvieron contra la Conchinchina por los años 1860, ha entrado de lleno en el estudio geográfico-político del mundo civilizado, siendo por ende conocidos de los hombres de letras, no sólo su posición y límites territoriales, sino también su clima, industria, comercio y demás capítulos que en toda nación ó Estado deben estudiarse.

Tunkín, en unión con el reino de Annam y la Conchinchina, hasta el siglo x formó parte del gran imperio Sinense, cuyos emperadores enviaban á esta región, como representantes de su autoridad, altos dignatarios que la gobernaban al estilo de virreyes. El año 968 se emanciparon de China estos países, los cuales, reunidos, se conocieron y aun hoy se conocen con el nombre de Indo-China oriental y se eligieron sus reyes. En el siglo xv, los del Celeste imperio volvieron á ocuparlos. Mas, sin pérdida de tiempo, los descendientes de la dinastía *Le* emprendieron la grande obra de la reconquista bajo el caudillo Tay-To, que al fin se pro-

clamó Rey con la venia del Emperador de China y con la condición de reconocer á éste como árbitro en los graves negocios del reino. En el primer tercio del siglo XVI, una conspiración contra el rey *Cung-Hoang* acabó con la dinastía *Le* y entronizó á la llamada *Mac,* cuyo primer rey fué *Le-Du.* A los pocos años, otra insurrección entroniza á la familia *Tring,* y después de ésta vuelve al trono la familia *Le,* cuyo vástago llevaba el nombre de *Trang-Tuong,* si bien el gobierno efectivo de aquel reino siguió en manos de los *Tring*, que daban á su jefe ó caudillo el nombre de *Chua* (señor), dejando á los *Le* el de *Bua* (Rey). Mediado el XVI, aquellos países eran llamados en Europa «Conchinchina», que en realidad no era sino una parte del gran imperio Annamita. En los comienzos del siglo siguiente, es cuando Conchinchina se declara Estado libre con el régimen monárquico, sosteniendo una guerra enconada contra Tunkín, Camboja, Los Laos y Siam. Tal anduvieron aquellas gentes en luchas titánicas, hasta que á principios del siglo XVIII, el célebre guerrero y po-

lítico conchinchino *Gia-Loáng* hizo la unión de Tunkín y Conchinchina, llamándose Emperador. A los descendientes de este caudillo encontraron las tropas francesas y españolas cuando fueron á aquellos países para imponerles á cañonazos la civilización, que tan ferozmente venían rechazando, hacía ya más de dos siglos. El resultado político de esta expedición mitar franco-hispana, fué dar autonomía á aquellos diversos Estados de la parte oriental de Asia, la cual, bajo el nombre de Conchinchina baja, primero, y luego de Indo-China francesa, forman al presente los Estados ó reinos de Tunkín, Annam, Conchinchina y Camboja. Lo que en un principio fué protectorado de parte de Francia, hoy, en estos cuatro reinos, es una verdadera sujeción colonial á la República que, sobre todo en Conchinchina y Tonkín, ejerce plena soberanía desde los tratados de 1884.

La región, pues, llamada Tunkín es hoy día un reino pequeño, si lo comparamos con lo que fué y significó en los siglos pasados y en los días en que se desarrollan los sucesos, que en este li-

bro nos proponemos referir. Se constituye al presente por la parte septentrional del antiguo imperio Annamita y alrededor del golfo de su mismo nombre ó de Tunkín, que es su límite Este. Al Norte limita con China; al Sur con Siam y Annam, y al Oeste con Siam y Los Laos. Mide de superficie unos 120.000 k.² Su posición astronómica está entre los grados 17 y 24 latitud Norte y los 102 y 112 longitud Este del meridiano de Madrid. La población absoluta de Tunkín es de 10.000.000 de habitantes; la relativa unos 9'50. Su geografía física no presenta grandes problemas á las investigaciones de la ciencia. Generalmente puede considerarse dividido Tunkín en dos grandes partes: una que la componen inmensas y bajas llanuras, por lo cual es fácilmente anegable; y otra que la forma un sistema orográfico muy empinado, que fomenta las fuertes avenidas de los grandes ríos que atraviesan todo el reino, á los que van infinidad de afluentes y canales al natural, todo lo cual contribuye á que el país sea de suyo muy húmedo.

La flora de Tunkín, además de los

variadísimos frutos indígenas, abunda en cereales y en arroz especialmente, el cual tiene muchas variedades y forma la base de alimentación de los naturales, en algodón y plantas textiles y tintóreas, cuya exportación da al país pingües rendimientos. Lo más rico que tiene son las preciosas maderas que la industria de Europa busca con avidez, tales como el sándalo, palosanto, molave, tíndalo, ébano y la llamada madera de hierro por los franceses, á causa no sólo de su dureza, sino también por su inatacabilidad enterrada, á la intemperie ó sumergida. En la fauna viven el elefante, rinoceronte, oso, jabalí, lobo, puerco-espín; y en aves tiene Tunkín una verdadera riqueza, abundando algunas regiones en pavos reales.

Sin embargo de que se explotan minas de cobre, hierro y hullas, la minería no está ni con mucho convenientemente desarrollada. La industria fabril casi se reduce á lo que el país consume; no obstante, se envían fuera productos de sedas y maques, que son verdaderos primores y apreciadísimos en todos los mercados

del mundo. Sostiene el Tunkín comercio exterior bastante floreciente con China, Japón y muchas naciones europeas, especialmente con Francia. La importación, sin embargo, supera á la exportación; aquélla no bajará de unos 100.000.000 de pesetas; la exportación de 50.000.000. Unos 1.000 navíos de todas procedencias son los que suelen arribar á los puertos de Tunkín con más de 300.000 toneladas de carga.

El sistema monetario sobre la base plata se compone del antiguo indígena, casi general en toda la Indo-China, y del que los franceses van introduciendo en esta colonia asiática. El *Tien* y el *Quan-Tien*, tradicionales allá, se van reemplazando por moneda regular del sistema decimal, que al fin triunfará en Indo-China como en todo el mundo. Francia ha generalizado ya en estas regiones la *piastra* de comercio, que viene á ser como el renombrado peso mejicano, que tan fabulosas ganancias ha proporcionado á los agiotistas oficiales de aquellas regiones.

En su gobierno interior, política y

administrativamente solía estar regido al estilo de China, dividido todo el reino en distritos ó provincias y subprovincias y pueblos y villorios, más ó menos poblados. Las provincias, como los pueblos, tenían jefes, llamados *Mandarines*, que solían desempeñar funciones de gobierno, administración, de Hacienda y judiciales, etc. Como se deja comprender, los Mandarines tenían bajo de sí otros muchos empleados, pero en todos había subordinación; de éstos al Mandarín local, de éste al provincial ó subprovincial, de éstos al Mandarín de la corte y de éste al Real Magistrado y al Rey. Es bien de notar que, en aquel reino, para los cargos burocráticos eran llamados preferentemente los hombres de letras, que allí se dicen *literatos*. El Rey era autócrata, si bien esclavo de las intrigas, no tanto de su Gobierno, Tribunal Supremo de apelación en todo el reino, cuanto de las de la multitud de domésticos que sostenía en su palacio y de los eunucos en particular. Casi todos los empleos eran dados al mayor postor ó al más afortunado en el cohecho. Hoy la Francia, al depurar

procedimientos, implanta en la colonia el Gobierno similar de Europa, dividiéndola en departamentos y prefecturas que entrega á jefes, generalmente militares, los que algunos se denominan Residentes. Y como ya hemos dicho que la soberanía de Francia va absorbiendo la de aquel país, dicho se está que lleva allí con sus instituciones el espíritu republicano que ella alienta. Lo cual será bueno cuando se legisla, habida consideración, no á las ideas de Europa, sino á las que Europa debe formarse después de estudiar á fondo la índole de aquellas regiones.

Sobre la etnología de Tunkín hay pocos estudios que puedan guiarnos, con seguridad de no errar. Muchos quieren derivarla del mogol, otros del malayo; varios afirman ser los tunkinos producto del cruzamiento de estas dos razas ó, mejor, familias. Hoy parece demostrable que el tunkino es tipo en su género, y su estudio etnográfico ha adelantado esta afirmación. Muy á propósito del caso creemos las observaciones que trae acerca de este punto interesante el sabio do-

minico, misionero de aquellos países, Padre Mariano Maestre (1). Puede asegurarse, según este autor, que Tunkín se divide en tres razas (sic). La *Kinh* ó indígena, dicha tunkina; la *Thô*, que tal vez pudiéramos decir es la de los aborígenes, y su manera de ser y vivir nos lo persuaden; y la *Mâu*, que pensamos puede ser el resultado de las inmigraciones de los habitantes de los países circunvecinos á Tunkín. Estas tres razas tienen caracteres típicos, no sólo en su manera de hablar, sino también en sus costumbres, sin que hasta el presente hayan podido fundirse en una sola raza ó familia, al igual de lo que ocurre con las que habitan el continente europeo. La raza *Kinh* es la más ilustrada, y mora en la parte llana de Tunkín; la *Thô*, supeditada casi por completo á la dirección de la *Kinh*, está dispersa entre las grandes gargantas y los valles de los montes; la *Mâu* habita en las alturas y tierras montuosas del reino, y parece ser la más abyecta, pues no

(1) *El Correo Lino-Annamita*, vol. XXXIII, páginas 536, 537 y 538.

podría vivir sin el comercio y la comunicación con las otras dos familias. Esta clasificación no debe tomarse en sentido restrictivo, al extremo de que no podamos encontrar individuos de las tres razas en los parajes que señalamos á cada una de ellas. Antes, el citado Padre Maestre dice: «no se pregunte de cada raza dónde vive, si al Norte ó al Sur, pues las tres se hallan en contacto en todo Tunkín, pero cada una en una posición de lugar bien definido.»

La lengua de Tunkín es asimismo propia, diversificada en dialectos. Se llama *nôm;* la oficial, es decir, la de los literatos, es llamada *nhô*. «Es común decir—advierte el sabio dominico—que dicha lengua oficial es la oficial de la China; pero no hay cosa menos exacta. Dicha lengua *nhô* tiene los mismos caracteres ó se escribe con los mismos caracteres ideológicos que la oficial china; pero hablada ó trasladada fielmente en caracteres europeos, que indican, como es sabido, la pronunciación oral, es una lengua del todo diferente y peculiar del Tunkín, que nada tiene que ver con la oficial de

China, considerada, no en su estructura ideológica, sino en su pronunciación, á lo cual se debe principalmente atender, al establecer la afinidad y parentesco de una lengua. Bien diferentes son el francés y el español, y no obstante bien pueden referirse á un solo sistema ideológico de escritura. Esto es evidente, y por tanto me extraña que se haya escrito y repetido que el tunkino no tiene más que una lengua propia, y que la lengua oficial es la de China. Lo cual debió de nacer de que, en los documentos oficiales escritos, jamás se emplea la escritura ideológica de la lengua vulgar, sino la que se refiere á la lengua *Thô* (la peculiar de la raza de este nombre)... Termino diciendo que la lengua oficial tunkina es análoga en sus acentos, vocalización y consonación á la ordinaria ó romance, mientras que la lengua oficial hablada por los chinos tiene los acentos diversos, menores en número que la tunkina; tiene vocales, consonantes y sonidos del todo desconocidos, y así imposibles de pronunciar por los tunkinos. Un español entiende más ó menos á un portugués, á

un florentino ó á un veneciano, la primera vez que conversa con ellos, sin haber estudiado dichas lenguas; pero un tunkino y un chino que quieren conversar con la lengua oficial, según se habla en ambos países, es imposible que se entiendan.»

La cultura intelectual de aquel país, aunque muy inferior á la de los chinos, japoneses y habitantes del archipiélago magallánico, va tomando al presente grandes vuelos, merced á la inmigración francesa y al empeño que pone la metrópoli en infiltrar en los tunkinos sus ideas y usos. Las obras públicas, y de fomento en general, son bien limitadas. Desde que es colonia francesa, ha podido notarse que hanse desarrollado y mejorado las vías de comunicación. Hay construídos más 50 kilómetros de vía férrea, y están en proyecto muchas é importantes mejoras en el ramo de fomento.

La religión de la población infiel de Tunkín es el budismo, culto que es general en casi toda el Asia. Pero si bien se examinan las cosas, podríamos afirmar que el pueblo infiel tunkino es idó-

latra en general y nada más. Los budistas, los confucianos, etc., son como los intelectuales del país, y aun de éstos, filósofos y literatos, suele decirse que no tienen otra religión que un ateismo práctico y á su vientre por Dios. Y esto creemos que es lo más cierto. Los tunkinos, además, parece que admiten la doctrina de Pitágoras sobre la transmigración de las almas, y son, como los chinos, pertinaces adoradores de sus antepasados. Rindenles culto, ofreciéndoles sacrificios y oblaciones en las llamadas *tablillas,* sobre las que reverentes invocan sus nombres. Son supersticiosos en grado superlativo, y sus pagodas y bonzos, como otros mil embaucadores y hechiceros, viven á expensas de estas supersticiones de los infieles. La prueba más clara de que ni pueblo, ni literatos, ni primates, ni los mismos reyes profesan *ex corde* y convencidos ninguno de los muchos cultos supersticiosos que mil sectas fomentan en aquel reino, es que todos, sin excepción, los abandonan ante el quebranto de los intereses materiales, lo contrario de lo que hacen los adoradores verdade-

ros de Dios, los cristianos. Y como en Tunkín hay también muchos cristianos, cumple al objeto de nuestra historia referir también en este capítulo, en pocas palabras, los sucesos por que ha pasado allí nuestra santa Religión.

Prescindiendo de la cuestión sobre si este reino fué evangelizado, con los demás países circunvecinos, por los discípulos de los Apóstoles, es indudable que en los tiempos modernos el cristianismo llegó á Tunkín en brazos de los preclaros hijos de San Ignacio, venerables Padres Alejandro Rodes y Antonio Márquez, que aportaron á aquellas playas el año 1627, día de San José. Por esta última circunstancia, tal vez, el glorioso Patriarca San José fué declarado Patrón de las Misiones dominicanas de Tunkín. Tres años nada más bastaron para que todo aquel reino se conmoviera ante la Buena Nueva, y fué tal el fervor que manifestaron los tunkinos por la Religión del Crucificado, que los sacerdotes de los ídolos y los infieles, filósofos y literatos, hicieron fuerte presión en el ánimo del Rey y su Gobierno para que mandara salir del reino á

estos misioneros, que el Rey mismo precisamente había llamado para que evangelizaran en aquel país. En esta primera, digámoslo así, persecución, los tunkinos llamaron al Cristianismo «Religión Portuguesa», porque de Portugal eran naturales los PP. Rodes y Márquez. La semilla, á pesar de que se decretó el extrañamiento de los venerables misioneros, quedaba sembrada, y esto, y lo que contaban aquellos celosos jesuítas sobre lo bien que el pueblo de Tunkín recibió el Evangelio, movieron el ánimo del Rey de Portugal, primero, y luego del de España, á favor de la cristianización de aquellos idólatras.

El Papa Inocencio X formó el plan de enviar á Tunkín un Obispo que fuera allí su Vicario Apostólico y ordenara de Presbíteros á algunos cristianos indígenas que podrían ayudar, en el santo ministerio, á los sacerdotes europeos. Francia se apresuró á enviar sacerdotes franceses y, al fin, el Papa Alejandro VII, vencidas las dificultades que retardaron el cumplimiento del plan de Inocencio X, erigió las Misiones de aquel reino, en

Vicariato Apostólico, el año 1659, y consagró Obispos y destinó á aquellos países á los señores franceses, Ilustrísimos: De Palú, al Tunkín; La Mothe, á Conchinchina y Los Laos; Cotolendi, á China. A causa de las guerras en que estaban China y Tunkín no pudieron entrar estos Prelados en sus Vicariatos. El ilustrísimo Cotolendi murió, y al Tunkín fué enviado, como Vicario general del ilustrísimo Palú, el Sr. Deydier, francés, que más tarde fué consagrado Obispo, Vicario Apostólico de aquel reino, donde fundó una Misión de sacerdotes franceses. El año 1670 se celebró ya un Concilio en Tunkín, que fué confirmado tres años después por el Papa Clemente X. El Illmo. De Palú, en su viaje, pasó por Manila y solicitó en nombre del Papa el concurso de las corporaciones de religiosos de Filipinas, para evangelizar á aquellas regiones. Los franciscanos y dominicos se apresuraron á acudir á este llamamiento, sobre todo los dominicos, cuyos deseos y antiguos planes providencialmente secundaba.

Efectivamente, el 7 de Mayo de 1676

arribaron á Tunkín dos PP. dominicos que la Provincia del Santísimo Rosario enviaba para comenzar esa gloriosa empresa que, desde entonces, con sucesión no interrumpida hasta el presente, ha venido realizándose por multitud de celosos misioneros y héroes de la Religión cristiana. Estos dos primeros dominicos evangelizadores de Tunkín fueron los venerables PP. Fr. Juan de Santa Cruz y Fr. Juan de Arjona. A su llegada sólo misionaban en Tunkín el Sr. Deydier, dos PP. jesuítas y algunos sacerdotes indígenas, ordenados en Siam, tal vez por el Sr. La Mothe. En Julio siguiente llegó también allí, procedente de Manila, el dominico V. P. Fr. Dionisio Morales. Éste y el P. Arjona fueron presos y expulsados de Tunkín el año 1679; pero el año siguiente, la Misión dominicana fué aumentada con el V. P. Zezoli, que el Maestro General de la Orden enviaba desde Roma. Al poco tiempo el P. Zezoli fué creado Obispo y Vicario Apostólico de Tunkín, y poco después la Santa Sede creó también su Vicario apostólico allí al V. P. Juan de Santa Cruz, que se consa-

gró Obispo *Nimeriense*, el 13 de Agosto de 1719. El Vicariato Apostólico de Tunkín se dividió por orden de la Santa Sede, el año 1678, en Vicariato Oriental y Vicariato Occidental. Los dominicos se instalaron desde su llegada en el Vicariato Oriental. En 1757, visto lo florecientes que los dominicos tenían sus misiones, pues contaban ya en ellas más de 60.000 cristianos, Su Santidad Benedicto XIV decretó que el Vicariato Apostólico Oriental de Tunkín quedara fijo en la Orden de Predicadores, quedando el Occidental para la Misión de los franceses.

Los bonzos, literatos é infieles influyentes de aquel país se sobresaltan en presencia de los progresos que allí hace la Religión del Crucificado, y no pierden ocasión de excitar contra ella y sus ministros las iras del pueblo y de los reyes. En menos de un siglo se promulgan más de 11 leyes é infinidad de regios decretos que prohiben en Tunkín la Religión cristiana; muchos cristianos y misioneros sufren el rigor de la persecución y otros caen víctimas inocentes al golpe de la cuchilla, subiendo al cielo sus almas, con

la palma del martirio; mas no por eso cede un palmo de terreno la fe de Cristo, antes aumenta con la tiranía de sus perseguidores. A los misioneros jesuítas, franceses, indígenas y dominicos se unen los hijos de N. P. San Francisco y luego los PP. Recoletos de San Agustín. Pueblos enteros son completamente cristianos. Desde Manila no dejan de ser enviados nuevos operarios á esta viña del Señor. Y aunque sucesivamente salen de ella los franciscanos, recoletos y jesuítas, los dominicos continúan sosteniéndola y cultivándola, con amor y sacrificios inmensos. Continuando florecientes aquellas misiones dominicanas, Su Santidad Pío IX, en vista de tantos y tan fervorosos cristianos como en ellas se cuentan, en Septiembre de 1848 manda que se divida el Vicariato Oriental en dos, que se llamaron Oriental y Central. Éste lo formaba la parte disgregada; el Oriental era la parte del primitivo Vicariato. El nuevo Vicariato Central se dejó también á la Orden dominicana, siendo su primer Vicario Apostólico el Venerable dominico, Illmo. Sr. D. Fr. Domingo Martí. Más

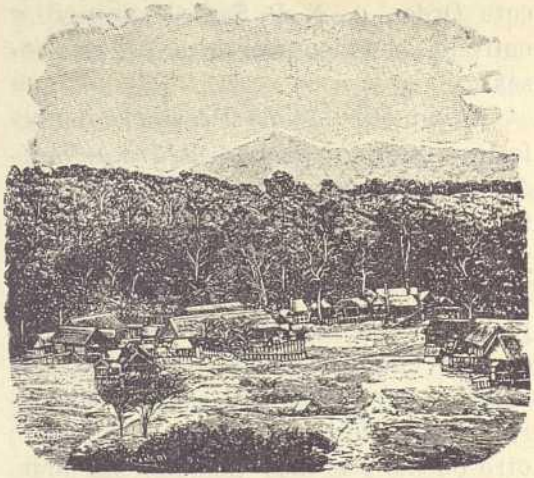
tarde, el año 1883, Su Santidad León XIII vuelve á dividir el Vicariato Oriental en dos, llamándose el nuevo, Vicariato Septentrional, y creando por su primer Vicario Apostólico al Illmo. Sr. D. Fr. Antonio Colomer, también dominico. De manera que la Orden de Predicadores tiene en Tunkín los Vicariatos Oriental, Central y Septentrional.

En estos tres Vicariatos Apostólicos han trabajado y siguen trabajando los Hijos de Santo Domingo, logrando evangelizar á millares de tunkinos. Allí vivieron consagrados al Apostolado los Obispos dominicanos Sextri, Orsini, Ricci, Martí, Alcázar, Oñate, Colomer y otros muchos; allí sellaron, con su sangre, la santa fe los venerables mártires de la Orden dominicana Sanjurjo, Hermosilla, García, San Pedro, Almató, Berriochoa, Khang, Gil de Federich, Leciniana, Liem, Castañeda, Delgado, Henares, Fernández y otros muchos indígenas pertenecientes á esta Orden; allí multitud de simples religiosos dominicanos trabajaron y trabajan, con celo apostólico y fervor de verdaderos Santos. Y para que se vea, de un solo

golpe de vista, la labor cristiana que allí tienen los hijos de Santo Domingo, baste saber que actualmente la Orden sostiene, en medio de una población infiel que no baja de 6.000.000, más de sesenta religiosos españoles que administran 86 distritos con 1.170 cristiandades, 850 iglesias, y el total de cristianos que están á su cuidado sube á la respetable suma de 600.000.

Entre las cristiandades que, desde los comienzos de nuestras misiones en aquel reino, mostraron más fervor, debe contarse el distrito de *Luc-Thuy* con el pueblo de *Tru-Linh*. Tanta era la importancia de este distrito para los intereses cristianos, que antigua como modernamente es mirado con grandes muestras de veneración por la Iglesia tunkinense. Al presente *Luc-Thuy* forma parte del Vicariato Apostólico central en lo eclesiástico; y en lo civil pertenece á la Provincia de *Nam-Dinh*, Prefectura *Phu-Xuán-Trang*. Son dos los pueblos con este nombre de *Luc-Thuy* y civilmente así separados se administran. En lo eclesiástico, es uno solo y se le llamaba *Luc-*

Thuy-ha, para distinguirlo del otro que se decía *Luc-Thuy-Thuong*. Su nombre actual es *Liem-Tuny*. «El partido de *Luc-Thuy* fué también por algún tiempo,



Paisaje del Reino de Tunkín

después de *Tru-Linh*, Vicaría provincial y hasta Vicaría Apostólica. Este partido tiene más de 4.000 almas, repartidas en nueve pueblos de alrededor, todos distantes el que más 40 minutos; estos nueve pueblos son todos cristianos. Tiene siete

Beaterios, tres de ellos en el mismo pueblo de *Luc-Thuy*, y los cuatro restantes uno en cada una de las cuatro cristiandades. De estos Beaterios hay tres de las Amantes de la Cruz y cuatro de la Tercera Orden de N. P. Santo Domingo, y entre los siete tendrán unas 190 religiosas.»

En aquella misma Provincia ó Prefectura están los pueblos de *Thuy-Nhai-Thuong*, adonde fué conducido preso nuestro Bienaventurado desde *Luc-Thuy-ha* y donde se hizo cargo de su persona el Mandarín. Éste le condujo al palacio de justicia de *Cho-cat* y después al pueblo de *Cua-Vuong*, donde el Bienaventurado enfermó tan gravemente, que el Mandarín creyó se le iba á morir. Finalmente, otro pueblo y el más notable, sin duda, en esta historia, es la capital de Tunkín, que se llama *Ha-noi*. Aquí sufrió el Venerable Mártir el largo cautiverio de cerca de ocho años y fué, al fin, decapitado. Se llama también este pueblo, en las historias antiguas, *Ban-King* y *Ket-Cho*. Según las últimas estadísticas de Francia, tiene unos 150.000 habitantes.

Residen en *Ha-noi*, no sólo la corte tunkinense, sino también las primeras autoridades de la colonia que rigen aquel país, aunque el Gobernador general de la Indo-China francesa reside en *Saigón*, importante ciudad de Conchinchina, con unos 100.000 habitantes. Saigón fué por algunos días súbdita del pabellón de España, cuando en 1859 la ocupó, por derecho de conquista y guerra, el general Palanca al frente de los aguerridos soldados de nuestra, un día, mejor colonia oceánica, el archipiélago de Felipe II.

BIBLIOTECA PUBLICA

CAPÍTULO IV

LINAJE, NACIMIENTO É INFANCIA DE NUESTRO BIENAVENTURADO

Con gran pesar nuestro no hemos podido hallar abundantes noticias sobre las materias de este capítulo y sobre el linaje de nuestro Santo, que él ha elevado, sin duda, á la mayor dignidad y mejor fama de que en verdad puede enorgullecerse una prosapia y la humanidad entera. El cronista O'Callaghan nos dice que la casa Gil de Federich es de las más antiguas é ilustres de Tortosa. Lo que está fuera de duda es que, tanto por línea paterna como por línea materna, el Bienaventurado es de origen catalán ó valenciano,

pues así lo demuestran sus apellidos y los de sus padres, si bien el segundo de su madre no hemos podido averiguarlo claramente. También está fuera de duda que la familia Gil de Federich era de la nobleza de Tortosa, condición social que los antepasados se conquistaron y la cual llega hasta el padre del Mártir, pues en documentos oficiales se le llama Caballero (Cavaller).

El primero de la casa Gil de Federich de que hacen mención los *Anales de Tortosa* es un D. Francisco Gil de Federich, que en el sitio que los franceses pusieron á la ciudad en 1648, el cual acabó rindiéndose la plaza al general Marsin, mandaba, como oficial graduado, la fuerza «situada en la media luna del puente, donde hizo una defensa heroica». Cuando la guerra de Sucesión, á los comienzos del siglo XVIII, Tortosa levantó y organizó una milicia urbana, compuesta de leales y esforzados tortosinos, la cual se denominó *La Coronela,* y entre los capitanes y oficiales que la mandaban se habían alistado los más eximios patricios de la ciudad. De los capitanes, uno se llamaba

D. Antonio Gil de Federich, y entre los oficiales hubo uno llamado D. Pedro, del mismo apellido. No sería aventurado el afirmar que estos patricios bien pudieran ser hermanos ó el padre y un hermano del Mártir, porque es cierto que su padre se llamó Antonio y que dos hermanos del Bienaventurado se llamaron uno Antonio y el otro Pedro. Y en aquella fecha bien podían estos hermanos tener edad suficiente para tales empresas, si los suponemos ya crecidos, cuando nació el Beato Francisco. Del Antonio sabemos que en 1747 era Canónigo y sochantre de la Catedral de Tortosa, pues nos lo dice él mismo en la *Vida* que escribió de su santo hermano, apenas se supo en Europa su martirio. Y por cierto que no acabamos de maravillarnos de cómo este autor pasó en silencio pormenores preciosos que pudo darnos no sólo acerca de los ascendientes y el linaje, sino también de la infancia y adolescencia del Santo Mártir, su hermano, á quien biografiaba con tanto amor. ¡Mucho tendríamos adelantado entonces! No habiendo sucedido así, habremos de ceñir nuestra historia á los

datos que esparcidos, en mil lugares, hemos podido reunir.

El carácter piadoso de la familia ó casa Gil de Federich se ve bien claro con sólo copiar lo que dice el Sr. O'Callaghan en sus inapreciables *Anales,* tomo II, página 235. Escribe: «A principios de

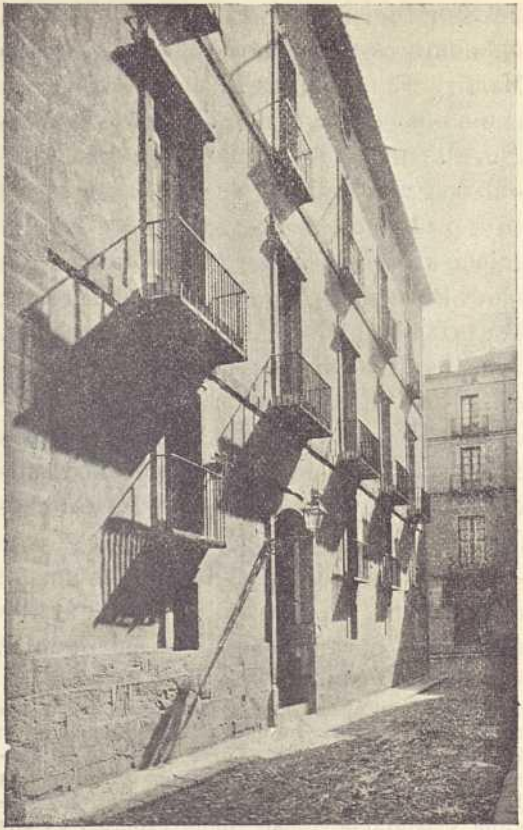
Familia de D. Francisco Gargallo Gil
únicos parientes del Bienaventurado, conocidos al presente

este siglo (XIX), cuando las tropas de Napoleón I invadieron nuestra Península, llevando por todas partes la destrucción y el terror, las religiosas capuchinas de Caspe, como las de otros conventos, hu-

bieron de abandonar su mansión de retiro. Y D. Pedro Gil de Federich, tan caballero como cristiano, ofrecióles la casa de su huerto de Remolinos, donde estuvieron quince meses».—«Todos recordamos á la virtuosa é ilustre por muchos títulos D.ª Francisca Antonia Gil de Federich, último vástago de esta familia que falleció hace pocos años, la cual toda su vida fué el consuelo de los pobres y de muchos conventos de religiosas que socorrió con generosos donativos.»

Nació nuestro Bienaventurado Francisco Gil de Federich, en la ciudad de Tortosa, en Diciembre de 1702. Su casa natalicia, que aun se conserva (1), tiene actualmente el núm. 6 de la calle Ancha,

(1) Es un hermoso edificio de tres pisos, de forma trapezoidea, y ocupa una superficie de cerca de 90 metros cuadrados. En la portería está actualmente la familia del jornalero D. Vicente Lleix Subirats; en el entresuelo hay casa de huéspedes; el piso principal es Casino Liberal. En el cuarto, parte extrema de este piso que recae al callejón del Ciego, nació el Santo Mártir; el piso último lo ocupa la familia del señor arquitecto municipal, don Pablo Monguió Segura. Limitan esta casa las calles: Gil de Federich, travesía de la calle Ancha, callejón del Ciego y Bonaire.



Casa donde nació el Bienaventurado

que se decía antes, pues ahora, partiendo del 8 de Diciembre de 1904, se llama con el nombre de nuestro Bienaventurado Mártir. Fué bautizado en la Catedral, como nos refiere la partida de su bautismo, que dice al pie de la letra y traducida del original catalán en que está escrita (1): «Jueves, 14 de Diciembre de mil setecientos dos. Yo, el Dr. Valentín Sabaté, Pbro., Cura de la Seo de Tortosa, bauticé á Francisco, José, Buenaventura, Juan Bautista, Felipe, Félix, Tomás, Joaquín, hijo legítimo y natural de Antonio Gil de Federich y Sans Rosses é Inés Sans, cónyuges. Padrinos fueron D. Francisco Caprix y D.ª Josefa Caprix y de Federich, cónyuges.»

Los padres del siervo de Dios no se descuidaron en volver á llevar su hijo al templo, para que recibiera la robustez

(1) He aquí el original catalán: «Dijous, á catorse de Desembre del mil setsents dos. Yo, lo Dr. Valentí Sabaté, Pbre., Curat de la Seu de Tortosa, batejí á Francexh, Joseph, Bonaventura, Joan Baptista, Felip, Félix, Thomás, Joachim, fill llegítim y natural de Antoni Gil de Federich y Sans Rosses y Inés Sans, cónyujes. Padrins foren don Francisco Caprix y D.ª Josepha Caprix y de Federich, cónyujes.»

de la fe por la que un día debería morir; y al efecto, apenas cumplióse el año del bautismo, hicieron diligencias para que

Casa solariega de la Familia Gil de Federich sita en Roquetas (Tortosa) y conocida con el nombre de «Torre de Gil»

recibiera el Sacramento de la Confirmación. También tenemos copia de esta partida y gustosos la trasladamos del Catalán (1). Dice así: «Confirmación.

(1) Dice el texto: «Confirmasió. Día 3 Febrer del 1703. Disapte á 3 de Febrer del any de la Nativitat de Nostre Señor Deu Jesu-Christ, 1703. Lo Illim. y Revim. Sr. D. Silvestre García Escalona, per

Día 3 de Febrero de 1703. Sábado á 3 de Febrero del año del Nacimiento de Nuestro Señor Dios Jesucristo 1703. El ilustrísimo y reverendísimo Sr. D. Silvestre García Escalona, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Tortosa, en la Capilla de su Palacio Episcopal, confirmó á Francisco Gil de Federich, hijo del Sr. Antón Gil de Federich, caballero, y de la Sra. Inés Sans, cónyuges. Padrino, Pedro Gil de Federich, su hermano, estudiante.» Fué, pues, confirmado el día en que la Iglesia nuestra Madre celebra la fiesta de un Mártir tan renombrado, como San Blas, al que debía imitar algún día, no sólo derramando su sangre en defensa de la fe, sino también enseñando esta misma fe, en la cárcel, á las piadosas mujeres que

la grasia de Deu y de la Santa Sede Apostólica Bisbe de Tortosa, en la Capella de son Palau Episcopal confirmá á Francisco Gil de Federich, fill del Sr. Antón Gil de Federich, Cavaller, y de la Sra. Inés Sans, Cónyujes. Padrí, Pere Gil de Federich, son germá, estudiant.»

Debemos las copias de estas partidas á nuestro estimado amigo D. Elías Ferreres, presbítero, sabio Director del Colegio de Vocaciones Eclesiásticas de San José de Tortosa.

tomaron á su cargo suministrarle el sustento, como con otras piadosas mujeres ocurrió también á San Blas.

Parece como que Dios Nuestro Señor se complacía en demostrar al mundo lo muy agradable que le era este niño, vástago ilustre de la familia Gil de Federich, pues desde los primeros días de su existencia le previno con tales bendiciones que, muy niño aun, se le veía grandemente inclinado á la virtud. Y á medida que iba creciendo en edad, iban en él apareciendo las señales de la divina vocación á que Dios le destinaba. Sus padres, cristianos fervorosos y nada amigos de esa rutina mundanal en la que vienen á naufragar los más santos deseos, procuraron mirar al niño Francisco con solicitud amorosa, y siempre amoldando sus cariños al fin de hacerlo muy grande Santo, que este es el único amor verdadero que los padres pueden y deben manifestar á sus hijos. «Cuidaron de su educación, dice el hermano de nuestro Santo (1), procurando como buenos y

(1) *Vida...* Lib. 1.°, I.

piadosos padres instruirle en las cristianas virtudes y que huyese los tropiezos que precipitan la juventud y la apartan de entender en el más importante asunto que es el de la salvación del alma. Y aprendió nuestro Venerable tan perfectamente la lección de sus cristianos padres, que se le notó siempre un sumo cuidado del negocio de su salvación y una suma aversión á las vanidades del mundo, de suerte que no pensaba en aquella tierna edad que disfrutaba, sino en oración, devociones, mortificación, frecuencia de sacramentos, hurtándose en cuanto podía de la compañía de los muchachos de su tiempo.»

El Espíritu Santo nos dice que es cosa preciosa al hombre comenzar desde niño el camino de la virtud, el cual, por más que al principio parece estar lleno de tristeza, da al fin dulcísimos frutos de paz, alegría y felicidad (1). En nuestro Mártir se ve palpablemente cumplida esta sentencia de los libros santos. No es posible leer la historia de su vida, tan llena

(1) Thren. III, 27, y Hebreos, XII, 11.

de sobresaltos, sin admirar la felicidad, la alegría y la paz que, en todas las situaciones, aún las más difíciles, rebosó siempre su alma pura, sin que ni una sola vez le veamos menos constante, menos digno de su gran virtud. En fuerza de esta educación, tan profundamente cristiana, y porque, á no dudarlo, á nuestro Venerable habíale tocado en suerte un alma buena (1), sus primeros pasos en esta vida se encaminan por la ley del Señor, en el cumplimiento del deber, como buen hijo. Sus padres lo dedican al estudio de las ciencias y él estudia, con ventajas impropias de sus tiernos años, formando ya desde entonces el encanto, no sólo de los de su casa sino también de cuantos le conocen en la ciudad. Lejos de entenebrecer, con el error, y manchar, con la culpa, su entendimiento y corazón, cosa bien frecuente en los jóvenes escolares de los tiempos que corremos, el joven Gil de Federich, con sus estudios y la asistencia asidua á las aulas, se forma más clara inteligencia de las co-

(1) Sap. VIII, 19.

sas, aprecia mejor los dones que de Dios ha recibido y le rinde gracias, con mayores muestras del alto concepto que le merece su Criador y Redentor. Su corazón, cuanto más sabe y aprende, más se afianza en la práctica de las virtudes, convencido de que ellas son el único bien verdadero que en la tierra puede disponerle para el goce de Dios, bien infinito.

No es, pues, de extrañar que, al decir del Salmista, nuestro Bienaventurado, desde los dias de su infancia y pubertad, gozara á manera de gigante en correr el camino de la perfección cristiana (1). Por lo que hizo después, colegimos que desde niño debía ser devoto ferviente de la Santísima Virgen del Rosario y del Angélico Doctor, Santo Tomás de Aquino, lo cual nos explicamos perfectamente, teniendo en cuenta, además, que la devoción á María Santísima del Rosario está desde antiguo muy arraigada en Tortosa. Muchas veces la ciudad en masa, presidida por sus autoridades, ha acudido á esta excelsa Reina, para implorar su auxilio. Entre

(1) Psalm. XVIII, 6.

las famosas rogativas del Rosario, merece nombrarse la que tuvo lugar, cuando el funesto conflicto político, en que sumieron en la miseria á aquella región los tristísimos sucesos de la guerra de Cataluña é invasión de las tropas francesas, gracias al tristemente célebre Conde-Duque, en el segundo tercio del siglo XVII. Por otra parte, la instrucción de Tortosa venía como vinculada, desde muy antiguo también, á los discípulos de Santo Tomás, los hijos de la Orden de Predicadores, que, además del venerando convento del Rosario, tenían allí dos insignes colegios de enseñanza secundaria y superior, donde la juventud de aquellos pueblos aprendía las artes y las ciencias á que fueron siempre muy dados los hijos de la antigua *Ilercavonia*. Amaestrado, pues, el santo niño Gil de Federich de modo tan cristiano, no debemos extrañar que, en ciencia y virtud, hiciera tan grandes progresos. Y como su corazón era grande, púsolo desde luego en cosas dignas de él, y así le vemos siempre solícito en aprender y santificarse. Y á tal elevación lleva su espíritu que concibe

el pensamiento grandioso de abandonarlo todo por amor de su Dios, en lo cual no sabemos que sus padres le contrariaran, antes es lógico suponer, dadas las virtudes y religión de que estaban adornados, que les sería gratísimo este deseo de su hijo, el cual, como vamos á ver, no tardó en realizar tan noble pensamiento.

CAPÍTULO V

NUESTRO BIENAVENTURADO PROFESA EN LA RELIGIÓN DE LA ORDEN DE PREDICADORES

Por mucho que se diga, nunca podremos alabar bastantemente la misericordiosa providencia de Dios Nuestro Señor, al crear en su Iglesia las Ordenes religiosas, tan combatidas en todos los siglos, y hoy más que nunca anatematizadas por la Revolución, que, en todas las naciones, han hecho los bajos apetitos del hombre. Ellas, en efecto, además de ser el ornamento más hermoso de la ley evangélica, representan en el mundo el cumplimiento de los deseos más puros y el descanso de los corazones que arden en la divina

caridad. Propio es del verdadero amor sacrificarse por el amado, y cuando ese amor es divino y Dios el amado, nuestras almas no descansan hasta aniquilarse, digámoslo así, trasladando todas sus energías á las manos de Dios, para que Él las gobierne, como dueño absoluto. Sin embargo, no á todos es dado hacer este sacrificio, y nadie debe pensar en realizarlo sino después que esté convencido de que Dios tal quiere. La vocación religiosa no se escoge propiamente, se da á los hombres, y sólo la cumplen y deben cumplirla los llamados. Por otra parte, esta vocación entra en los planes de la divina Providencia para salvar al hombre á quien se le concede; así, que corre gran riesgo de perderse, si no la secunda con docilidad y prontitud. Lo cual debe tener muy en cuenta quienquiera que sienta dentro de sí la voz del Espíritu Santo por el Salmista (1): «Escucha, hija, y mira; pon atento oído: olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre.»

Nuestro santo Mártir, que desde la

(1) Psalm. XLIV, 11 y 12.

infancia escuchara sumiso la voz del Señor, no había de poner reparo en acudir á este llamamiento que en su corazón repercutía de modo clarísimo. Y por eso, cuando su edad se lo permite, contando sólo 15 años, se resolvió á abrazar el estado religioso en la Orden de Predicadores, donde varones tan relevantes en ciencia y virtud veía él florecer en las casas que esta Orden tenía en Tortosa. Podemos suponer que fué grandísimo el consuelo que esta resolución causó, no sólo á la familia de nuestro Santo, sino también á su confesor y sus profesores, los PP. dominicos de aquella ciudad. Siempre es grato al ánimo de los amantes hijos de una Orden religiosa ver que alguna alma del siglo pide ingresar y hacerse su hermano; pero cuando esa alma es del temple de la del siervo de Dios, el gozo que todos experimentan no tiene ponderación.

Los Padres dominicos de Tortosa transmitieron muy contentos esta petición al Superior de la Provincia de Aragón, y, hecho el expediente canónico, nuestro Venerable partió para Barcelona, donde

en el venerando convento de Santa Catalina, virgen y mártir, vistió el hábito de Santo Domingo, siendo á la sazón Maestro General de toda la Orden el Reverendísimo P. Fr. Antonino Cloche, que había sido elegido en el Capítulo General, celebrado en Roma el año 1686. No hemos podido averiguar por qué nuestro Bienaventurado fué á Barcelona para vestir el hábito y no lo vistió en Tortosa. Tal vez aquí no existiera Casa-Noviciado; pero, á lo que parece, profesó también como hijo de Santa Catalina de Barcelona y no como hijo de alguna de las Casas que la Orden tenía en Tortosa, habiéndolo sin duda pedido el siervo de Dios, para de este modo conseguir mejor el fin de su vocación, que era entregarse enteramente al seguimiento del divino Maestro, abandonándolo todo por su amor. En Tortosa, en efecto, ya porque su familia era de la clase de nobles ya porque él era admirado y querido de todos por su bella índole y claro talento, su vocación como su virtud estaban expuestas á mil embarazos que, yéndose á Barcelona, desaparecían por completo, pues allí, ni

su prosapia ni su talento ni su virtud podían tan fácilmente ser alabados.

Tan luego vistió el hábito comenzó el año de prueba ó Noviciado, durante el cual, así el novicio como la Orden van viendo si al fin conviene que el pretendiente se quede ó se torne al siglo. Este año de prueba en la Orden de Santo Domingo es rigurosísimo. Teniendo al novicio en apartamiento completo del mundo y permitiéndosele la comunicación estrictamente necesaria, aún con las personas más allegadas que ha dejado en él, se le sujeta de continuo á la práctica de todas las virtudes, y singularmente se le vigila y alienta para que adquiera grande pureza de corazón, entero rendimiento de juicio, profundísima humildad y amor incesante á la mortificación y al sacrificio. Al propio tiempo se le observa en las muestras que da de su talento, al que se procura instruir y poner en mil ocasiones para que se revele. Se le instruye, finalmente, y se le ejercita en todas las observancias regulares que debe guardar después toda su vida con amoroso tesón. Silencio, sufrimiento, exactitud, despren-

dimiento, obediencia, celo de la gloria de Dios y salvación de las almas, asiduidad en los divinos oficios, afición á la meditación, al estudio, á todo lo que cultiva la inteligencia, sin extraviarla con el error, y á todo lo que engrandece el corazón, sin corromperlo con el vicio. Estas son las prácticas del Noviciado, estos los asiduos quehaceres en que el novicio se ocupa, estas, en fin, las pruebas con las cuales se averigua que el novicio tiene vocación verdadera y que la Orden puede y debe admitirlo á la profesión.

Nuestro Santo, durante su noviciado, no sólo adquiere mayor convicción del llamamiento divino, sino que aprende mejor el altísimo fin de su vocación, y por eso ansía que llegue el día de poder consagrarse al divino servicio por la profesión religiosa, que lleva en sí los tres votos solemnes de pobreza, castidad y obediencia, con los cuales nada, dentro ni fuera del hombre, queda sin ofrecer á su divina Majestad. Y como el siervo de Dios, también la Comunidad de Santa Catalina ansiaba por esa hora en que había de quedar definitivamente en la

Orden este joven, sobre quien se hacían los más consoladores augurios. No es, pues, de extrañar que, al cumplirse el año de Noviciado, fuera recibido profeso, como, en efecto, sucedió el año 1718, contando sólo 16 años de edad. Como se ve, Dios Nuestro Señor dispuso así las cosas para que su siervo, en quien ya desde antiguo se complacía, no tuviera ocasión siquiera de experimentar los sinsabores del mundo. ¡Dichosas las almas que, vírgenes aún de todas las malicias de la tierra, entran en este estado religioso que, con mucha razón, es comparado por los Santos Padres á la antesala del paraíso!

Todos los autores que hemos consultado, y son muchísimos, así como convienen que nuestro Bienaventurado vistió el hábito en el convento de Santa Catalina Mártir de Barcelona, así unánimes aseguran que en el mismo convento hizo el Noviciado y profesó; pero el Eminentísimo Cardenal Pierotti, en el informe oficial que presentó á Su Santidad en la Causa de la Beatificación de nuestro Santo, parece afirmar que hizo el Noviciado y

profesó en el lugar llamado *villa de Exempo,* que pertenece á la diócesis de Urgel. Dice: «*Tyrocinii tempore laudabiliter expleto in religiosa domo oppidi vulgó «villa de Exempo», ad solemnia nuncupanda vota admissus est.*» No podemos adivinar en qué está la razón de esta contradicción entre los historiadores, y el Emmo. Ponente-Relator de la Causa, que ciertamente no debió hacer tal afirmación sino después de estudiar á fondo cuanto dice referencia á nuestro Venerable. Tal vez podríamos conseguir alguna luz, teniendo en cuenta que, en las letras patentes de la ordenación de Presbítero del santo misionero, se dice que es conventual de la villa de Exempo. Pero creemos que esto solo no autoriza para afirmar que en este lugar hizo el Noviciado y la profesión; y es lo más probable que los Superiores lo enviaran á dicho sitio, con el fin de que el Sr. Obispo de Urgel le ordenara de sacerdote, como así fué, porque en Barcelona no habría Órdenes entonces, ó por razón de enfermedad del Venerable, ó por otro motivo transeunte que reclamara allí la presencia del siervo de Dios.

La villa de Exempo es la actual ciudad de Tremp, provincia de Lérida, en los llanos de Urgel. Antiguamente fué Colegiata, y tuvo un convento de Capuchinos y otro de Dominicos, llamado de San Jaime de Pallás, fundado el año 1490. En este convento, situado en las afueras, y que tenía estudios generales, estaba nuestro Bienaventurado, al ser ordenado de Presbítero. Y como es digno de memoria este pueblo en la biografía del Santo Gil de Federich, damos las siguientes noticias que nos ha facilitado el ilustrado señor Secretario del Obispado de Urgel, D. Alejo Salvat. Dice: «La ciudad de Tremp cuenta hoy 2.250 almas; es Arciprestazgo, cabeza de distrito y partido judicial del mismo nombre. Sobre las ruinas del convento de Dominicos se ha levantado hace poco tiempo un albergue para pobres; el convento de Capuchinos está destinado á hospital. Hay además comunidad de Beneficiados, que antes tenían el título de Canónigos; una comunidad de religiosos de la Sagrada Familia, cuyo fundador es el difunto P. Mañanet, y otra de religiosas Hijas de Nuestra

Señora (Enseñanza), fundación del Venerable Claret.» El actual ecónomo de Tremp, D. Francisco Perier, dice que un crucifijo muy grande que hay, en la sacristía de la parroquia, perteneció al mencionado convento, donde vivió en Tremp nuestro Bienaventurado.

En la Orden de Santo Domingo, la profesión de suyo no indica para el novicio otra cosa que su solemne consagración al Señor; pero en la vida ordinaria, aparte la ocupación en estudios científicos y literarios á que entonces da principio, apenas si hay variedad, ora sea novicio ora profeso. En efecto, después de la profesión sigue sujeto al régimen del Noviciado, al Maestro y demás instituciones que la Orden tiene en los Noviciados, permaneciendo en esa condición hasta que sea Presbítero, y si acaso el novicio es ya Presbítero ó recibe esta Orden antes de pasados cuatro años de su profesión, ha de seguir en el Noviciado los cuatro años completos. El fin de este régimen se ve bien claro. La Orden destina á sus hijos á ministerios de grandes dificultades, donde se exigen no sólo una

virtud sólida, sino también una paciencia á toda prueba y una prudencia santa. Y en esos cuatro años, estas prendas excepcionales y preciosísimas las adquiere, ó por lo menos aprende á adquirirlas, el novicio. Después de profesar también, es cuando el novel religioso comienza, *á fundamentis*, los estudios variadísimos que abraza la carrera científico-literaria de la Orden. En estos años, que debemos llamar el Estudiantado de nuestro Bienaventurado, aplicóse su ánimo no menos á la virtud que á la ciencia, pues habría él oído muchas veces, en las instrucciones del Maestro de Novicios, que no sólo no son enemigas ni contrarias la ciencia y la virtud, sino antes bien tan amigablemente hermanadas van, siempre que son verdaderas, que, en la Orden de Predicadores, es ya como un axioma de la vida religiosa, que cuanto más sabio es el dominico es más dado á la virtud, y cuanto más virtuoso, más dado á las ciencias.

Nada nos refieren los historiadores de la vida de nuestro Santo acerca de los progresos que hizo en las ciencias, aunque sí nos ponderan los que hizo en la

virtud; pero tenemos un dato precioso que nos explica perfectamente que debió ser muy aventajado en sus estudios. Efectivamente, el santo mártir Leciniana nos dice que el Bienaventurado Gil de Federich fué colegial de Orihuela, y en otras partes hemos comprobado asimismo esta noticia. Para que la estimemos en lo que vale, pues nos pone de manifiesto el aprovechamiento literario del siervo de Dios, conviene hacer una pequeña digresión.

En la Orden de Santo Domingo, además de la enseñanza ordinaria que se da en todos los conventos, hay otra especial ó más extensa que, en los colegios llamados Estudios Generales ó Universidades, se da á los religiosos sobresalientes y que la Orden ve que han de poder brillar en el mundo de las letras divinas y humanas Por regla general, en cada Provincia solía haber una casa de esta clase de estudios; pero era más corriente que se establecieran en cada nación ó región, y que á ellas acudieran religiosos, no sólo de una misma región ó provincia, sino también de las regiones y provincias extranjeras. Así, por ejemplo, tenía la Orden los famo-

sos Colegios-Universidades de Bolonia, Colonia, París, Salamanca, Valladolid, Zaragoza, etc. Y sabemos que el Venerable Granada fué colegial de San Gregorio de Valladolid; San Vicente, de Predicadores de Valencia, etc. Pues bien: el año 1569, el Capítulo General de la Orden, celebrado en Roma bajo la presidencia del Rvdmo. Maestro General P. Vicente Justiniano, anunciaba que, por decretos de los Sumos Pontífices Julio III y San Pío V, la casa que la Orden tenía en Orihuela era elevada á la dignidad de Universidad, llamándose Patriarcal Colegio de Nuestra Señora del Socorro (después se llamó de Santo Domingo). A este Colegio, pues, fué nuestro Venerable Gil de Federich enviado por sus Superiores, á fin de que allí adquiriera la ciencia completísima, con que se presentaban al mundo aquellos insignes maestros de Teología que se llamaron Báñez, Micó, Rocaberti, etc.

No sabemos cuánto tiempo estuvo en Orihuela; pero debió ser poco, por cuanto el año 1724 lo vemos otra vez en Barcelona, desempeñando una clase de Filoso-

fía y preparándose para recibir las Órdenes Sagradas. Ó bien la necesidad de personal ó bien el deseo de nuestro Bienaventurado de no querer figurar en el mundo y de irse un día á las Misiones entre infieles, debió ser la causa de que tan pronto dejara á Orihuela. Y esto último nos parece más probable por lo que ahora diremos.

El año 1725, el R. P. Fr. Salvador Contreras, que había llegado antes desde Méjico, recorría varios conventos de la Orden en la Península, invitando á los religiosos á inscribirse en la Apostólica Provincia del Santísimo Rosario, trasladándose á las regiones de Oriente, para ayudar á los hijos de aquella Provincia en la ardua empresa que sobre sí habían tomado, esto es, evangelizar aquellas tierras paganas é idólatras. Nuestro Santo apenas llevaba ocho años en la Orden, ni tenía completos los estudios que los Superiores habían determinado darle para aprovechar en bien y honra del santo hábito sus grandes talentos. Pero cuando él se apercibió de que el Padre de familia, Dios Nuestro Señor, por

medio de aquel emisario religioso, buscaba operarios que cultivaran su viña mística, se presentó decidido y alegre á su Prelado, para que se dignase enviarle á Misiones: *Ecce ego mitte me* (1). Parece como que presentía las glorias que habían de venir á aquella expedición que preparaba el P. Contreras. Porque, efectivamente, en ella salieron para Oceanía 36 religiosos, todos muy ilustres varones de la Orden, entre ellos los que son hoy gloriosos mártires de Cristo, Bienaventurados Juan de Alcober y Francisco Serrano. Sin embargo, los Superiores, y singularmente su Provincial, que era entonces el Rvdmo. P. Fr. Tomás Ripoll, no accedieron á su ruego, porque habían formado el designio de que el joven Gil de Federich diera esplendor á la Orden en la Península. Consintieron que, en lugar de él, se incorporase á aquella Misión el Venerable P. Fr. Juan de Travaría, natural de Vich é hijo, como él, del convento de Barcelona. Fué este Venerable destinado, el primero del dicho convento

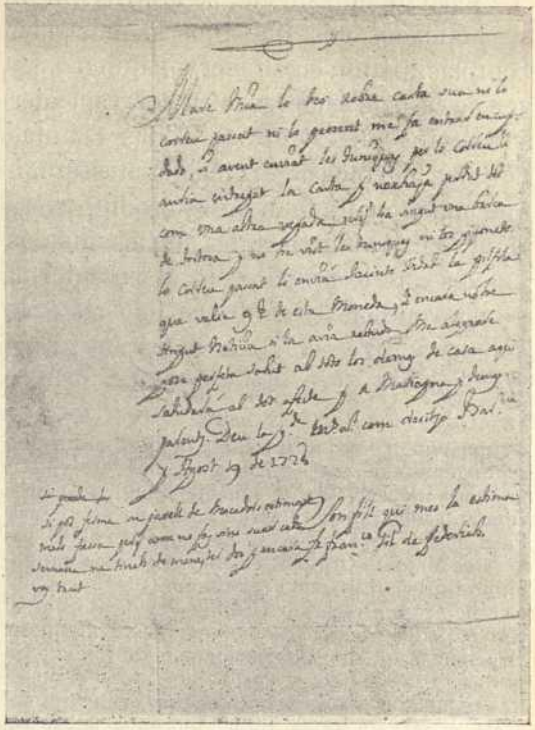
(1) Isaí, VI, 8.

de Barcelona, á las Misiones de Tunkín; pero dirigiéndose á aquel reino no logró entrar en él, porque el Señor, aceptando sin duda el sacrificio de antemano ofrecido, dispuso antes de la vida de su siervo (1).

La negativa que esta vez obtuvo su ruego no quitó los ánimos á nuestro Santo, fiado siempre en que Dios Nuestro Señor le concedería, al fin, esta gracia que con tanto anhelo ansiaba. Mientras, siguió perfeccionando sus estudios superiores y desempeñando su clase de Filosofía y preparándose, con fervor, para recibir la sagrada Orden del Presbiterado. A esta dignidad fué elevado por el Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. D. Simeón de Guinda Apuestagui, Obispo de Urgel, el sábado 29 de Marzo de 1727, es decir, cuando tenía ya la edad de 24 años y tres meses (2).

(1) El Venerable Travaría, en la travesía de Manila á Tunkín, pereció con otro Padre Misionero en un naufragio que hundió en las aguas al navío en que iban. La historia conserva en bendición la memoria de este siervo de Dios y su compañero, que, sin duda, se los llevó el Señor al cielo, habiendo aceptado el sacrificio que de su vida le hicieran.

(2) He aquí las letras testimoniales de su orde-



Carta del Bienaventurado á su madre, desde Barcelona

nación de Presbítero: «Nos Don Simeón de Guinda et Apuestagui, Dei et Apostolicæ Sedis gratia, Episcopus Urgellensis, et Supremus Valium Andorræ Princeps, Regiusque Consiliarius, etc. Omnibus, et singulis præsentes litteras inspectoribus notum

Á partir de este día, se multiplicaron las bondades con que Dios se mostraba complacidísimo en su siervo, quien á su vez no cesó de esmerarse en corresponder á la divina misericordia. Todas cuantas noticias tenemos de su vida nos atestiguan que jamás nadie le manifestó odio, aversión, mala voluntad, antes aún los mismos infieles que le prendieron, atormentaron y mataron por ser ministro de Cristo, le amaban y reverenciaban. Sobre sus grandes talentos, eran estimables las bellísi-

facimus, quod anno á Nativitate Domini millessimo septingentessimo vigesimo septimo, die vero vigesima nona mensis Martii, sabbato quatuor Temporum ante Dominicam Passionis, in Sacello Sancti Petri nostri Urgellensis et Episcopalis Palatii, generales Majores Ordines celebrantes, dilectum nobis in Christo, Fratrem Franciscum Gil, Diaconum, et religiosum professum Ordinis Prædicatorum, et conventualem in villa de Exempo nostræ dignitatis Urgellensis, et cum litteris commendatitiis sui Superioris examinatum et aprobatum, atque in omnibus requisitis, juxta Sancti Concilii Tridentini decreta, et servata forma Bullæ Inocentii felicis recordationis Papæ duodecimi, incipientis *Speculatores domus Israel*, idoneum repertum, ad Sacrum Presbyteratus Ordinem, dispensatis intersticiis, rité et canonicé duximus promovendeum et promovimus. In quorum fidem præsentes litteras, nostris manu sigilloque munitas, ac per infrascriptum Secretarium nostrum suscriptas, jussimus expediri. Datis ut supra.»

mas condiciones de su alma. Por esto, indudablemente, los Superiores del convento de Barcelona no dudaron en confiarle, á pesar de ser tan joven y recién ordenado, un cargo delicadísimo, á saber, el de «Maestro de Estudiantes». De este cargo, dicen las leyes de la Orden de Santo Domingo, que sólo deben desempeñarlo los Lectores que enseñen en forma para recibir, si ya no lo tienen, el grado de Maestro en Sagrada Teología, y que su deber es, además de velar por el buen comportamiento escolar de los estudiantes, señalar las tesis ó temas de los actos literarios y responder á las objeciones que se les haga, redactar los casos de conciencia que deban discutirse y, finalmente, llevar con escrupulosidad el detalle del aprovechamiento de los jóvenes, para certificar de ello en su tiempo. Se ve, pues, que debía ser sobresaliente en ciencia, prudencia y celo por las letras, cuando, siendo aún tan joven, ya le encomendaron los Prelados cargo de tanto honor é importancia.

Apenado estaba, sin embargo, su ánimo, porque ansiaba ir á predicar el santo

Nombre de Dios entre las gentes infieles que vivían en la sombra y las tinieblas del error, y necesitados de fervorosos operarios que les anunciaran la Buena Nueva y les repartieran el pan de la santa Religión del Crucificado. Este pensamiento le dominaba de tal modo, que, lejos de hacérselo olvidar la ocupación gravísima que en el convento le dieran sus Prelados, abrigaba esperanzas cada día más vivas de que lo realizaría con el tiempo. Y no se engañaba, como vamos á ver.

CAPÍTULO VI

NUESTRO BIENAVENTURADO SALE PARA LAS MISIONES DE OCEANÍA

Es cósa probada que Dios Nuestro Señor, aunque tarde, no deja empero incumplida su palabra de venir en auxilio de sus hijos y de hacer, como dice David (1), la voluntad de los que le temen, como buenos hijos. Cuando menos pensaban los Superiores de nuestro Bienaventurado en que éste fuera destinado á las Misiones de Oriente, Dios obró y consoló á su siervo, otorgándole el cumplimiento de sus deseos. Decimos que menos pensaban entonces los Superiores

(1) Psalm., CXLIV, 19.

en esta designación, porque para conseguirse era preciso la licencia del reverendísimo Maestro general de la Orden, y en aquellos días desempeñaba este cargo el Rvdmo. Ripoll, que fué quien, siendo Provincial, se opuso resueltamente á que se concediera al Santo Gil de Federich el permiso, para ir á las Misiones entre infieles que en Oriente sostenía la Provincia del Santísimo Rosario.

Efectivamente, el Rdo. P. Presentado, Fr. Francisco Caballero, Procurador General de la Provincia del Santísimo Rosario, en la Corte de España, circuló el año 1729 por los conventos de la Península la invitación que se acostumbraba, para que los religiosos que quisieran se alistaran en la expedición apostólica á Filipinas, donde tenía su principal campo de acción la Provincia del Santísimo Rosario. Al saber nuestro Bienaventurado esta invitación, siente dentro de su alma como la voz del Espíritu Santo que le dice, que era llegada la hora por él tan ansiada de partir para Asia. Y con la seguridad de éxito, que nadie podía arrebatar á su espíritu, se presenta á sus Su-

periores, pidiéndoles que se escriba al Maestro General para que le envíe la licencia de incorporarse á aquella expedición de varones apostólicos, que organizaba el P. Caballero. Los Superiores, porque no estaba en su autoridad dejar de transmitir al General esta manifestación del santo religioso, le escribieron, pero después de decir al Santo Gil de Federich que era inútil, pues bien le constaba que el Rvdmo. Ripoll quería que se quedara en Barcelona. Y otras muchas reflexiones le hicieron, sin que faltara, como es claro, la de que era ya bastante que del convento saliera el P. Pedro Mártir Ponsgrau. Nuestro Venerable no vaciló, y esperó tranquilo la resolución del Maestro General, que no se hizo esperar, llegando tal y como el siervo de Dios la deseaba.

Imposible de describir su alborozo, cuando se vió agregado á la Misión de Oceanía, y difícil asimismo de comprender la pena que en el convento de Santa Catalina de Barcelona se pintaba en el rostro de todos los religiosos, al ver cómo se les iba aquel varón prudente y religio-

so ejemplarísimo, en quien tantas esperanzas fundaran. Y no sólo los religiosos, sino también las personas seglares y eclesiásticas que frecuentaban la amistad de los dominicos y los parientes de nuestro Santo, sentían vivamente que saliera para una empresa, en que ya no pensaban poderle ver más sobre la tierra. A todo se sobrepuso, y ni las súplicas ni los llantos le hicieron titubear un momento. «¡Dios lo quiere!» Y ante este pensamiento, su alma no retrocedió ni entonces ni nunca.

Arreglados, pues, todos los asuntos del caso, en Julio de 1729 salió de Barcelona en dirección á Cádiz, en compañía del citado P. Ponsgrau y otros religiosos, que suponemos fueron los PP. Ustáriz, Moliner y Martínez, procedentes de los conventos de Calatayud y San Ildefonso de Zaragoza. Llegado á Madrid, y en los días de descanso para continuar el viaje á Cádiz, permitiéndolo Dios Nuestro Señor, tuvo que sufrir otra fuerte acometida contra su decisión de irse á Oriente, la cual venció, como las que en Barcelona le dieron. Un tío suyo, el P. Ildefonso Sans,

religioso dominico, hizo llegar á sus manos una carta, que él mismo le escribía, ponderándole lo absurdo de su resolución y lo conveniente de que volviera á su convento de Barcelona. Y esta carta era tanto más tentadora, cuanto que en su estilo notábase un sentimentalismo y amor sincero hacia nuestro Mártir, capaces de ganar otro corazón que no fuera el suyo. Por eso, con admirable serenidad y ánimo constante, tomó la pluma y contestó á su tío, agradeciéndole muy cortésmente el aviso, pero rechazando la propuesta. Entre otras cosas, le decía: «Cuatro años se han cumplido ya que hice las diligencias para lograr esta empresa, y cuanto más la he encomendado á Dios, tanto mayores deseos he tenido de lograr su fin. Si es voluntad de Dios ó no, Dios lo sabe; lo que se conjetura es que sí, y yo, porque juzgo que es voluntad de Dios, la emprendo, y no me mueve otro fin sino el rehacer, con los muchos trabajos que me figuro, los años que he perdido ofendiendo á Dios» (1). ¡De este arraigo era

(1) *Antonio Gil de Federich*, pág. 7.

la convicción con que se iba á separar para siempre de su patria, á fin de predicar el nombre de Dios á los infieles! Y no debemos dejar de admirar la humildad profundísima y sagaz con que rechaza la sugestiva insinuación de su tío. Porque éste le diría que la honra de Dios se puede procurar también, y con mucha gloria, quedándose en su convento enseñando, predicando, gobernando, etc., y él le contesta, que se va á misiones para, con los trabajos que allí se experimentan, satisfacer por sus pecados. ¡Qué ejemplo para los que no piensan jamás en sus pecados, teniendo muchos y graves! Ni graves ni muchos eran los del siervo de Dios, como hemos visto y nos dice el Proceso de su Beatificación; pero los Santos, dice Santo Tomás, afirman estas cosas con toda verdad, y con toda verdad se reputan los más grandes pecadores, porque en los prójimos sólo ven lo que tienen de Dios, que es todo gracia, y en sí mismos no ven sino lo que tienen de propia cosecha, que es todo corrupción y pecado, como que todos nacemos hijos de ira, como dice San Pablo: *Natura filii*

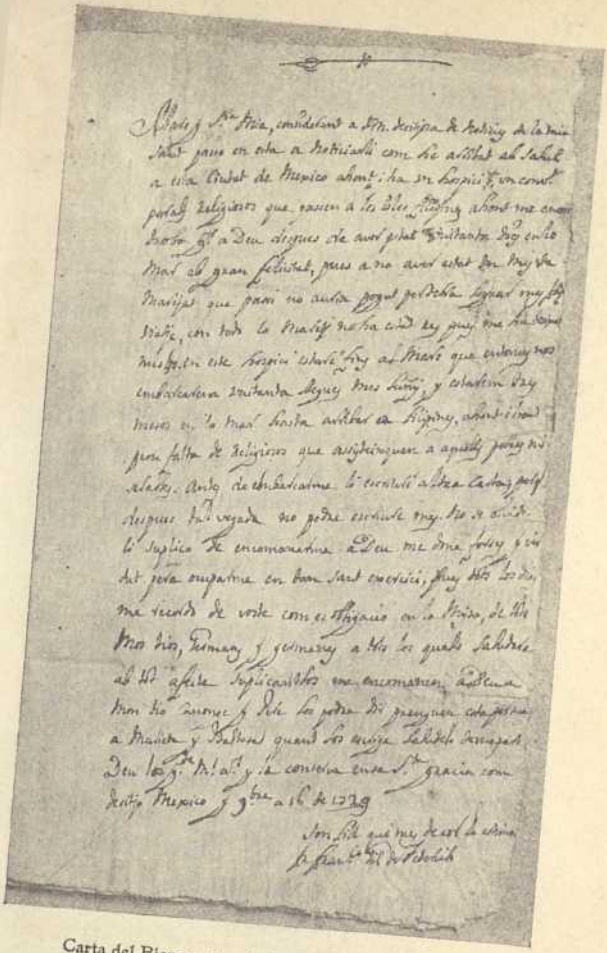
iræ (1). Así se refiere de Nuestro Padre Santo Domingo, que al ir á entrar en un pueblo se postraba y pedía al Señor que no castigara á aquellos habitantes, porque daban albergue á él, pecador perdidísimo. ¡Y Nuestro Santo Padre, consta, que no perdió la gracia bautismal!

Habíanse reunido en Cádiz 27 religiosos que iba á despedir para Manila el P. Caballero. Nuestro Santo ocupaba, en orden, el número 7. Tenían que embarcar en la flota que salía para Veracruz, mandada por el Marqués de Mary. Reunidos ya en la nave, el Venerable P. Fr. Bernardo Ustáriz fué instituído Presidente ó Superior de aquella falange de apóstoles; y, recibida la bendición y rezadas las preces de costumbre, levaron anclas los barcos de la flota, el viernes, día 12 de Agosto de aquel año de 1729. Parece que en la travesía no tuvieron graves accidentes, y así llegó la expedición á Veracruz, á principios de Noviembre. Desembarcados los venerables misioneros, descansaron unos días en el

(1) Ephes. II, 3.

convento de la Orden de aquella ciudad, y luego por tierra llegaron á Méjico, quedando alojados en el convento-hospicio de San Jacinto, que la Provincia del Santísimo Rosario levantó allí, para que en él esperaran las expediciones de España las naos que las debían llevar á las Islas Filipinas.

Tres meses largos permanecieron en Méjico, sin que ocurriera á los fervorosos misioneros cosa desagradable, fuera de una dolencia que acometió al Hermano Fr. Manuel Mancebo, el cual hubo de regresar á Veracruz y allí murió el 18 de Febrero de 1730. Con esto, la expedición quedó reducida á 26 religiosos. El día 30 de Marzo de este mismo año, salieron todos por tierra en dirección de Acapulco, hermoso puerto mejicano sobre el Pacífico, y el día 1.° de Abril, embarcados en la nao «Sacra Familia», galeón de Filipinas, salieron para estas islas, donde arribaron á primeros de Noviembre. Por lo que tardaron, se ve que la navegación debió ser muy llena de contratiempos. Por regla general, esta travesía se hacía en cuatro meses, y nuestros mi



Carta del Bienaventurado á su madre, desde Méjico

sioneros tardaron más de siete, y es que, como dice el Bienaventurado Leciniana, hubieron de sufrir grandes y fuertes y encontrados vientos. Nuestro santo Gil de Federich, durante este largo viaje, y especialmente en los meses que se detuvieron en Méjico, estuvo consagrado al entero cumplimiento de sus deberes religiosos, como lo pudiera hacer el más fervoroso novicio. Era grande la empresa que había acometido por el amor de su Dios, y sabía muy bien que el verdadero apóstol, para salir victorioso en los muchos trabajos que le rodean, debe cobrar fuerza, aprovechando los santos ocios del silencio, la oración y el ejercicio de todas las virtudes. Así vivía él en Méjico, y llegado á Manila, sus virtudes y su celo apostólico se redoblan de modo admirable y se manifiestan cada día más los fulgores de aquella lumbrera que pronto deberá lucir en lugar entenebrecido por la infidelidad, apenas haya beneficiado con su influencia por breve tiempo el católico archipiélago filipino.

CAPÍTULO VII

TRABAJOS APOSTÓLICOS DE NUESTRO BIENAVENTURADO EN LAS ISLAS FILIPINAS

La Provincia del Santísimo Rosario, al recibir los refuerzos que sus Procuradores de Madrid le enviaban, por regla general, periódicamente, de cuatro en cuatro años y casi siempre con previo aviso de la Corte española, se consolaba grandemente en el Señor, pues con ellos se le facilitaban medios de poder cumplir los muchos ministerios que tenía á su cargo. Por Julio de 1727 había recibido y bendecido en Manila, nada menos que 36 religiosos, y, cuando aún saboreaba el placer que tuvo con este refuerzo de atle-

tas de Cristo, es sorprendida agradablemente con estos 26 que, en Noviembre del año 30, arribaron á aquellas playas. Por esto los PP. Capitulares, en el Provincial que se celebró en el convento de Santo Domingo de Manila, el día 24 de Abril del año siguiente, notifican, congratulándose, á toda la Corporación el arribo de estos nuevos misioneros, «los cuales, dicen, llegaron á nosotros por especial providencia del Señor, pues no los esperábamos», *extempore et præter opinionem*. Cuando llegó nuestro Santo á Manila, era Prior Provincial el Reverendo P. Fr. Bernardo Basco.

Lo primero que hizo, después que se quedó instalado en el observantísimo convento de Santo Domingo de aquella ciudad, fué suplicar al dicho P. Basco que lo destinara á las misiones que dicen *vivas*. Con ese deseo había salido de su convento de Barcelona; ese deseo le alentó todo el viaje, y no era extraño que este fuera su primer cuidado, al arribar á Manila. Con el fin de que mejor se comprenda el apostolado que nuestro Bienaventurado ejerció en el archipiélago magallá-

nico, daremos, en pocas palabras, idea de cómo la Provincia del Santísimo Rosario tenía entonces, como ahora, dividido su ministerio espiritual.

Todo el personal religioso lo distribuía de este modo: Una parte la destinaba á la enseñanza en los colegios y Universidad de Manila; otra parte, al ministerio parroquial; la tercera, al ministerio de las misiones entre infieles del mismo archipiélago, y otra, finalmente, al ministerio de misiones en los países infieles de China, Tunkín y Formosa. Hoy, como sucedía antes de la persecución de Taicoxama y Xongurama, en que tan glorioso ejército de mártires voló al cielo, destina también algunos religiosos á las misiones del Japón. Además tenía y tiene un buen número de religiosos ocupados, ora en el sostenimiento de la vida de rigurosa observancia, en el convento de Santo Domingo de Manila, ora en varios lugares ó pueblos de Filipinas que ni eran infieles ni constituían aún parroquias, y se llamaban *Doctrinas,* y á los religiosos que las tenían á su cargo, *Doctrineros.* Entre todos, el ministerio más excelente y el

que más ha honrado siempre á esta Provincia dominicana fué y era y es el de *Misiones vivas*, esto es, las de los países y las naciones paganas, y, en los años de nuestro Bienaventurado, aún más, por los muchos peligros y las muchas vejaciones á que los misioneros estaban expuestos. En China, como en Tunkín, además, se perseguía, con furor satánico, por las autoridades á cuantos profesaban y enseñaban la ley de Cristo, y mucha sangre cristiana había ya regado aquellos países idólatras. Por todas estas razones, á las *Misiones vivas* no se destinaban sino los religiosos que espontáneamente lo pedían, y que por otra parte estaban adornados de excepcionales condiciones de talento y virtud.

Nuestro santo Mártir llegaba á Manila, con la honrosa recomendación, no sólo de su virtud y talento sino también del título de Lector de la Orden, y los Superiores de Manila, como sucedió á los de Barcelona, pensaron utilizar sus talenos, dedicándole al desempeño de una cátedra en la Universidad de Manila. Esta fué la razón por qué el siervo de Dios no

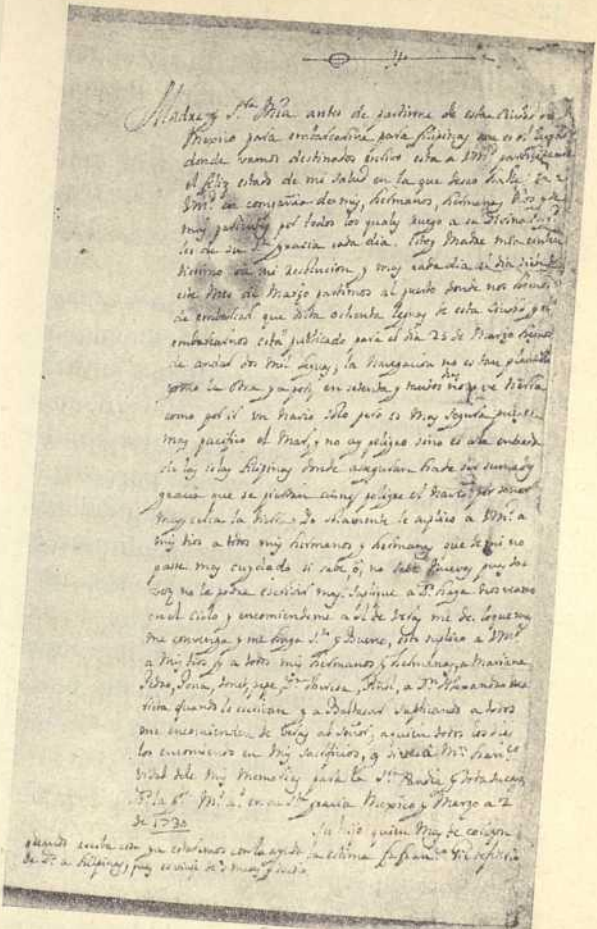
logró en seguida, como otros compañeros suyos, ser enviado á Tunkín. El Provincial, pues, muy contento de los santos deseos que revelaba la petición del siervo de Dios, le dijo que por ahora no le enviaría á *Misiones vivas*, pues la Orden le necesitaba en Filipinas. Como buen religioso, escuchó esta negativa sin inmutarse, confiando en que, si era la voluntad de Dios que fuera á Tunkín ó China, al fin allí le mandaría la obediencia. Y en esta confianza, se entregó de lleno á cumplir en Filipinas los ministerios en que los Superiores le colocaran.

Según testimonio del Rdo. P. Fr. Miguel Portell (1), nuestro Bienaventurado debió, á los pocos días de estar en Manila, ser destinado á la Provincia de Ba-

(1) Este venerable Religioso fué por muchos años misionero de Tunkín y luego Párroco en Samal. Murió en el Señor, el 23 de Febrero de este año, en la casa de la Orden de San Gervasio (Barcelona), con grande alegría de ver ya próxima la beatificación del santo Gil de Federich. Además de lo que afirma el P. Portell, podemos añadir que nuestro Bienaventurado visitó y administró en Samal, el año 1743; así lo demuestran unas notas sumarias de cinco bautizos administrados por él, el 12 de Diciembre, firmadas de su puño y letra; cuya copia polígrafa nos remitieron de Manila.

taan, que, situada á las faldas de los montes de Mariveles, junto á la bahía de Manila, «linda al N. con Zambales y la Pampanga; al E. y al S. con la bahía de Manila, y al O. con el mar de China» (1). Obedecía esta designación al propósito que manifestara al Provincial de ejercer el ministerio de las misiones con preferencia al de la cátedra. Entonces, en aquella Provincia, no tenían aún parroquia los dominicos; tenían, sí, dos grandes distritos ó *Doctrinas*, la de Abucay, primer pueblo que se constituyó en Bataan y que abarcaba toda su parte S. hasta Manibeles y Samal, que se extendía al N. hasta la Pampanga. En Samal, pues, estuvo nuestro Santo, según dicho P. Portell, ejerciendo el ministerio con el nombre de *Doctrinero*. Debió probar su gran celo y prudencia para el santo ministerio en esta *Doctrina*, y por eso, con el fin, sin duda, de que sus prendas de gobierno y su espíritu de pastor de las almas se consolidaran, el capítulo Provin-

(1) Noval. *Geografía general y particular de España y Filipinas*, lib. IV, lec. LIV, pág. 468, ed. de 1896, Manila.



Carta del Bienaventurado á su madre, desde Méjico

cial citado de 1731 lo destinó como Socio ó Coadjutor del pueblo de Binalatongan (San Carlos), en la Provincia de Pangasinán, el más grande de todos los de la región, y cuyo Párroco y Superior religioso era entonces el Rdo. P. Fr. Juan Salinas, Vicario Provincial de la Provincia.

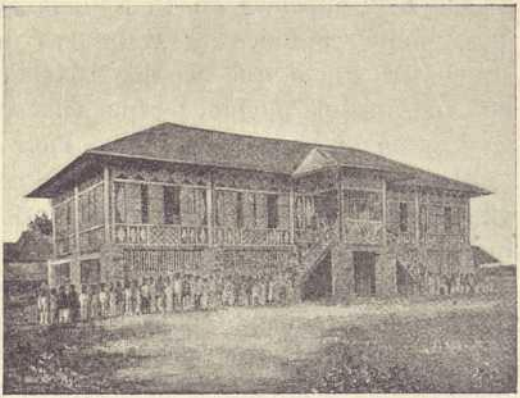
Mientras los Superiores observaban, con gusto, cómo se iban confirmando las esperanzas que de nuestro Bienaventurado habían concebido, él no veía sino que sus deseos de irse á las misiones de infieles no se realizaban, y esto parece que lo traía dolorido, aunque resignado en la divina voluntad. Estos sentimientos los expresó claramente cuando, escribiendo desde Pangasinán, decía que á sus compañeros, Venerables Leciniana, Ponsgrau y otros, los habían destinado á *Misiones vivas;* pero á él, «como á soldado flaco, á este pueblo, donde todos son cristianos y no hay peligros ni trabajos en medio de ellos.»

Como para el ministerio de Bataan tuvo que aprender la lengua tagala, así para este de Binalatongan hubo de apren-

der la pangasinana. Y como de doctrinero de Samal dió tan relevantes muestras de celo y discreción, así también, como socio de Binalatongan, dejó encantados, no sólo á su Superior, el P. Salinas, si que también á todos los religiosos de aquella Provincia, que acudían constantemente á aquel pueblo, porque en esta Casa, y en la persona de dicho Padre, estaba, como se indicó, la Vicaría Provincial de aquella región. Pero todo esto, que á la prudencia del mundo parece risueño, era para nuestro Bienaventurado de aflicción y tormento, pues le privaba ó dilataba la realización de sus anhelos, que eran ser destinado á las misiones de Asia. Y aún tuvo que devorar otro sinsabor de este género, y el mayor hasta entonces, por más que los Superiores en esto seguían también su propósito de ponerle en el candelero.

Un año y medio llevaba el siervo de Dios en Filipinas cuando fué elegido para Provincial el sabio lector de Teología Rdo. P. Fr. Diego Saenz, que desempeñaba la Vicaría de San Telmo de Cavite. Este Padre le había tratado en Manila y du-

rante su estancia en la Provincia de Bataan, y desde luego pudo apreciar las grandes dotes de su alma y augurar el



Escuela de Samal (Bataan-Filipinas)

mucho bien que podría hacer á la Provincia, si se le ponía en ocasión, porque el valer de los hombres la ocasión lo revela, y así se dice en la Sagrada Escritura (1): «Da ocasión al sabio para que revele su sabiduría.» Este P. Saenz fué quien destinó á Pangasinán al santo Mártir, y tan

(1) Proverb., IX, 9.

prendado debió quedar de lo bien que el Venerable cumplió su deber, que el año 1733, en la Congregación Intermedia pidió y obtuvo de los PP. Capitulares, que le dieran para Socio y Secretario suyo á nuestro santo Gil de Federich. Y, en efecto, los Capitulares accedieron á este ruego, toda vez que, en las Actas de dicha Congregación, se lee: «Damos al Reverendo P. Fr. Francisco Gil de Federich para Secretario de Provincia y Socio del muy Rdo. P. Provincial.» Con esto, el siervo de Dios vuelve á Manila al convento de Santo Domingo. No quería él honores, y Dios Nuestro Señor parece como que se complace en dárselos, porque éste que ahora recibe es de los más grandes, como vamos á verlo.

El cargo de Secretario de Provincia y Socio del Provincial parece como hecho para religiosos no sólo de mucha virtud y talento, sino también de edad ya madura y muchos años de profesión. Además de estos dos oficios, en la Provincia del Santísimo Rosario, el designado para este cargo lleva también el de ser Secretario del Consejo de Provincia, que

es el organismo permanente con que el Provincial gobierna á la Corporación, y su deber es levantar actas y dar fe de todas las cosas que se tratan en dicho Consejo. El Reverendísimo Maestro General, Cardenal Pipia, decía á los dominicos de Filipinas, el año 1724: «Ordenamos y mandamos, con todo rigor, que el Socio del Provincial, que á la vez debe ser Secretario de Provincia y del Consejo, y quien acompañe al Provincial en la Visita Regular de todas las Casas de la Orden, sea siempre elegido y señalado por el definitorio y no de otra manera, y que no pueda ser removido de su oficio sino por justísimas causas, examinadas y aprobadas por la mayor parte de los Padres del Consejo y en Consejo de Provincia.» Y como es natural que el definitorio nombre para dicho cargo al que el Provincial proponga ó pida, si no obstan inconvenientes, la ley de la Orden sobre este punto dice lo que sigue: «El Socio ordinario del Provincial ayuda á éste constantemente, en la administración de la Provincia. El que ha de ser elegido para este cargo deberá estar

adornado de muy relevantes dotes. Por eso, en las actas del Capítulo General de Barcelona de 1574, se lee: «Amonestamos y exhortamos, recordando el día del Señor, á todos los Rdos. PP. Provinciales que, en pedir y señalar al religioso que deba ser su Socio, no se dejen llevar de humanos afectos, sino que, mirando al público decoro y utilidad de sus Provincias, designen para sus Socios varones sobresalientes en religiosidad, prudencia y erudición, que sean de buen nombre y buen ejemplo y amables para todos, y que puedan y sepan ayudarles en el desempeño del Provincialato, con celo y don de consejo» (1).

¿No es verdaderamente admirable que para un cargo de tantos requisitos y de funciones tan delicadas fuera elegido el siervo de Dios, que sólo contaba 31 años de edad y 15 de profesión religiosa? Y es que Dios Nuestro Señor, con estas distinciones, iba perfeccionando más y más el alma de su siervo, para que, un día, pu-

(1) Const. S. O. Præd., D. II, C. III, Declar. XI, número 691.

diera desempeñar, con más pura gloria, la misión divina que le tenía reservada en Tunkín y á la cual él deseaba llegar, aunque su humildad, en ese deseo, no viera más que los trabajos y las fatigas que en aquel reino tenían sus hermanos de hábito, predicando el reino de Dios á los infieles. Por eso, aunque resignado, aceptaba él estos honores, sin perder la esperanza de conseguir dejarlos todos, para marchar por el áspero y olvidado camino del misionero, entre infieles; y no cesaba de suplicar á sus Superiores que lo enviaran á Tunkín ni de pedir al Señor que le concediera esta gracia.

BIBLIOTECA PUBLICA TERUEL

CAPÍTULO VIII

NUESTRO BIENAVENTURADO ES DESTINADO Á LAS MISIONES DE TUNQUÍN

La divina Providencia, que todo lo dispone para bien del hombre, que crió, en su infinita misericordia, mostrábase de modo visible en las misiones de Tunkín, reino á que su mismo monarca, como atrás queda indicado, llamó á los Apóstoles de Cristo, con interés no igualado por otra región pagana ni superado por nación católica. Comenzaron allí los misioneros católicos con muy buenos auspicios; mas bien pronto, por una de esas muchas aberraciones de la humana

voluntad, aquellos mismos que, con tanto entusiasmo, pidieron predicadores de la fe, se revolvieron contra ellos, y expulsándolos inicuamente de la tierra, comenzaron una tremenda persecución contra la Religión católica, persecución que ha durado nada menos que hasta el año 1863, es decir, dos siglos y algo más. Al principio, en Tunkín, se contentaron con encarcelar y desterrar misioneros y neófitos; pero después, y á partir de la muerte del Venerable P. Bucarelli, jesuíta, que falleció en la cárcel el año 1723, el desenfreno de los enemigos de Cristo no tuvo límites, y á su odio fueron sacrificadas muchas víctimas, cristianos indígenas en su mayoría. Pero precisamente este encono fué ocasión de que Dios Nuestro Señor llevara á Tunkín grandes y excelentes refuerzos de apóstoles que disputaron palmo á palmo el terreno al demonio de la superstición y nefanda idolatría, en que estaban sumidas aquellas gentes. Entre los guerreros más valerosos, en esta lucha de la fe contra el paganismo, deben contarse los esclarecidos hijos de Santo Domingo, que la Pro-

vincia del Santísimo Rosario enviaba solícita desde Manila.

Mientras nuestro Bienaventurado recorría con el Provincial, P. Saenz, las diversas casas y conventos de la Orden en Filipinas en calidad de Secretario de la Visita Regular, las cosas de Tunkín habíanse agravado de forma que era imposible penetrar en aquel reino, para predicar la fe de Cristo. Por Febrero del año 1731, ya había enviado la Provincia los PP. Pedro Mártir Ponsgrau, Miguel Pajarés y Mateo Alonso Leciniana, para que ayudaran en el santo ministerio á los PP. Güelda, Sabuquillo, Batio y Pozuelo, que en Tunkín sufrían indeciblemente; la expedición fué por Batavia, y aquí tuvo que detenerse cuatro meses, porque no fué posible encontrar barco que los llevara á aquel reino, que, loco de furor contra la Religión, había tomado todas las medidas para impedir que entraran en él nuevos misioneros. Por fin, el 18 de Enero del año siguiente, y después de otra detención en Cantón, lograron los tres heraldos de Cristo arribar á Tunkín, comenzando en seguida á sufrir los rigores de

la persecución. A fin de que no faltaran operarios que recogieran la abundante mies que Dios Nuestro Señor tenía plantada en aquel campo, la Corporación, instada fervientemente por las cartas del Sr. Vicario Apostólico y Padres misioneros de aquel reino, que aseguraban que la persecución había cesado, «*Regno in pace composito, maturescit messis*», volvió á destinar á aquellas misiones dos apóstoles más, los PP. Luis Espinosa y Nicolás Milla. Iban estos misioneros muy alegres y confiados porque, según una relación que se había enviado á la Provincia, Tunkín parecía haber entrado otra vez en su vida normal pacífica. Y así era por un milagro, como se cree, obrado por la Santísima Virgen del Rosario. Fué el caso que los infieles robaron á los cristianos una imagen de esta Santísima Madre y la depositaron en el palacio real. Apenas hubo entrado allí la santa imagen, se descubrió, sin saber cómo, una traición que maquinaba uno de los eunucos del Rey, el cual era el promovedor de todo aquel odio con que el Rey y el Gobierno perseguían á la Religión. Al caer,

pues, el favorito, volvió la tranquilidad, que todos los Padres misioneros procuraron notificar á Manila. Así persuadidos, iban los PP. Espinosa y Milla á Tunkín. Mas, ¡qué poco duró esta paz y qué triste desengaño! Después de una penosa navegación, se encontraron con que no les era posible salir de Macao, porque, otra vez, la ola de la persecución y del exterminio se levantó imponente, y ni en China ni en Tunkín podían penetrar los misioneros católicos.

En vista de esto volviéronse á Manila, donde cayó enfermo el P. Milla, y hubo necesidad de descartarlo del número de los destinados á las misiones del Tunkín. Entonces fué, cuando la divina Providencia obró en favor de su siervo, Gil de Federich, concediéndole lo que tanto había él deseado. Veamos cómo.

La Provincia tenía que sustituir al P. Milla con otro misionero, que debía partir para Tunkín con el P. Espinosa. Nuestro Santo, que por razón de su oficio estaba en el secreto, se presentó decidido al Provincial, y al Consejo de Provincia, suplicándoles que le enviaran

á él, para lo cual renunciaba gustoso el cargo de Secretario que venía desempeñando. Era esto á primeros del año 1735. El Provincial, P. Saenz, que le amaba tiernamente y con el roce oficial había visto más claramente el mucho valer del siervo de Dios y lo muy útil que podría ser á la Provincia, quedándose en Manila, rehusó sin titubear, y nególe este permiso. Los Padres de Consejo, como todos los de Filipinas, pues ya le conocían todos por haber girado la Visita Regular con el Provincial, sabían igualmente que convenía más á los intereses de la Orden que no fuera á aquel reino, donde no podría ya ocuparse en los asuntos generales de la Provincia, que, con tanto celo y prudencia trataba, y unánimes también se opusieron á estos deseos. Pero de todos triunfó el santo confesor de Cristo, mejor, Dios Nuestro Señor en su siervo, porque así era la divina voluntad, y al fin le hubieron de conceder el nombramiento para misionero de Tunkín.

La razón de este cambio en el Provincial y su Consejo fué, según nos refiere un escritor, que nuestro Bienaventurado,

con mucho secreto, comunicó cosas y reveló al Provincial señales certísimas de que Dios era quien lo llamaba á Tunkín. Estas cosas y estas señales las manifestó en público, según se dice, el dicho Provincial, P. Saenz, luego que se supo en Manila el glorioso martirio con que Su Divina Majestad premió el Apostolado de su siervo. Ignoramos por completo dónde consta esta declaración del P. Saenz, que ciertamente sería un verdadero monumento de honor y gloria del Santo Mártir.

Habida, pues, esta licencia y ya en sus manos este nombramiento que colmaba los santos anhelos, tantos años ha albergados en su corazón, salió para Tunkín con el P. Luis Espinosa, en Marzo de 1735, por la vía de Batavia. Los Definidores del Capítulo Provincial que, en 30 de Abril de este año, se celebraba en Manila, anunciaban á la Corporación este suceso, haciendo, como hincapié, en las cualidades que adornaban á nuestro Bienaventurado, porque no dicen simplemente que fué destinado á las misiones de Tunkín, sino que lo expresan en esta

forma: «Ha sido nombrado misionero de Tunkín el Rdo. P. Fr. Francisco Gil de Federich, actual Secretario de Provincia.» Un mes solían tardar las naos desde Manila á Batavia. No sabemos que en esta travesía sufriera el Santo contratiempos del mar; pero sí que debió padecer mucho, al menos por los retrasos en llegar á su ansiado destino, pues no arribó á Tunkín hasta el domingo 28 de Agosto, es decir, después de cinco meses. La asignación que de Manila llevaba era á la casa de la Orden del pueblo de Tru-Linh, que estaba en la parte meridional del reino, donde, como en un centro de la misión, solían estar todos los misioneros, ínterin se preparaban con el estudio de la lengua y demás conocimientos indispensables, para ejercer el santo ministerio. Y es así, porque los Capítulos Provinciales, desde éste del 1735 hasta el martirio, el siervo de Dios siempre aparece asignado á Tru-Linh.

Difícilmente podremos darnos cuenta del gozo inefable de su espíritu, al encontrarse ya en Tunkín, aspiración suprema que, concebida en su alma, cuan-

do apenas había comenzado la vida de religioso, no le abandonó un solo instante toda su vida. Tenía á la sazón la edad de 33 años; había, aunque joven, experimentado los sinsabores que tiene el mundo para con un corazón que quiere ser todo de Dios; la Orden le había honrado, confiriéndole títulos y cargos que, si para las almas vulgares valen algo, para las del temple que tenía la suya no merecían sino la santa indiferencia, y siempre el santo horror á la cuenta que de tales honores hay que rendir; le devoró siempre la caridad de Dios, y ahora que se hallaba ya dispuesto para manifestar al Señor lo mucho que le amaba, sacrificándose en bien de sus hermanos que, como él, fueron comprados con la sangre de Cristo, su corazón se dilataba y rendía al Señor acciones de gracias por esta dispensación de su misericordia. Y todos estos motivos de gozo y contento que ahora sentía, no sólo no menguaron en adelante, sino antes bien fueron multiplicándose tan asombrosamente que, al llegar á la hora de su martirio, pudo decir con verdad á Dios Nuestro Señor: «Te doy gra-

cias, Dios Omnipotente, por todos los beneficios que me has hecho.»

Tan luego se vió instalado en Tru-Linh, se dedicó con tal empeño á aprender la lengua tunkina, sin la cual era imposible comenzar su apostolado, que, en pocos meses, la hablaba ya correctamente, y fué cultivándola en forma que, según todas las relaciones, llegó á poseerla con la mayor perfección. Después de hacer la profesión de fe, como es precepto Pontificio allí, el Superior le dió el nombre tunkino con que en adelante se debía firmar y llamar. Este nombre fué *Tê*, que significa «Sacrificio». Y aun en esto se ve el designio de Dios Nuestro Señor sobre su siervo; porque, en realidad de verdad, su vida hasta entonces fué un continuo sacrificio, debió seguir siéndolo y, al fin, debía de entregarla, sacrificándose por la gloria de su Santo Nombre. En toda la prueba testimonial indígena de la causa de la beatificación, se le llama *Tê* á nuestro Mártir, lo que no conviene olvidar para evitar confusiones. Los neófitos, y especialmente aquellos que estaban al servicio de la casa-misión,

fueron los primeros de los tunkinos en admirar las prendas de talento y prudencia que llevó á aquel reino, realzadas por su acendrada caridad. En su afán por habilitarse para el santo ministerio, era frecuente en él reunirse con los niños, y sin miedo á perder de su dignidad, hacerse discípulo de ellos en la difícil lengua annamita. Procuraba observar cómo hablaban, y él mismo hablaba y repetía las palabras para que se las corrigiesen, y así llegó á poseer aquel idioma, como si fuera natural del país. Esto no sólo fué para él de mucho provecho, porque le facilitaba el desempeño de sus tareas apostólicas, sino que contribuyó no poco á que todos le reverenciaran, así cristianos como infieles, de modo que, en el Proceso de Beatificación, muchos testigos afirman que jamás habían oído á nadie que dijera mal del siervo de Dios.

En cuatro meses, se habilitó para ejercer las funciones sagradas del misionero, y los Superiores, sin perder tiempo, lo destinaron á evangelizar en aquel Vicariato Apostólico. Según los informes del

Emmo. Pierotti, tuvo á su cargo la administración de los distritos de *Giao-Thuy*, de *Cau-Dinh* y de *Vu-Tien*, y se sabe que comenzó su Apostolado en Enero de 1736. Durante los dos años escasos que administró, antes de que cayera preso, las crónicas nos lo describen como un varón perfecto, religioso observantísimo de las leyes de su Orden y entregado, en cuerpo y alma, al cumplimiento de sus deberes apostólicos. Sería preciso conocer á fondo cómo estaban constituídos aquellos pueblos y cómo eran allí perseguidos los cristianos, para darnos cuenta de los numerosos y graves trabajos que sufrió el siervo de Dios, en el desempeño de la misión que le confiara la obediencia. Baste saber, que los cristianos se hallaban repartidos y como diseminados, pues eran unos 50.000 en todo el reino que tenía una población de más de 10.000.000 de habitantes, entre muchos pueblos y caseríos; que allí no existían caminos, sino senderos impracticables, y por esta razón todas sus excursiones apostólicas tenía que hacerlas, atravesando ríos y canales, ya profun-

dos y anchos, ya de escasas y cenagosas aguas.

Su vida apostólica, en estos dos años, nos la refieren muchos testigos de vista, diciéndonos que, pospuesto todo temor y sin mirar nunca á su comodidad temporal, predicaba incesantemente; instruía á todos en los misterios de la fe, y los preceptos de la ley de Dios y la Iglesia, y bautizaba á párvulos y adultos, siendo incansable en administrar el santo sacramento de la Penitencia y sagrada Eucaristía; visitaba y consolaba á los enfermos, remediándolos, cuando podía en sus necesidades; no le arredraban ni lo inaccesible de los caminos ni el paso peligroso de los ríos ni el fundado temor de caer en las manos de los enemigos de la fe que le acechaban, buscándolo de continuo, para llevarlo ante los tribunales del reino como Maestro de la Religión, que él sabía estar prohibida por edictos del Rey. El calor, que alcanza allí elevadísimas temperaturas; el tifón, que asuela aquellas comarcas y lleva el espanto á aquellas playas; las mil enfermedades endémicas y asquerosas que suelen sufrir aquellas gentes, debido á la po-

breza y falta de higiene en que viven; los horrores, en fin, de todas las calamidades que el hambre produce allí, con frecuencia, por las pérdidas de las cosechas que originan las inundaciones unas veces, las sequías otras, eran otros tantos motivos de encenderse más su caridad y desempeñar su apostolado con más acendrado celo.

Tan múltiples fatigas, solicitudes, trabajos en que vivía de continuo, le ocasionaron unas fuertes calenturas, aun antes de cumplirse un año de sus tareas apostólicas, y fueron tan tenaces, que le duraron muchos meses. Mas no por esto desfallecía su ánimo ni cesaba en su labor divina, como lo prueban estos hechos: Estando en lo más fuerte de la fiebre, vinieron á avisarle para que fuera á confesar un enfermo que vivía muy lejos y en un lugar lleno de idólatras. El día era de esos que, en aquellas regiones, espantan aún á los corazones más esforzados. Diluviaba sin cesar; el huracán dejábase sentir amenazador. Los familiares que tenía consigo le rogaron que no saliera de casa, porque ellos irían y le traerían

el enfermo, costumbre que en aquellas misiones es bastante general, cuando el enfermo no es de cuidado y el misionero no puede ir á su casa; pero todo fué inútil. El santo misionero partió en alas de su caridad, y llegado que fué á casa del enfermo, no sólo le confesó y consoló, sino que aún le veló toda la noche, con el amoroso cuidado de una madre.

En otra ocasión se le presentó una pobre mujer cristiana, diciéndole que, en el lugar de *Ke-Kinh*, había un enfermo que deseaba se le administraran los Santos Sacramentos. Era en invierno y en un día también huracanado y lluvioso. El siervo de Dios, sin replicar y acompañado de un familiar, siguió á la mujer y dirigióse al río, donde estaba un barquichuelo que ésta había traído y guiado ella misma. Aquí se unieron al Venerable algunos cristianos para acompañarle, en tan peligrosa expedición, pues se trataba nada menos que de entrar en un pueblo todo pagano é idólatra. Sus fieles compañeros y él, remudándose al remo, hicieron volar la embarcación; pero la pobre mujer, que hacía de timonel, no

sabía bien el derrotero que en el río había de seguir la barquilla, y anduvieron muchas horas en vueltas y en revueltas, hasta que, siendo ya media noche, divisaron el lugar de *Ke-Kinh*. Como era pueblo idólatra, como se ha dicho, todos quedaron en la barquilla y sólo la mujer saltó en tierra, para avisar al enfermo que el Padre misionero estaba en el río. Pero á poco volvió muy afligida, diciendo toda azorada: «Padre, en este lugar no hay quien pueda acompañarle á casa del enfermo, porque en todo él no hay un solo cristiano y el enfermo es pobrísimo y nadie quiere hacerle este servicio.» El siervo de Dios, oyendo esto, saltó veloz en tierra y, encomendándose á Dios Nuestro Señor, comenzó á caminar solo por el lugar, guiado por los informes que le diera aquella mujer, y atravesando las calles con mucho trabajo, pues estaban llenas de agua y lodo, atinó, al fin, con la casa del enfermo, y entrando muy fatigado, como se deja comprender, lo confesó y veló aquella noche y, al amanecer, celebró Misa y le administró el santo Viático. Terminada su misión, tornóse

al barquichuelo, radiante de alegría, al verse todo mojado y enlodado y tiritando de frío.

Ni los peligros de morir á manos de los infieles le retraían de ejercer su ministerio, probando, con su proceder, la verdad de las divinas Escrituras de que «el amor es fuerte como la muerte (1), porque, sin duda alguna, su valor era efecto del vivísimo amor de Dios y del prójimo que anidaba en su pecho. Entre otros casos que podrían aducirse para confirmar esto, sea el siguiente: Una vez estaba confesando á varios cristianos en el pueblo ó lugar de *Cot-Lam,* y precipitadamente le avisaron los fieles que huyera, pues los paganos idólatras habíanse entendido para dar un asalto á la casa y prenderle. El Santo elevó los ojos al cielo y el corazón á Dios, y, con placidez asombrosa de espíritu, siguió su ministerio hasta haber confesado á todos los cristianos, que para esto habían acudido á *Cot-Lam.* Los que presenciaron este hecho afirman que sólo un milagro pudo librar-

(1) Cant., VIII, 6.

le de caer, en aquella ocasión, en poder de los enemigos de la fe.

Este fervor y este celo por beneficiar á las almas, cuyo cuidado le había confiado Dios Nuestro Señor, fueron causa muchas veces de que sufriera horriblemente, cuando de alguna manera se le estorbaba la administración de los Santos Sacramentos. Cuando los fieles no podían ir adonde él estaba, se iba á los lugares de ellos, y con admirable paciencia esperaba oportunidad para trasladarse, á pie ó embarcado, á los sitios donde sabía que había cristianos. Ocasión hubo que esperó á orillas del río hasta dos y tres días con sus noches, pasando todo este tiempo ocupado en la oración, rezo del Oficio divino y predicando nuestra fe á los infieles que tripulaban las embarcaciones. Muchas veces confesaba á los cristianos que por allí acudían, y celebrado el Santo Sacrificio de la misa, les daba la sagrada Comunión. Solía también mandar á sus domésticos y familiares, que siempre le acompañaban, que reunieran á los cristianos que hubiera en las barquillas y canoas del río, y una vez que allí los tenía

reunidos, con grande fervor les predicaba, confesaba y comulgaba.

En el capítulo que dedicaremos á su apostolado, aparecerán más de relieve las ocupaciones que tenía durante este tiempo. Por lo que llevamos dicho, se ve que no se avenía jamás con la ociosidad, y menos tratándose del desempeño de funciones tan excelentes, como eran las que en aquel reino ejercía, por singular vocación del Señor. Son hijos de su celo y de este empeño constante de cumplir con su deber, muchedumbre de fieles, vueltos al buen camino, y multitud de paganos, regenerados con las puras aguas del bautismo. ¡Así nuestro Bienaventurado cumplía la misión apostólica que le llevó á Tunkín! Pero Dios Nuestro Señor había de derramar aún en su corazón mayores y más abundantes gracias, le había aún de poner en ocasión de que, con mayor gloria de su santo Nombre, sufriera y agonizara, cumpliendo con este elevadísimo ministerio de Apóstol.

Los Superiores de la Provincia del Santísimo Rosario que estaban informados del celo con que propagaba en Tunkín

la gloria del Señor, en unión con los otros varones apostólicos, hermanos suyos, que allí tenían desde años atrás, se congratulaban y bendecían al Señor y notificaban estos felices sucesos del progreso de nuestras misiones annamitas; en la Congregación Intermedia de 11 de Mayo de 1737, es decir, unos dos meses antes de que nuestro santo Misionero cayera en manos de los enemigos de la fe. «Cuanto más—dicen—se esfuerzan los infieles en atormentar á los cristianos y perseguir á los misioneros, más reverdecen el prado místico del Señor y aquellos campos del Padre celestial. Para recoger la sazonada y abundosa mies, trabajan incesantemente nuestros hermanos que allí residen.» Entre ellos, el Santo Gil de Federich, por sus condiciones de carácter, por su talento, sus virtudes singulares y el alto prestigio que tenía, aún con los infieles, era el que más deseaban apresar los enemigos de la Religión, poniéndole asechanzas, tendiéndole lazos sin descanso.

Al fin cayó preso, y entre los Hijos de Santo Domingo fué el primero que derra-

mó su sangre gloriosa, en defensa de la fe, y por eso la Orden le tiene por su *Protomártir* en Tunkín.

BIBLIOTECA PÚBLICA TERUEL

CAPÍTULO IX

NUESTRO BIENAVENTURADO ES HECHO PRESO POR LOS INFIELES

Puede asegurarse que nunca se vió pueblo tan castigado, con todas las calamidades que afligen á la humanidad, como el reino de Tunkín, durante el largo período de cerca de 250 años que duró, más ó menos fuerte, el odio perseguidor contra la Religión de Nuestro Señor Jesucristo, y en que fueron destruídos los altares y desterrados, presos, maltratados y ejecutados, con pena capital, muchos cristianos y misioneros. Cuando cesan las sequías, con sus horrores de hambre y miseria, sobrevienen ciclo-

nes é inundaciones que arruinan los campos, con sus sementeras, y los pueblos con sus acomodos; libres de esta calamidad, son acometidos los tunkinos por la peste, que diezma la poblacion; y apenas se retiró la peste, preséntanse las discordias y guerras civiles que desgarran las entrañas del país, con más furor que todos aquellos azotes. Así, alternando estas verdaderas desdichas públicas, camina aquel reino, sin pararse á mirar y considerar que tales desventuras bien pudieran ser, como ciertamente lo eran, manifiesto castigo del Criador, por las mil injurias y blasfemias con que era allí deshonrado su santo Nombre.

Muchas leyes y muchos reales decretos se expidieron, en todo este tiempo, contra los cristianos, y un sinnúmero de circulares y órdenes apremiantes ya del Rey ya de sus magistrados, para acabar con la Religión. Puede calcularse cuáles serían los trabajos de los misioneros católicos que, sobre verse obligados á vivir ojo avizor, para no caer en las manos de aquellos fanáticos adoradores de los ídolos, tenían que predicar el Evangelio y ad-

ministrar los sacramentos á un pueblo que moría de miseria, condición ésta nada favorable para pensar en los grandes problemas del espíritu. Aprovechan los ministros de Dios los intervalos en que, por razón del tiempo, solían como olvidarse, por unos momentos, los furibundos decretos persecutorios; pero en estas calmas había sus peligros, mayores si se quiere que cuando la persecución era franca, por los muchos traidores que se aprovechaban de ellas, para dar sorpresas desagradables á aquella Iglesia atribulada. Precisamente, cuando nuestro Bienaventurado Gil de Federich comenzó á misionar, se reproducía con mayor vigor que nunca la orden de perseguir á la Religión y, en virtud de un decreto de 12 de Enero de 1736, los cristianos sufrieron incontables atropellos y cuatro jesuítas caían mártires al golpe de la cuchilla del inicuo perseguidor. Estos martirios y otras vejaciones, como ya las que anteriormente se habían ejecutado en muchos indígenas y misioneros, lejos de atemorizar, esforzaban á misioneros y cristianos. Se repetía aquí el hermoso fenómeno que, en los

primeros siglos de la Iglesia, hizo decir á Tertuliano: «La sangre de los mártires es semilla de cristianos.» Un misionero escribía por entonces: «Después de estos martirios, los Padres salimos á administrar con más libertad que antes, y los cristianos, ya más animosos, nos ocurren y reciben en sus casas, y administramos, con grande concurso de fieles fervorosos y de infieles, que se convierten muchos á nuestra santa fe, y es también más crecido el número de apóstatas que se reducen á penitencia» (1).

El siervo de Dios seguía, pues, trabajando con celo incansable en aquella viña del Señor, el cual iba también á premiar, con honra sin igual, sus trabajos, proporcionándole nuevas y mayores ocasiones de manifestar la divina caridad que ardía en su pecho. Un corazón que ama no es feliz sino sufriendo por el amado, y los justos en nada reciben tanto consuelo como en ser denostados y padecer por el Señor. Si á su gran corazón no bastaba lo que hasta ahora había

(1) En el *P. Fr. M. de Rivas*, cap. XV.

padecido, llególe, al fin, el ansiado momento de ser enteramente sacrificado por su Dios, aunque lentamente, en un martirio prolongado por más de siete años y coronado, con una muerte gloriosa, como iremos viendo.

En la persecución contra los cristianos, se mostraron siempre desde el principio muy interesados los bonzos ó sacerdotes de los ídolos, sin duda porque contra las supercherías de su culto se dirigían, en primer lugar, las enseñanzas de los misioneros. Por los años 1733, según el cálculo más aproximado, uno de estos bonzos, llamado *Thay-Tinh*, capitaneó la expedición, que organizara el Mandarín de la Provincia contra los cristianos de la región meridional; cargó de modo asolador sobre el distrito de *Tru-Linh*, residencia principal de los misioneros dominicos; pero no debió salir de ella muy airoso este impío sacerdote idólatra, pues tenía como hecho juramento de apresar, en la primera ocasión, á alguno de los Maestros de la Religión de más fama. Cuando comenzó á misionar nuestro Venerable, era general la noticia del odio

que *Thay-Tinh* profesaba á los misioneros y su propósito de hacer presa, en cuanto pudiera, de alguno que fuera muy influyente Maestro de la Religión. Nuestro Bienaventurado, dice el santo Leciniana, era «de los europeos más capaces que había en aquel reino». Al Santo Gil de Federich había apuntado el bonzo, movido, además de su odio satánico, por el sórdido interés; pues se forjaba la ilusión de que si él prendía á este importante Maestro de la Religión Cristiana, toda la Corte le colmaría de plácemes y honores, y además, en último término, esperaba hacerse con mucho dinero, puesto que los cristianos, ya lo sabían los infieles por experiencia, no serían cortos en ofrecerlo por su rescate. En tal período álgido de persecución y con tales enemigos apostados en mil emboscadas, llegó nuestro santo Confesor de Cristo al pueblo de *Luc-Thuy-ha*, para celebrar allí la fiesta de N. P. Santo Domingo, rodeado de algunos pocos cristianos que se recogieron á la casa-misión, con este mismo santo objeto.

El sábado, 3 de Agosto de 1737, vís-

pera de la fiesta del Santo Patriarca, amaneció lluvioso y con mucho viento, y nuestro Bienaventurado se dispuso á celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. Cuando estaba á la mitad, observó cierta alteración en los fieles que asistían al Santo Sacrificio, motivada por un aviso que envió al santo Misionero una cristiana llamada *Ba-Ri*, diciéndole que había arribado al barco, donde ella estaba, una persona desconocida y forastera. Ni él ni los cristianos que con él estaban en la capilla dieron mucha importancia á este aviso. Sin embargo, terminada la Misa, y como si previera lo que iba á suceder, mandó deshacer en seguida el altar y ocultar los ornamentos y vasos y cosas sagradas, y se retiró tranquilo á dar gracias. En aquel mismo instante, recibió un aviso urgente que le transmitía el principal (pedáneo) de *Luc-Thuy-ha*, encareciéndole la necesidad de que salieran todos de la casa porque los iban á prender. No se asustó él, pero sí los que estaban en su compañía, quienes salieron inmediatamente á buscar una embarcación, para poner en salvo por el río al Bienaventu-

rado; mas fué inútil esta diligencia, porque ya la casa estaba rodeada de infieles. El siervo de Dios, visto que era imposible evadirse, dijo á los cristianos que se escondieran ó huyeran como les fuera posible, y, con serenidad pasmosa, encomendándose á San José, se presentó á aquella chusma, diciéndoles: «¿A quién buscáis? Yo soy á quien buscáis». Capitaneaba aquella cuadrilla de foragidos el degradado bonzo *Thay-Tinh*, quien mandó en seguida prender al santo Misionero. Le ataron fuertemente los brazos atrás, y así, á empellones, lo condujeron á la barca que ya tenían preparada en el río. Habían preso y atado también á un cristiano y dos ó tres mujeres cristianas y los tenían ya en el barco; al verlos el santo Mártir, se dirigió al bonzo y demás satélites y les dijo: «¿Si ya me tenéis á mí preso, porqué detenéis á éstos? Soltadlos». Y ¡cosa maravillosa! El impío *Thay-Tinh*, que sin conocerle había el Santo adivinado quién era, apenas oyó esta recomendación y este mandato de dar libertad á aquellos cristianos, sin replicar palabra, los dejó libres.

Dando al remo con toda fuerza, llegaron los infieles con el santo preso á la casa del bonzo, en el pueblo de *Thuy-Nhai-Thuong*, y allí le preguntó el bonzo si temía. El Santo le contestó: «En cuanto á mi persona nada temo, pero sí temo por este pueblo.» Los cristianos del contorno, apenas supieron la prisión de su amado Maestro, se alborotaron y querían á viva fuerza, si era preciso, rescatarlo de las manos de aquel servil sacerdote de los ídolos. Éste, para amedrentar al siervo de Dios, sable en mano como para hacer justicia, y acompañado de dos muchachos, se presentó en la habitación en que estaba y mandó que lo ataran al catre de dormir y pusieran á mano un lebrillo. Todo parecía que iba á acabar degollándole; pero luego que terminaron estas faenas le dijo que no temiera, pues todo era para asustar á los cristianos á fin de que se apaciguaran, viendo que su actitud podría ocasionar la muerte del que pensaban rescatar. Al otro día, atado como un gran malhechor, lo llevó á una habitación exterior, donde estaban el que fingía ser ministro real y mucha gente;

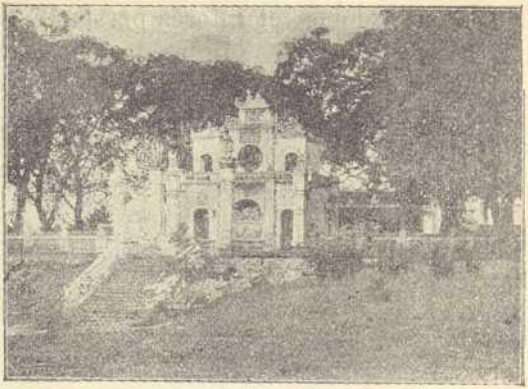
y todo era dar orden, para que dispusieran barcos para llevar al preso á la Corte. El fingido ministro le preguntó sobre la fe, á lo que él respondió haciendo de ella un hermoso elogio. Todo este aparato que en su casa armó el bonzo era para cohonestar la intrusión criminal de prender, por autoridad propia, á un Maestro de la Religión que tanta fama tenía en aquel distrito. Intentaba asimismo, con estas aparatosas disposiciones, ver cómo podía sacar á los cristianos una buena suma por el rescate del santo Misionero. Y en esto del interés obraba hasta descaradamente, como lo prueba este hecho. Un hijo suyo, el mayor, llamado *Tri-Ba*, que ya antes había hablado al siervo de Dios y hasta le había dado un abanico para que mitigara el sofocante calor que se sentía, se le acercó un día y le dijo hipócritamente: «Yo soy un cristiano malo y me llamo Domingo; la causa del Padre (de usted) está pronta para terminar bien; pues sólo falta que se entreguen los 500 taeles (escudos) que se están juntando á toda prisa.» Y para más despistar la atención, entregó al

santo Mártir, de parte de la cristiana *Ba-Nhing*, un papelito de polvos (1). Seguía sufriendo el siervo de Dios, en aquella cárcel del odioso *Thay-Tinh*, un cautiverio penosísimo, pues lo tenía atado casi siempre y custodiado, y hasta lo llevó ignominiosamente al templo de los ídolos y le obligó á estar allí, sobre el duro suelo, dos noches y un día, lo cual hizo que al santo Misionero le volvieran las calenturas.

Esta prisión de nuestro santo Misionero se supo bien pronto en todo el reino y «llenó de asombro á los demás religiosos de la misión dominicana de Tunkín por la circunstancia especialísima de haberse efectuado en aquel pueblo. Luctuy contenía en su radio la cristiandad más floreciente de Tunkín y fué siempre el asilo de todos los misioneros en las situaciones más apuradas y difíciles de aquella Iglesia doliente. Era, pues, imposible que se efectuase en Luctuy prisión alguna, como no fuese invadida la población por una

(1) No hemos podido averiguar qué eran estos polvos; pero tal como lo decimos expresa este caso el mismo Bienaventurado.

hueste numerosa; mas en esta ocasión, según parece, estaba el Judas invisible en medio de los cristianos, y se sospechó,



Pagoda ó templo de ídolos, de Tunkin

con fundamento, ser un familiar del señor Sextri, que había sido ya la causa de otras perturbaciones y disgustos en el seno de aquella cristiandad. Pudo creerse, pues, entonces, y se creyó con razón, que este malvado fué el que delató la residencia (estancia, diríamos mejor) del Venerable Federich al famoso Thay-Tinh, el avaro

sacerdote de los ídolos» (1). La prisión de nuestro Bienaventurado, como pueden haber observado los lectores, tuvo circunstancias bien análogas á las que rodearon la de Nuestro Salvador: el Judas, los falsos sacerdotes, el interés personal, el detalle del «Yo soy, ¿á quién buscáis?» y «dejadlos ir», y los interrogatorios ilegales en casa de los que no eran autoridad.

(1) *Fonseca*, tom. 4.°, libro 9.°, cap. III.

CAPÍTULO X

NUESTRO BIENAVENTURADO ES CONDUCIDO PRESO Á LA CAPITAL DEL REINO

También, como el Salvador, es llevado nuestro Mártir y entregado á la autoridad real. Y por cierto que, si perfidia hubo en prenderlo, perfidia y grande se cometió con él al llevarlo cargado de cadenas y entregarlo á los magistrados de la Corte. Como ya se deja dicho, los cristianos tenían el intento de rescatar, aun á viva fuerza si era preciso, la persona del santo Misionero de la casa de Thay-Tinh, y en su fervor hasta concibieron la idea de rescatarlo con dinero, si lo primero no prosperaba. Con esto, y visto

que no era posible forzar al pueblo infiel de Thay-Nhai, donde lo detenía el bonzo, sin alborotar y perturbar el orden público, cosa que jamás aconseja la Religión católica, cuando no se aseguran antes el éxito y el mayor bien, los cristianos se resolvieron á pedir la libertad del Bienaventurado al mismo jefe político ó Mandarín de la Provincia que, noticioso ya del suceso, se preparaba para ir á hacerse cargo del preso. Al efecto, en representación de todos los cristianos del distrito, fueron á avistarse con el Mandarín los valientes defensores de la fe Juan Thú y el graduado Chuong-Luang.

El Mandarín, que se llamaba Phu-Dón, taimado, como eran casi todos los que ejercían el mando en aquellas tierras y como todos interesado, pues ya queda advertido que los empleos, por lo regular, se conferían por dinero, recibió á la comisión muy amable, y cegado por el dinero que le ofrecieron los cristianos, comenzó á indignarse mucho contra el bonzo, ponderándoles su mala acción y que había de hacer y acontecer, y que el siervo de Dios, daba él su palabra, sería inme-

diatamente puesto en libertad. En vista de tan risueñas promesas, los cristianos le entregaron la suma recogida, que él descaradamente aceptó, é *incontinenti* se puso en camino hacia Thay-Nhai. Llegado á este pueblo, en dos embarcaciones que dejó en el río, mandó hacer la señal para que se le reuniera gente. Esta señal fué el disparo de una como lombarda, lo cual asustó al mismo bonzo, cuya casa se llenó de gente, entre la cual había muchos cristianos. Éstos y los infieles creían que, en efecto, se iba á dar libertad al santo preso; pero el Mandarín ordenó que, atado con unas cuerdas, fuera trasladado á uno de los barcos que había traído. Prendió además el Mandarín á un criado de Thay-Tinh, que se decía doméstico del eunuco Oú-Gia-Bao y que suponemos sería el que en casa del bonzo oficiaba de juez y se atrevió *sedente pro tribunali* á interrogar al santo Misionero. Los cristianos recordaron al Mandarín su palabra y les dijo que no temieran, que pronto lo soltaría. Levaron anclas los dos barcos del Mandarín, seguidos de otras embarcaciones pescadoras, en que iban

muchos cristianos, y llegaron al puerto, llamado Mercado de Cho-Cat, y aquí permaneció la expedición todo el día, siguiendo preso y atado el Bienaventurado. Los cristianos volvieron á instar, y el taimado Mandarín les dijo que lo dejaría libre, luego que llegaran al pueblo de *Cua-Vuang*. Pero llegados aquí, ya arrojó la careta y desengañó á los fieles, diciéndoles que bien quisiera soltar á su Maestro; pero como era tan pública su prisión, estaba en el deber de conducir al preso hasta la Corte y entregarlo, como estaba mandado, al tribunal del Rey.

No sabemos si el Mandarín era sincero al afirmar lo que decía; pero sí sabemos que fué un avaro sin rubor, pues al menos debió devolver lo que había recibido, prometiendo libertar al Santo. Y no debemos pensar que este Mandarín dejara de profesar odio á los maestros de la Religión, pues á nuestro Mártir, desde que estuvo en su poder, no le faltaron grillos para su tormento ni la guardia oficial, que más de una vez le injuriaba, con sus insolencias. Más humanos, por cierto, que la Guardia y el Mandarín se portaron

la mujer é hijos de éste, porque pasaban con el ministro del Señor muchos ratos consolándole, preguntándole por su patria y por su ley cristiana y proporcionándole hasta el regalo que les era posible, en la comida y cuidado de su persona, que estaba muy desfallecida con el trabajo del viaje y la fiebre que le volvió en *Cua-Vuang*. El mismo santo Mártir nos dice que eran tan solícitos en esto, que á la menor indicación que él hacía de desear tomar esto ó lo otro, pues como enfermo estaba desganado, se lo procuraban traer y hasta mandaron lavar su ropa. En este mismo lugar, recibió una carta que le envió el Vicario Provincial por medio de un doméstico del Santo, y en la cual le exhortaba á que se conformara con la voluntad de Dios. La carta iba escondida en una camiseta limpia que le remitía.

Enfermo y todo como estaba partió maniatado desde Cua-Vuang á la Corte. El doméstico que le trajo la carta que se ha dicho, el cual tenía por nombre Ou-Kiong, proveyó al santo Confesor para el viaje con un frasco de agua de limón, «y sin duda, dice el siervo de Dios, reparó

poco de dónde la tomaba, pues de allí á un poco me dió frío y calentura que no se me quitó en muchos días». Iba, pues, enfermo y tan debilitado, y los caminos estaban tan intransitables por una avenida que estos días ocurrió, que algunas veces le hubieron de cargar á las espaldas aquellos esbirros. A los cuatro días, esto es, en 17 de Agosto, llegaron con el preso á Hien, capital de la provincia meridional, y el Mandarín ordenó que del templo ó pagoda *Chucá Dang* se sacaran y dieran al preso dos medicamentos, para ver de cortarle la fiebre y el vómito que lo ponía á morir. Tomó uno, y, como no le hizo efecto, no quiso tomar el otro.

Por los días 23 ó 24 de Agosto llegaron á la Corte, y el Mandarín, que no se separó del santo Misionero desde que lo apresara en casa del bonzo, en Thuy-Nhai, le llevó directamente á casa del Gobernador de Ha-noi que se llamaba Dón Thú, el cual preguntó, como al descuido, á nuestro Santo: «En este reino está prohibida la ley cristiana. ¿A qué has venido?» Respondióle: «He venido para libertar á las almas de la perdi-

ción.» Díjole el Gobernador: «Si el Rey te degüella, ¿qué harás entonces?» Repuso: «Si el Rey me degüella, alegre lo sufriré.» Quedó entregado al cuerpo de guardia, en el atrio exterior del palacio, donde lo visitaron varios cristianos principales de Luc-Thuy, de entre los cuales uno, Antonio Kuong, médico, dice que lo encontraron echado en tierra y expuesto á la lluvia y todo su cuerpo mojado y cubierto con un vestido corto y con el rosario al cuello. Este cristiano preguntó al siervo de Dios si quería tomar alguna cosa; él, con la cabeza, indicó que nada. Entonces el fiel se fué á la hija de una señora, dicha Ba-Cha, que era esposa de un nieto del Gobernador, y le compró un coco que le llevó, para que bebiera el agua de esta fruta. Los guardias pensaron que iban á propinarle algún veneno, y obligaron al cristiano Bien-Thoan y al mismo médico Kuong que antes probaran de aquella bebida. Nuestro Bienaventurado, como él mismo dice, apenas se daba cuenta de lo que pasaba en su alrededor, por la fiebre pertinaz que no le dejaba. Tal era el estado en que

se encontraba, mientras se hacían las diligencias de la entrega oficial de su persona en la Corte. Hasta las mismas concubinas del Gobernador cuidaron de él, que, á pesar de todo, seguía risueño, y no perdía ocasión de predicar, casi moribundo, la fe de Cristo, en pláticas catequísticas que entablaba con aquellas gentes. Y lejos de apenarle el estado triste en que se escontraba, atribuía sus padecimientos y aquella fiebre á la misericordia del Señor para con él, y esto expresaba en una carta que escribía al P. Vicario Provincial: «Creo, le decía, que Dios me dió aquellas calenturas para que padeciere algo por su amor, porque las demás penalidades é incomodidades de la prisión las tenía como cosa de juego; y tan lejos estaban de entristecerme, que antes me causaban notable gozo y las tenía por gran beneficio de Dios.» El viaje completo hasta la Corte, desde *Thuy-Nhai-Thuong*, lo hizo por vía fluvial en la mayor parte y se tardó en él unos diez días.

Desde la casa ó palacio del Gobernador de *Ha-noi* fué al fin llevado y entregado á la cárcel pública de los malhecho-

res, llamada *Ba-Mon*. Hubieron de llevarle en hamaca, por la extrema debilidad que sentía, y no lo encerraron, sino que lo dejaron en el patio, á la intemperie, y vigilado por el cuerpo de guardia, sin darle más cama que la desnuda tierra. Con él dejaron preso allí al malévolo criado de Thay-Tinh. Una piadosa cristiana, mujer del Mandarín (suponemos de la cárcel), traía de comer aquellos días al Confesor de Cristo, pero él apenas probaba nada y entregábalo casi todo al criado del bonzo. El 30 de Agosto, los ministros de la cárcel Ngne-Doú, llamada *Oriental,* que estaban acostumbrados á sacar dinero á los cristianos con motivo de sus presos, procuraron halagar al Secretario de justicia *Thu-Bá,* y consiguieron de él que les consignase la persona del Venerable Confesor prometiendo ellos que allí estaría mejor custodiado, y el *Thu-Bá* accedió á este ruego y ordenó este traslado, el cual se verificó el mismo día y yendo el siervo de Dios casi desnudo, porque los carceleros de la Ba-Mon, antes de entregarlo, lo despojaron de cuanto llevaba, fuera de la tuniquilla y calzoncillos.

Ínterin se formalizaban las diligencias de la entrega, dejáronle con grillos y cadenas, en medio de la calle, debajo de un árbol, y una multitud de infieles, chiquillos en su mayoría, burlábase de él, y para su tormento hacian crucecitas de caña y se las arrojaban con furia al suelo delante de él. El siervo de Dios, como podía, las cogía, besaba y deshacía. Esta satánica invención la sufrió muchas veces hasta su martirio. En su grande desfallecimiento, tuvo el alivio de beber un poco de leche que le trajo una cristiana, y con esto se reanimó algún tanto; sufría entonces frecuentes desvanecimientos. Encerrado ya en la nueva cárcel, la dicha mujer, que tenía pase del jefe, le entró algo de ropa que los cristianos le enviaban, y los mismos presos cociéronle té para reanimarle. ¡Tal era la veneración que á todos inspiraba y el extremo desfallecimiento en que se encontraba! (1).

(1) Véanse las palabras del Venerable que confirman esto: «Allí dicen que bebí dos tazas de leche de coco, que un doméstico mío había dispuesto y dió á una mujer cristiana que tenía entrada con

Los esbirros, aquellos infieles, esclavos de sus pasiones, adoradores de los ídolos, que tenían encomendada la guarda de los presos, hicieron desde el principio muchas vejaciones al santo Confesor, el cual seguía tan debilitado que se creyó que moriría en seguida. Esto alarmó á los cristianos, y, por industria de la sobredicha cristiana, fué y entró á verle el sacerdote annamita, P. Nghai, que se fingió médico y sobrino de la cristiana. Con él se confesó nuestro Santo, lo que fué para su alma de grandísimo consuelo. Al tercer día de estar en la cárcel Ngne-Doú, los carceleros, delante de la piadosa cristiana, cuyo nombre era Ba-King, lo metieron en el cepo, cargándole de grillos, y dijéronla que, si los cristianos querían que el Padre estuviera fuera del cepo y ella poder entrarle comida, les tenían que dar 20 taeles diarios. Los cristianos les daban esta suma cuantas veces

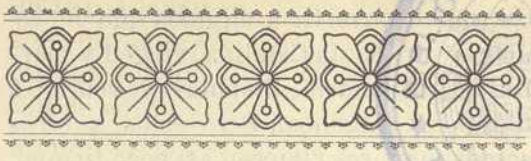
dicho mandarincillo (jefe de la cárcel); después me entraron en la cárcel y unos presos me cocieron *cha* (té), y la mujer me trajo un vestido que el Ou-Kishuong (doméstico) le había entregado, y yo de esto nada me acuerdo, pues estaba fuera de mí, con la calentura.»

el Santo era encepado. Así duró esta iniquidad hasta pasado un mes. Al cabo de este tiempo, la buena Ba-King se atemorizó de seguir cuidándole, porque los soldados de la cárcel la amenazaban con delatarla, y encomendó su cuidado á una anciana, idólatra, sí, pero de muy nobles sentimientos, la cual tenía su casa en el cerco de la cárcel. Esta anciana tenía 55 años de edad, era viuda, se llamaba Ba-Gao, y fué, puede decirse, el ángel tutelar del santo Misionero, todo el tiempo que estuvo preso hasta su martirio. Muchas ocasiones tendremos de volver á hablar de ella. Lo que no debemos dejar de consignar ahora es que el siervo de Dios, al poco tiempo de estar en la cárcel Ngne-Doú, recobró casi por milagro su salud y sus fuerzas, sin más medicinas que las nuevas aguas que allí bebía. Y aunque tuvo hasta su muerte algunas dolencias, ya no fueron de la gravedad que inspiraron las fiebres traídas de Cua Vuong.

Dejemos en Ngne-Doú al siervo de Dios y digamos dos palabras, para terminar este capítulo, sobre el malvado bonzo Thay-Tinh.

Por remordimiento de no haber cumplido su palabra de libertar al santo Misionero ó por intereses particulares que él sabía, es lo cierto que el Mandarín Phu-Don fué á la Corte decidido á favorecer al santo misionero, como pudiera, y á perder al Mismo tiempo al bonzo Thay-Tinh, acusando á éste de haber prendido á aquél y retenídole preso en su casa por propia autoridad. A pesar de todo, no fué ésta sino muy distinta la causa que se adujo en la querella. El bonzo no tenía menor odio ni guardaba menor venganza contra Phu-Don, y esperaba salir victorioso de todas las intrigas de éste, fiado en la amistad que ya hemos indicado, tenía con el favorito y eunuco del rey Oú-Gia-Dán. Al hacer Phu-Don entrega de la persona del santo Misionero al Mandarín de la Corte, que se decía Phu-Lien, expuso en estos términos el servicio que al Rey había prestado: «Noticioso de que un maestro de la Religión portuguesa (cristiana) andaba por mi Provincia, me personé en el lugar de Thuy-Nhai y averigüé y encontré que un annamita, llamado Thay-Tinh, mantenía y guardaba en su casa á este maestro de

dicha Religión, el cual se llama Té (Francisco), y con él todos los instrumentos que llevaba de la Religión, los cuales, con el dicho Maestro y sus libros de Religión, tengo el honor de entregar ahora al real Magistrado.» ¡No podía, en verdad, Phu-Don vengarse mejor de Thay-Tinh que acusándole de amparador de cristianos! El bonzo, con tal denuncia, quedó procesado y sujeto á los tribunales, que sustanciaron su causa juntamente con la del Venerable Confesor de Cristo; lo cual, como veremos, fué motivo muchas veces de que nuestro Bienaventurado viera diferida su gloria de morir por la del nombre de Dios.



BIBLIOTECA PÚBLICA
TERUEL

CAPÍTULO XI

VIDA QUE HACE NUESTRO BIENAVENTURADO, PRESO EN LA CORTE DE TUNKÍN

No sabemos de ningún santo Mártir, que en medio de sus enemigos, cargado siempre de cadenas y siempre expuesto á ser sacrificado por el nombre de Dios, hiciera ó pasara siete años largos lleno de las bendiciones de sus carceleros, desembarazado para ejercer el santo ministerio y portándose en la predicación, la catequesis, las funciones sagradas, como pudiera hacerlo el misionero más fervoroso y libre. San Pablo pudo escribir algunas cartas á los cristianos, siendo el *vinctus Jesuchristi;* San Blas, en la cár-

cel, pudo convertir á algunos que le venían á ver; Santa Catalina, virgen y mártir, de Alejandría, disputar y vencer á filósofos y paganos. Pero estos y otros santos mártires vivieron así poco tiempo; días, horas nada más tuvieron para sus predicaciones. Nuestro Bienaventurado tiene muchos años de cárcel; escribe, predica, confiesa, celebra los santos misterios y ejerce todas las funciones del sacerdote, con libertad insólita, con serenidad asombrosa, con fruto abundantísimo para la cristiandad de Tunkín.

Lo dejamos en el capítulo anterior; al cuidado de la anciana idólatra Ba-Gao que vivía en la cerca foránea de la cárcel oriental. Los cristianos, desde el primer momento, se ocuparon en facilitar al siervo de Dios todas las atenciones que se merecía, y no sólo gastan sumas considerables, en ganar el ánimo de los carceleros para que traten bien al santo Misionero, sino que además establecen un turno que diariamente va á saludarle y recibir, con su bendición, las instrucciones que para el bien de la misión les quiera dar. Ba-Gao había tomado, con

amor, la comisión de estar á la mira para que al Mártir nada le faltara, y llevada de su buen corazón consiguió, como veremos, que los carceleros llegaran á ver en el santo preso algo más que un simple mortal, y por esto le otorgaron favores que sólo porque el mismo siervo de Dios con otros testigos presenciales lo afirma, pueden creerse. Ba-Gao, además, hizo que una hermana suya, mayor que ella, y como ella idólatra y excesivamente supersticiosa y que se burlaba en grande, así de la Religión como del mismo santo Misionero, cuando éste la exhortaba á abrazar la fe, le tomara tal predilección que, aunque pagana tan empedernida, cuidó con esmero de favorecer y defender los intereses del siervo de Dios y de los cristianos que á él venían. Uno de los primeros servicios que desde el principio hicieron Ba-Gao y su hermana al Bienaventurado, fué proveerle de papel, plumas, tinta y demás recado de escritorio, para que por escrito, cuando no pudiera de palabra, comunicara con los muchos cristianos que venían á consultarle. Una vez, estaba él escribiendo á los

Padres misioneros y se le acercaron los soldados que le custodiaban á ver qué escribía; y como no lo entendieran, por ser caracteres europeos, respondió de modo que creyeron escribía aquellos signos para solazarse; ellos, muy satisfechos de haber comprendido el fin de tal escritura, lo dejaron en adelante escribir con toda libertad (1).

A los dos meses de estar en la cárcel consiguió, por intercesión de Ba-Gao y su hermana, que, visto que aún andaba delicado, pudiera salir á comer á la casa de ellas. Después se amplió este favor y ya pudo, no sólo comer fuera de la cárcel, sino también pasar todo el día en casa de Ba-Gao, donde rezaba y recibía la visita de multitud de cristianos, que aprovechaban la ocasión, para confesarse y alentarse á perseverar en su santa fe. De esta dispensación partió todo el hermoso apostolado que el santo Mártir ejerció, durante su prisión. El admirable desembarazo

(1) En este proceder de nuestro santo Mártir, tenemos un ejemplo de cuán cierto es que, sin mentir, podemos muchas veces no decir la verdad, que nos interesa tener oculta para gloria de Dios y bien del prójimo.

con que logró dedicarse al santo ministerio fué tal, que el Illmo. Sr. Obispo Coricense, que ejercía en Tunkín, por aquellos días, la misión de Visitador y Gobernador del Vicariato Apostólico Occidental, le propuso nombrarle párroco de la ciudad de Ha-Noi, ó sea, de la Corte. Por delicadeza de conciencia no se avino á esto, pues estando preso pensaba, y con razón, que no podría llenar las obligaciones que á tal cargo van anejas. Se ofreció, sin embargo, para ejercer en la Corte el santo ministerio, con toda la solicitud y todo el amor, con que lo había venido ejerciendo, en los distritos que se le encomendaron hasta que cayó en manos de los infieles. El Provicario Apostólico, Illmo. Zeamonense, le proveyó de ritual, Santos Óleos y demás objetos que necesitaba, y él comenzó de lleno á hacer, otra vez, el santo oficio de misionero, cual si no pesara sobre su cabeza el proceso criminal que se le seguía ante los magistrados reales por maestro de la Religión; la cual precisamente volvía á enseñar y propagar, no con sobresaltos como cuando estaba libre, sino con serenidad y se-

guridad de ánimo, á pesar de hallarse preso. ¡Singular providencia de Dios! Solo, Misa no podía celebrar aún, como hizo después.

Durante los últimos meses de este año primero de su prisión, tuvo el consuelo de administrar la Penitencia á muchos cristianos y bautizar algunos infieles presos que, á la hora de la muerte, convertía, con sus fervorosas exhortaciones. Ba-Gao y su hermana no cesaban de facilitarle el sustento y cuanto necesitaba, llevándole muchas noticias sobre la Misión y relacionándolo con muchos cristianos que, ya en su casa, ya en la cárcel, acudían á tratar con él asuntos de conciencia, como pudieran hacerlo con otro sacerdote que no estuviera preso. ¡Era un verdadero prodigio el que los carceleros le dieran tanta libertad! Bien es verdad que estas liberalidades eran vendidas de parte de ellos, como queda dicho, á precio de oro. Cada quince días, se renovaba la guardia y había que aportar dinero para redimir esta vejación. Todo cargaba sobre los cristianos y Ba-Gao y su hermana. Nunca se podrá ponderar bastante este

suceso, único tal vez en la historia de la Iglesia, de que dos mujeres idólatras desplegaran tanto celo y se impusieran tantos sacrificios por un ministro del Señor. «Se portaron tan humanas, aunque infieles, dice un texto (1), que, posponiendo todas sus temporalidades, gastaron alguna suma de dinero para franquear á los cristianos el trato con el siervo de Dios, el cual lograron tan franco que podían recibir de sus manos los Sacramentos.» A ellas se debieron, hay que repetirlo, después de Dios, las admirables conversiones, el apostolado continuo, la administración permanente de los divinos misterios, que, á pesar de estar preso y cargado de cadenas, hizo y sostuvo tantos años nuestro Bienaventurado, en la Corte de Tunkín y hasta en los lugares circunvecinos. Dios Nuestro Señor, como lo dice la historia y confirma el mismo Santo, en una carta al P. Vicario Provincial, Fr. Pedro Mártir Ponsgrau, pagó magníficamente á estas buenas hermanas, pues la mayor, á pesar de ser gentil

(1) *Don Antonio Gil de Federich*, pág. 26.

aferrada al culto de los ídolos, se convirtió, un mes antes de morir, siendo bautizada por el siervo de Dios. La Ba-Gao se convirtió también y fué también por él bautizada, con el nombre de Rosa (1), y tuvo el consuelo de morir después de ver el triunfo de su pupilo, que tal puede llamarse el santo Mártir respecto de esta admirable mujer; asistió á su glorioso martirio, y declaró en lugar décimo, en el Proceso ordinario de su Beatificación.

Como prueba de la rapacidad de los guardias de la cárcel y de las vejaciones que sufrían los cristianos y aquellas dos buenas mujeres, véase lo que sucedió, cuando llevaba como unos tres meses preso. Habla la misma Rosa Gao: «Una vez mi hermana, á quien un guardia debía cierta cantidad, pidióle que se la pagara. El guardia entonces se indignó y con él los demás carceleros, y desfogó su indignación, encerrando y encepando al P. Té, un día entero. Mi hermana entonces dijo á su deudor que lo dejase, que ya

(1) En adelante, llamaremos ya á esta santa mujer, en cristiano, esto es, Rosa Gao.

le pagaría más adelante; con esto sólo soltaron al Padre, y otra vez le permitieron venir á mi casa. Cuando él estaba todo el día en la cárcel, antes de pactarse nada sobre el permiso de salir, yo le llevaba comida, y los soldados, algunos días, no permitían que se la llevara, si no les daba yo el dinero que ellos me pedían.»

A fines de Octubre, repuesto ya de sus dolencias, fué llamado por vez primera al Tribunal del Rey. Salió, pues, de la cárcel maniatado y escoltado por algunos ministros de justicia. Durante la ida y vuelta al Tribunal y á la cárcel, Dios Nuestro Señor no dejó de hacer apurar á su siervo el cáliz de la amargura. Los ministros reales que le conducían se paraban algunas veces, para entrar á confortarse en alguna tienda. Entonces, quedaba atado de pies y manos á la sombra del toldo de alguna casa, pues en Tunkín, como casi en todo Oriente, las casas suelen tener una como marquesina que las preserva de los abrasadores rayos del sol. Tan luego quedaba allí solo, grandes y pequeños le rodeaban en apretado cerco, y con mil chanzonetas, mil befas é inju-

rías, se burlaban de él, escarneciéndole sin compasión. Como era tanta la algazara que se promovía, los dueños de las casas, como muchos comerciantes, se enfurecían igualmente contra el santo Mártir, maldiciéndole y empujándole hacia el arroyo. Los chiquillos, diabólicamente enseñados por sus desventurados padres, eran los que más le hacían sufrir con la inicua invención de las crucecitas que le arrojaban con burla, y se burlaban más, cuando él las recogía, adoraba y deshacía. Muchas veces quiso hacerse el distraído, para ver si los niños desistían de aquella malhadada diversión. Sucedió que uno de aquellos rapaces, al observar que el Santo volvía la cara y no quería mirar ni atender á si tiraban ó pisaban las crucecitas, lleno de alborozo, y como imponiendo á todos silencio, exclamó, más provocador que convencido: «Ved, ved: este Padre ya reniega de la fe, para no ser degollado.» Al oir esto el siervo de Dios, volvióse con celeridad al que así había hablado, y le dijo: «No, hijo mío, no; yo no he renegado ni renegaré de la fe.» Y luego, dirigiéndose á todos, lleno

de dulzura y manifestando que sentía mucho que tal cosa, aún en broma, de él se pensara, añadió: «Vosotros sí que renegáis de las leyes de la naturaleza, pues estáis atormentando, con tanto rigor, á un preso y enfermo que no os ha hecho mal alguno, y despreciáis y os burláis de la Cruz, que es el símbolo de la salvación de todos los hombres.» Después, como pudo, recogió las crucecitas, las adoró besándolas y las deshizo, que es lo que los chiquillos deseaban para reir y alborotar. Y si los niños paganos le atormentaban, en esta forma, los jueces que, sentados *pro tribunali,* comenzaron á conocer en su proceso, le llenaron de amargura indecible, como veremos, cuantas veces fué presentado al tribunal de aquellos venales magistrados de la Corte.

La primera vez fué esta que hemos dicho. En virtud del atestado del Mandarín Phú-Dón y del que presentó al Rey el bonzo Thay-Tinh, con el Bienaventurado comparecieron también, como reos justiciables, tres naturales cristianos de Luc-Thuy-ha y el mismo bonzo Thay-Tinh. La audiencia comenzó encarándose el

presidente del tribunal con nuestro Bienaventurado. «¿En qué casa, le dijo, de estos cuatro has sido hecho preso?» Respondió: «En casa de Thay-Tinh; en las casas de estos tres (los de Luc-Thuy-ha) yo no he entrado jamás.» Entonces el juez mandó que salieran los cuatro, quedando sólo nuestro Bienaventurado, al que sujetaron al siguiente interrogatorio que, precisamente, comenzó con la misma pregunta que Pilatos hizo al divino Salvador, cuando comenzó á juzgarle. «Juez. ¿De dónde eres tú?—Bienaventurado. Del Reino de España.—J. ¿Cuánto tiempo hace que estás en el reino de Tunkín?—B. Unos dos años.—J. ¿Quién salió á recibirte?—B. No recuerdo cómo se llamaba.—J. ¿Dónde has estado estos dos años?—B. No he tenido morada fija, sino que he ido discurriendo de acá para allá.—J. ¿Quién te prendió y te trajo á este tribunal?—B. El Mandarín.—J. ¿En qué casa te prendió?—B. En la de Thay-Tinh.—J. ¿Cuántos días estuviste en dicha casa?—B. Diez ú once.—J. ¿Y le enseñaste la ley cristiana?—B. No.—Juez. ¿Pues qué hiciste allí?—B. Hice otras

cosas que no importa saber.» Terminado el interrogatorio que el actuario falseó, con mentiras de su cosecha, como la de que el santo Confesor dijo haber estado dos años en casa de Thay-Tinh, se le mandó volver á la cárcel, en cuyo camino se repitieron los trabajos y las

Mandarín y soldados del Tunkín

aflicciones de la jornada de la ida al tribunal.

Los magistrados que lo componían ordenaron que, al día siguiente, fuera otra vez á comparecer ante ellos, y así

sucedió, yendo, no sólo cargado de grillos y esposas, sino expuesto también á los rayos del sol, que era abrasador, como él mismo dice, y en medio de una chusma de esbirros y satélites de justicia. Era como á media mañana. Llegados, dijeron los magistrados que volviera á la cárcel, pues aquel día vacaban los tribunales. ¡Bella manera de procurar alivio al reo tenían estos jueces! Yendo al tribunal esta vez, sufrió un nuevo tormento. La comitiva pasó por delante de un templo pagano, dedicado á los progenitores del Rey. Los soldados que le conducían le mandaron que se descubriera, haciendo reverencia á aquel templo; él rehusó cumplir este ilegal requerimiento y no se descubrió. Esto le valió ser tratado con más inhumanidad, injuriado con mayor ignominia. Ya desde el día anterior, los grillos le habían llagado las piernas lastimosamente; ahora, con el cansancio, el sol que sobre él caía, los malos tratos que le daban y el hierro de los grillos, descansando sobre la carne viva de las llagas, le atormentaban tan atrozmente, que le dió un fuerte síncope que

le derribó al suelo sin sentido y le postró en cama durante quince días; en los cuales no pudo ni moverse, y lo más doloroso fué que su cuerpo se cubrió de postillas gangrenosas que semejaban sarna. A pesar de todo, no decayó su ánimo y menos viendo cómo Dios Nuestro Señor le asistía providencialmente, por medio de aquellas dos buenas ancianas, Rosa Gao y su hermana, las cuales, en esta acción, redoblaron sus cuidados en favor del Santo apóstol.

Con ruegos y á fuerza de dinero, lograron que, bajo el pretexto de curarse, pasara á la casa de ellas, no sólo de día, sino también algunas noches. Al año siguiente, habiendo ellas pactado con el jefe de la cárcel y los guardias la entrega mensualmente de cierta suma de dinero, obtuvo el siervo de Dios permiso para quedarse siempre que quisiera, de día y de noche, en la casa de sus bienhechoras. La dolencia de que acabamos de hablar duró poco, por el esmero con que fué tratado por estas almas caritativas; y como se viese curado, sólo pensaba en volver á ser llamado al tribunal, para tener la

satisfacción de confesar, otra vez, la fe. ¡Tal era el fervor apostólico del siervo de Dios, nuestro Bienaventurado Gil de Federich!

CAPÍTULO XII

SIGUE SUSTANCIÁNDOSE EN LA CORTE EL PROCESO CONTRA NUESTRO BIENAVENTURADO

En Enero de 1738, último mes lunar del año, según el calendario de los tunkinos, y en el cual solían terminarse allí los procesos incoados dentro del año, las cosas parecían ordenarse muy á gusto del santo Misionero, pues creía que en seguida se terminaría el suyo y sería degollado por la fe del Redentor; mas otros eran los designios de Dios Nuestro Señor. Aquel mes pasó, sin que la causa se sustanciara, y ni le llamaron siquiera al tribunal, ora porque el proceso no estaba

terminado, ora porque, en aquel entonces, llegó á Tunkín un Embajador extraordinario del Emperador de China. Continuó, pues, en el mismo estado su causa, y él, curado ya de sus heridas y dolencias, en sus faenas de catequizar y evangelizar en la cárcel y fuera de ella. Era ya tan franca la libertad en que los carceleros le dejaban, que dispuso que un Sacerdote indígena celebrara el Santo Sacrificio, en su presencia, y le diera la Santa Comunión, la cual recibió, como es de suponer, inundada su alma de inefable dulzura, pues desde su prisión no había vuelto á recibir el Pan de los fuertes. Esto ocurría por Agosto ó Septiembre de este año de 1738. Y más alentado, pidió al Vicario Provincial que le enviara ornamentos y demás requisitos sagrados para celebrar él mismo la Santa Misa, lo que se verificó apenas túvolo todo en su poder, y, en adelante, casi todos los días. Esta primera Misa la dijo el domingo del Rosario, ó sea, el primer domingo de Octubre, que aquel año cayó el día 6. Con esto, ya pudo administrar desembarazadamente la Penitencia y santa Comunión á muchos

cristianos, y bautizar á infinidad de párvulos y bastantes adultos, convertidos por su predicación.

Este mismo año fué llamado dos veces al tribunal, pero en ninguna de ellas le preguntaron nada. No obstante, los magistrados procedieron á dar sentencia, que fundamentaban sólo en lo actuado en la primera audiencia y sobre el interrogatorio que en ella se le hizo. En esta sentencia, se aprobaba la prisión de nuestro Santo hecha por Phú-Dón, y se le condenaba á morir degollado. Y como con la del siervo de Dios se sentenciaba la causa contra Thay-Tinh, en virtud de la querella ó denuncia del Mandarín dicho, la misma sentencia condenaba á aquel impío bonzo y á su hijo á servir por seis años en los establos de los elefantes del Rey, que era uno de los castigos más infamantes, en Tunkín. Se dió esta sentencia, el año cuarto del Rey Viúh-Hun, luna sexta, día décimo, esto es, el 10 de Julio de 1738; el 12 de Septiembre la firmó el Rey, el 6 de Noviembre se visó por el tribunal y el 22 se expidió la orden de ejecución. Pero el bonzo, que, privado de

la protección de su defensor, el eunuco del Rey, porque había muerto en la cárcel, donde pagaba su despótico proceder de favorito, comenzaba á recoger el fruto de su traición, cumpliéndose en él lo de *mentita est iniquitas sibi* (1), apeló de esta sentencia, y el tribunal admitió este recurso. En consecuencia, se revisó el proceso, y los jueces recurridos le dieron conclusión años después (2) con la misma sentencia apelada, pero redactada en estos términos: «El Cu-Té (P. Francisco) sea degollado, y el bonzo Thay-Tinh y su hijo sirvan en los establos de los elefantes; aquél por ser maestro de la Religión cristiana y éstos porque en su casa le ampararon y mantuvieron.» Esta sentencia, por lo que al bonzo y su hijo se refería, causó honda pena en el corazón del siervo de Dios y lo llenó de santa indignación, pues aparecía el bonzo como Confesor de

(1) Psalm. XXVI, 12.

(2) Hemos estudiado bastante para ver en qué fecha se falló el recurso último de Thay-Tinh, y de nuestras investigaciones deducimos que fué el año 1743. Esto confirma la paralización en que cayó la administración pública de Tunkín á consecuencia de las guerras, como se dice más adelante.

Cristo, siendo un malvado y un verdadero perseguidor de su Religión santa. Ocasionó esta equivocación del tribunal revisor la prevaricación del actuario de la primera audiencia, que, como ya dijimos, redactó, con mil falsedades, las declaraciones del santo Misionero, las que sólo ahora pudo saber el Santo. Dios Nuestro Señor no permitió que tal error prosperara. El bonzo volvió á apelar, y esta apelación providencial, para que no se reputara perseguido por la fe quien era su más vil perseguidor, puso en claro las cosas, aunque volvió á dejar en suspenso la ejecución del degüello que tanto ansiaba nuestro Bienaventurado; el cual vió, con gran dolor, que dos malhechores que también fueron condenados el mismo día, sufrieron el degüello, y él no tenía tal dicha, la mayor del mundo para él; pero consolándose con que continuaba dispuesto á penar hasta morir por amor de su Redentor Jesús. De la pena que le causó esta dilación de su degüello, da una prueba, al escribir más tarde á su Superior: «Lo que presumió mi soberbia no merecí lograrlo, porque mis pecados y

mis ingratitudes tienen muy ofendido á Dios Nuestro Señor.»

Con las mismas favorables facilidades para ejercer el santo ministerio, le llegó el año siguiente de 1739, gracias al fervor y liberalidad de los neófitos que siguieron redimiendo aquella vejación, con dádivas y dinero, y aún aumentaron la cuota señalada el año anterior. En Abril de éste de 1739, los Padres definidores del Capítulo Provincial notificaban á la Corporación la prisión de nuestro Bienaventurado y sus trabajos y tribulaciones en la Corte de Tunkín, y finalmente por referencia de unos Padres jesuítas «sabemos, dicen, que en Agosto de 1738 fué condenado á pena de muerte». Sin embargo, su causa seguía dormida hasta que volvió sobre el tapete, con motivo de haber reclamado la presencia del santo Misionero, en el Tribunal, el impío Thay-Tinh, á fin de poder librarse de la condena de los establos de los elefantes. Volvió, pues, á comparecer el día 20 de Julio de este año. En el atrio de la Audiencia, donde le mandaron esperar, se reunió la acostumbrada turba de chiquillos, que

comenzó su diversión de las crucecitas. Uno de los jueces que estaba allí, olvidando su investidura, con cínica provocación, formó también su cruz con unos palillos que en aquellas tierras se emplean para comer (1) y la arrojó, con desprecio, á los pies del Venerable siervo de Dios. Este, con toda humildad y sin proferir palabra, la recogió, besó y deshizo, y modestamente volvió los palillos á aquel magistrado. Fué esto como un latigazo que cruzó la cara de aquel idólatra, pues corrido, al ver la presencia de ánimo del santo Confesor de la fe, juró, ó poco menos, que en nada favorecería la causa que se le estaba siguiendo.

Introducido en el tribunal, el presidente mandó que se le colocara entre el pérfido idólatra Thay Tinh y los tres cristianos de Luc-Thuy-ha, y sañudo le sujetó á este interrogatorio: «Juez. ¿De qué lugar pasaste á casa de Thay-Tinh? ¿Dónde estuviste antes de que fueses á dicha casa?—Bienaventurado. Hace ya cua-

(1) Según otro Ms., estos palitos eran de los que los tunkinos se valen para contar.

tro años que vine á estos reinos; de ellos, dos llevo en la cárcel; los otros dos los he pasado predicando la santa ley, yendo de un lugar á otro, y no quiero manifestar en qué lugares estuve ese tiempo.—J. (irritado). Dí á lo menos lo que dijiste el año pasado.—B. Ya entonces lo dije; mas ahora no quiero hablar ya sobre esta materia.—J. (enfurecido). Tú eres un embustero, y entonces dijiste lo que era falso; y por eso ahora no quieres repetirlo.—B. No es por eso, sino porque lo que dije entonces no estaba obligado á confesarlo.» Llegados aquí, el bonzo, que veía que su causa no se desenmarañaba á su gusto, interpeló al juez, suplicándole permiso para hablar; y, concedido que le fué, refirió la confesión que el año anterior hiciera el Bienaventurado, detallando todo lo referente á la prisión del siervo de Dios, la que él llevó á cabo en Luc-Thuy-ha; y que preso lo retuvo en su casa hasta entregarlo al Mandarín Phú-Dón. El santo Mártir no podía desmentir este verdadero relato de lo ocurrido en su captura; pero visto que el tribunal lo que intentaba era castigar á los que le habían dado hospe-

daje en Luc-Thuy-ha, habló de esta manera: «Yo el año pasado dije en todo la verdad; pero no estaba obligado á decir que Thay-Tinh me apresó en Luc-Thuy-ha; ahora no quiero dar más explicaciones de esto, porque el fin á que se dirigen las preguntas del tribunal es el castigar al que me tuvo hospedado en su casa y premiar al que me apresó, y esto es contra toda razón y justicia.» El juez, muy enfurecido, le dijo: «¿Y el degollarte será también contra justicia?» Contestó el Santo: También lo será; pero si mandáis degollarme por la fe, yo lo sufriré de buena voluntad.»

A esta entereza de ánimo no quería doblegarse aquel juez idólatra, y, en tono muy solemne, conminó al santo Misionero que, si no respondía categóricamente á lo que se le preguntaba, mandaría darle treinta mazazos. Era este un castigo horrible. Con un mazo muy fuerte de madera y hierro, golpeaban, con furia, las rodillas de los que eran condenados á este suplicio que, por lo general, se empleaba como medio de tormento, para arrancar á los reos las confesiones

que los magistrados se proponían. Él respondió que sufriría de buena gana aquel tormento, antes que volver á hablar sobre la materia. Al ver el juez tanta resolución, dijo muy irritado á los alguaciles: «Pintad en tierra una cruz y que la pisen todos, así reos como acusadores.» Thay-Tinh, que iba serenándose por el buen cariz que ahora tomaba su causa, dijo al juez, con mucho interés, que nuestro santo Misionero guardaba, en la cárcel, algunas imágenes de la Religión que predicaba; que se dignara hacerlas traer, y él, el bonzo, las pisaría y ajaría, sin ninguna reverencia. Pareció bien al magistrado, y ordenó que se retiraran los reos, para comparecer al otro día y que se trajeran las dichas imágenes. Pero antes de levantar la sesión en esta audiencia, como ya en otras había sucedido, no queriendo el Bienaventurado pisar la cruz, hecha en el suelo, lo cogieron dos satélites de justicia y lo llevaron hasta que posaran los pies del Santo sobre la cruz; mas él encogía las piernas y, á fuerza de palos que en ellas le daban, le obligaban á extenderlas, sin

que, á pesar de todo, lograran que sus pies cayeran sobre el santo signo de la Redención. Por esto, sin duda, al retirarse los reos, el juez se dirigió á él y le amenazó, con muy duros tormentos, si persistía en sus negativas.

No al día siguiente, sino al otro, esto es, el 22 de Julio, volvió á ser presentado al tribunal, donde ya habían sido llevadas las imágenes, los libros y objetos sagrados que delató el impío Thay-Tinh. Comenzó la vista preguntándole sobre la materia del día 20; y persuadidos los magistrados de que era inútil, pues no le arrancarían, como él había dicho, ni una palabra más acerca del lugar donde estaba, cuando le capturó el bonzo, se dejó este asunto y le preguntaron acerca de aquellas imágenes, y en particular sobre un crucifijo de bronce. Satisfizo á estas preguntas diciendo: «Esta es la imagen de Jesucristo, Hijo de Dios, que se hizo hombre y padeció muerte de cruz para redimir del pecado á los hombres.» Después le dijo el juez: «¿Qué son estas imágenes?» Y repuso: «Son imágenes de la Madre de Dios, que dió á luz aquel Señor

Crucificado.» No debió dejar de impresionarse, con estas respuestas, el juez, porque, eludiendo insistir sobre ellas y como saliéndose de la cuestión, le preguntó: «¿Y en qué paran los hombres después que mueren?—Bienav. El cuerpo, hecho cadáver, queda en la tierra; pero el alma sube al cielo ó baja al infierno, según los méritos ó deméritos de cada uno en esta vida.—Juez. Eso del alma es pura ficción. ¿Quién ha dicho que eso pasa al alma?—B. Dios lo ha dicho.—J. ¿Tú se lo has oído al mismo Dios?—B. Aunque yo no se lo haya oído al mismo Dios, es cierto, sin embargo, que Él lo ha enseñado.»

Mientras tenía lugar este interrogatorio, un alguacil, llamado Tu-Vu, trajo al tribunal un grande mazo de los que sirven para el tormento de las rodillas y lo puso delante del siervo de Dios. Pensó él que se iba á cumplir la amenaza que se le hizo en la audiencia anterior, y, con toda humildad, se disponía á ofrecer las rodillas para el suplicio. Díjole el juez que el mazo no era para darle tormento, sino para que lo tomara y con sus manos gol-

peara, hasta destruirlas, aquellas imágenes de su Religión, y por tanto, que ejecutara lo que se le mandaba. Oída esta exhortación, tomó, en sus manos y con santa ira, el mazo y lo arrojó lejos de aquel lugar, mostrando en todo una presencia de espíritu que asombraba á aquellos paganos, los cuales enmudecieron y ni siquiera le reprendieron este atrevimiento, que ellos debieron calificar de desacato. Recogieron los alguaciles el mazo y lo trajeron y entregaron al bonzo Thay-Tinh. Éste, muy satisfecho y con aire de triunfador, lo levantó con furia para descargarlo sobre una hermosa imagen de marfil de Nuestra Señora del Rosario; pero lo advirtió el Bienaventurado Gil de Federich, que estaba junto á la imagen, y, con su mano, cubrió las cabezas del Niño Jesús y su Madre Santísima, diciendo, al mismo tiempo, á aquel idólatra: «Golpea esta mi mano.» Al ver esto los jueces, se echaron á reir y dijeron: «Estos cristianos están ciegos con sus imágenes.» El impío Thay-Tinh interpelaba á los ministros de justicia de la Sala, para que vinieran á separar de allí la mano

del santo Confesor. Tan vigorosamente la tenía puesta sobre la imagen divina, que uno que vino á separarla no lo pudo conseguir, por más que empleaba toda su fuerza; probaron otros, con el mismo éxito: sólo, cuando, unidos todos, se echaron sobre el brazo y la mano del siervo de Dios, consiguieron separarla, y entonces, loco de ira aquel malvado, pudo, con furia satánica, golpear la imagen á discreción, y, en la exaltación de su odio y de su ira, quiso patear también otra de la Santísima Virgen que estaba pintada en un papel; mas el Venerable Mártir le empujó con denuedo y sacó de entre los pies de aquel selvático energúmeno la veneranda imagen, á la que reverente adoró, tan luego la tuvo libre en sus manos.

Los jueces venales pusieron paz en aquella brega, ordenando estar quedo al Bienaventurado y diciéndole: «A la imagen han debido dolerle mucho los golpes.» Respondió: «La Bienaventurada Virgen y su divino Hijo están en sitios donde no pueden tener pena ni dolor; nosotros tenemos en aprecio estas imágenes, para acordarnos y reverenciar á

Ella y su Hijo.» Con esto, se levantó la sesión y fué vuelto á la cárcel, donde le esperaba otra pena bien grande.

La sórdida avaricia de uno de los oficiales de mando de la cárcel le llevó á decir al santo Misionero antes de salir para esta audiencia, que tenía que darle seis reales para pagar, decía, á los guardias que le llevaban y traían al tribunal; pero enterados otros soldados, dijeron al Santo que no le diera sino dos reales, que el otro quería quedarse con lo demás. Estimó el siervo de Dios que estos últimos le decían la verdad, y no entregó sino dos reales. Al regresar de la Audiencia, irritado el avaro empleado y lleno de furor, mandó encepar al Santo y dió orden terminante que cualquiera, cristiano ó gentil, que le trajera comida ú otro regalo, fuera también puesto en el cepo. Con tal orden, todos se retrajeron y dejaron de acudirle, con el sustento y demás que necesitaba. Pero Dios Nuestro Señor proveyó de todo á su siervo por otras vías que él mismo nos dice, y fué que en aquel entonces, precisamente, una mujer infiel distribuyó

mucha cantidad de morisqueta y otras viandas para que se regalaran los presos, y á él tocó una gran ración, con la que tuvo para días. Duraron tres el cepo y la incomunicación; por lo cual, se dice que el santo Mártir parece sospechaba si aquella furia del oficial carcelero era para disimular su avaricia y el castigo procedía de auto de la Audiencia, por no haber querido él responder á los jueces sobre quién lo tenía hospedado, cuando lo prendió Thay-Tinh.

De las fatigas de los días de audiencia y lo que allí sufrió su espíritu y los atropellos del avaro oficial de la cárcel, se le renovaron las fiebres y le sobrevino una disentería tan aguda que, cuantos le rodeaban, pensaron que había llegado su última hora. Noticioso el P. Vicario Provincial, le envió el sacerdote tunkino, P. Mink, para que le administrara la Penitencia. Ya se había confesado con otro sacerdote indígena, cuando llegó el Padre Mink, y éste y los cristianos é infieles que le cuidaban vieron, con sorpresa, que la enfermedad decreció y volvió el siervo de Dios pronto á su normal estado de

salud. Y tan sano y tan ágil andaba después de aquellas fatigas de tribunales y enfermedades, que escribió la relación de ellas al Superior de la Misión, y, entre otros conceptos, expresaba éstos que revelan la grandeza de su alma: «Respondo, siguiendo la historia de lo que me ocurrió en la audiencia del día de Santa María Magdalena, para dar gracias á Dios, pues á este indigno hermano de Vuestras Reverencias (1) le ha hecho el favor de confesar la fe *coram tyranno;* y pidan á Dios me perdone mis muchos pecados, y especialmente el no haber hecho interiormente todo lo que debía en aquella ocasión (¿al ver machacar las imágenes?), no sólo por omisión, sino por comisión, que soy un hipócrita.»

Dejáronle descansar en la cárcel un poco de tiempo; y entretanto su proceso no llevaba trazas de terminarse. Los magistrados, que convenían todos en la condena de pena capital para él, no estaban acordes en la que debía pronun-

(1) Esta carta la escribía el día de N. P. Santo Domingo, 4 de Agosto, dirigida al P. Vicario Provincial y al P. Pozuelo.

ciarse contra Thay-Tinh y los otros tres cristianos de Luc-Thuy-ha. Unos estaban por libertar á éstos; otros por soltar al bonzo. En este conflicto, mandó el Rey que se nombrara un juez árbitro, en el cual se comprometieran los que componían el tribunal que sustanciaba esta causa acumulada de tres procesos ó contra tres clases de reos. Hecha la designación del árbitro, recayó en uno de los Mandarines regios, que se llamaba Ou-Tri-Lai, que, por cierto, nos dice nuestro Bienaventurado era hombre pacífico y aficionado á la fe.

El día 20 de Septiembre, volvió, pues, á comparecer *coram tyranno,* como él dijo antes, y con él comparecieron asimismo los otros cuatro procesados. El interrogatorio que, en esta audiencia del tribunal árbitro sufrió, no es más ameno que los que ya conocemos; pero es fuerza trasladarlo aquí para nuestra enseñanza y mayor gloria de Dios en sus Santos. Fué del tenor siguiente: «Juez. ¿Cuántos años estás en este reino? ¿Fuiste preso en seguida que llegaste? ¿Has predicado la fe?—B. Estoy aquí cuatro años; dos

he predicado la fe.—J. ¿Es verdad que has estado en casa del bonzo diez días ó han sido más?—B. Yo he predicado la fe, yendo de acá para allá, diez días en una parte, quince en otra. En casa del bonzo estuve diez días nada más.—J. Si el Rey prohibe la fe, ¿á qué causa has entrado en Tunkín?—B. Al Rey no le es lícito prohibir esto, pues no tienen los reyes poder infinito, para mandar lo que les venga en talante.—J. ¿Eres entendido en Astronomía?—B. No.» Terminado el interrogatorio, mandó el juez que se retirara, y, en efecto, se retiró á la sombra, porque al sol reinaba alta temperatura. Entre tanto llegó al tribunal otro Mandarín llamado Tri-Dó, que era defensor acérrimo del bonzo. Llamaron al siervo de Dios, á quien colocaron entre el bonzo y los cristianos luctuyenses y Tri-Dó le repitió la monserga de sosas preguntas y, en son de guasa, le dijo: «¿Ha llegado el mes de partir para el Paraíso?» Le contestó muy sereno que todos los meses son á propósito para este viaje. Luego, en tono serio, le invitó á que dijera de verdad, si en casa de Thay-Tinh estuvo diez

días solamente y si le había enseñado la fe. Respondió que no diría una palabra más sobre su captura. Había empeño en Tri-Dó por que dijera dónde le había apresado el bonzo, para librar á éste y castigar á los de Luc-Thuy-ha, y por eso el Santo se encerró en un mutismo absoluto que, en este punto, jamás quebrantó. Pidió á Tri-Dó que dejaran en libertad á los cristianos; pero fué inútil, porque, en el odio que profesaba este magistrado á la Religión, estimaba mejor que Thay-Tinh, su amigo, no saliera tan pronto libre á trueque de que los cristianos fuesen condenados.

Vista su absoluta negativa á contestar sobre el punto debatido, el juez Ou-Tri-Lai le mandó firmar lo actuado y su declaración; mas el Secretario había escrito que Cu-Té (P. Francisco) era Maestro de *la falsa ley,* y éste, con valentía, dijo al juez que si no hacía otro atestado en que se quitara esa injuria, no firmaría. Y el Santo salió fuera, mientras el tribunal redactaba en otra forma la audiencia habida; esta vez, en lugar de *falsa* pusieron *portuguesa;* y como á la Religión

cristiana se la llamaba así en Tunkín, como ya atrás queda indicado, el Bienaventurado no tuvo inconveniente en firmar; hecho lo cual, volvió á la cárcel, sin que en dos años largos se le volviera á llevar á tribunal alguno.

Este como olvido, en que se tuvo su proceso todo ese tiempo, fué ocasionado por los alborotos en que anduvieron las autoridades del reino que ardía por los cuatro costados en cruelísima guerra civil. Por causa de esta guerra, se ausentaron de la Corte todos los misioneros durante estos dos años, de modo que nuestro Bienaventurado quedó solo para atender á los neófitos y la predicación de la fe; y aunque encarcelado, cumplía perfectamente con estos ministerios y trabajos apostólicos, gracias al dinero que los cristianos daban con abundancia á los alcaides y guardias de la cárcel, los cuales, así ablandados, confirmaban el permiso de que saliera y pernoctara fuera, y hasta llegaron á autorizarle, para que se ausentara de la Corte algunas veces. Todo era orden de la divina Providencia, para que los neófitos ó infieles

no carecieran de los Santos Sacramentos y la divina palabra. Por eso no acabaremos de maravillarnos de que, preso y todo, pudiera administrar, hasta fines del 41, la Penitencia á 3.767 cristianos; el Bautismo, á 122 entre párvulos y adultos, y la Extremaunción, á 88 enfermos.

CAPÍTULO XIII

PRESTIGIO QUE ALCANZA EN LA CORTE NUESTRO BIENAVENTURADO Y TENTATIVAS PARA CONSEGUIR SU LIBERTAD.

Por Enero de 1472, en Tunkín, último mes del año 41, se conmovieron los cristianos de la Corte y lugares de alrededor, elevando al cielo profundos suspiros, yendo desolados por las calles y casas de los fieles. La causa de este alboroto fué que el Tribunal regio ordenó que el Bienaventurado y todos los presos comparecieran ante el Tribunal del Rey; y los cristianos supusieron que iba á terminarse el proceso del Santo, como mes último que era, y que luego sería degollado. Pero de esta nueva compare-

cencia, en que nada le preguntaron, tampoco resultó sentencia alguna; porque el bonzo Thay-Tinh volvió á apelar y consiguió otra vez que le fuese admitida la apelación, siendo por lo mismo otra vez diferida la conclusión de la causa. Al saberse esto, los cristianos se consolaron y comenzaron á vislumbrar la esperanza de conseguir que dieran libertad á su Venerable maestro.

Uno de los días de este año, en que se le permitió salir á la calle, era el Jueves Santo. Los fieles habían tomado sus medidas para que esta vez pudiera presentarse en público, con gran lucimiento para la Religión. Al efecto, hablaron á una cristiana noble, llamada Diu-Ba-Tram, que había sido, antes de bautizarse, una de las mujeres del Rey muerto y ahora era madre del Diu-Oú-Saú, es decir, sexto Príncipe del reino, por su cualidad de hermano consanguíneo del actual rey. Este Príncipe, aunque idólatra, amaba á la Religión que veía practicar á su madre, por más que él no se decidía á abrazarla por no romper con el Rey, su hermano. En el Palacio, pues, de este Prín-

cipe Dui-Oú-Saú, arreglaron los cristianos que el santo Misionero celebrara este día los divinos misterios, en presencia de muchísimos cristianos é infieles del catecumenado. Fué esto una verdadera manifestación de fe católica; por lo cual se alentaron y entusiasmaron más los cristianos, y dispusieron que el Sábado Santo celebrara en el pueblecito llamado Bo-Dé, al otro lado del río, donde acudieron muchísimos fieles y paganos. Estos hechos no debieron pasar desapercibidos á los próceres del reino, y lo confirma lo que á seguida vamos á referir.

Como la guerra civil, que tan encarnizada surgió el año 39, seguía pujante á estas fechas, el Rey y sus consejeros y mandarines no acababan de dar en el remedio seguro que la apagara. Es creíble que por consejo del Rey y sus primates, si no queremos decir que fué por propia iniciativa, un tío del soberano, á fines del mes de Septiembre, llamó á su palacio al santo Misionero con el intento de averiguar si en los libros de la ley cristiana se podía encontrar ese remedio. Sin duda, sabía ya la acogida que le había dispensa-

do el Príncipe Dui-Oú-Saú y tal vez había hablado con éste sobre la entrevista que iba á tener con el siervo de Dios, por más que taimadamente había de ocultarle su fin terreno y egoísta. Hallándose, pues, nuestro Bienaventurado en el palacio del prócer, éste le estuvo hablando, como una media hora, en presencia de toda su familia. El asunto de la conversación versó acerca de la Religión cristiana y sus excelencias sobre las otras religiones. Le rogó que le explicara una y otra vez muchos puntos de la fe. Tan atinado estuvo el siervo de Dios, que el noble le dijo, poco más ó menos: «Está bien; veo lo racional de la fe que predicas; he leído varios libros que tratan de ella, y me convenzo de que es la única Religión aceptable; pues las religiones que enseñan las sectas son todo despropósitos, doctrinas que carecen de razón y fundamento. Por esto, y porque deseo interesarme en tu bien y en tu Religión, te encargo que vuelvas mañana, trayéndome algún libro que de propósito trate de la fe cristiana, porque deseo estudiarla bien é informar luego al Rey, mi sobrino.» Después le dijo que sería con-

veniente se hiciera acompañar, en la visita del otro día, de un literato annamita que le explicase las palabras que pudieran escapársele á él, por no ser de aquellas tierras. Muy contento nuestro Santo, se despidió hasta el otro día de aquel Príncipe taimado, quien disimuló su doblez, con las apariencias de franca amistad y de cordial tratamiento que le dispensó en esta entrevista.

Vuelto á la cárcel, y refiriendo contento á los cristianos lo sucedido con el tío del Rey, supo por algunos, que eran de la familia del prócer, que lo que éste se proponía, en toda aquella conversación, era preguntarle por el medio de acabar con la guerra, pues suponían los Príncipes y Mandarines que bien podría decir esto la ley de los cristianos. En vista de tal revelación, y no siendo llamado al día siguiente y escudado de la confianza que el prócer y su familia le habían inspirado, se determinó á escribirle una carta, que contenía estas cláusulas, reveladoras de un pecho apostólico: «En nuestra fe sólo hay un remedio, único contra los males públicos, y es el pedir á Dios la paz, no

yendo jamás el Rey ni su Gobierno contra la Religión verdadera. Si quiere el Rey que la guerra termine, deje de perseguir á la fe y los cristianos. Esta es la raíz de todos los males del reino.» El tío del Rey no quiso volver á consultar con el santo Mártir, porque sin duda los cristianos de su familia y servidumbre le dirían lo que el siervo de Dios pensaba decirle si le llamaba. Fué, sin embargo, á consultar lo mismo con una Pitonisa, y ésta le dijo sin rodeos que «tanta guerra y tantos daños los ocasionaba el haber matado primero á un misionero, luego á tres y tener ahora otro preso.» Esto lo contó el tío del Rey á tres Mandarines; y uno de ellos, en nombre de todos, se encargó de pedir al Rey la libertad para la Religión cristiana. A este Mandarín envió nuestro Bienaventurado la carta que tenía escrita para el tío del Monarca, por medio de una cristiana que el Mandarín respetaba mucho. Pero sucedió que en aquellos días llegaron noticias de la Provincia meridional, diciendo que los cristianos se habían rebelado, y todo quedó sin efecto. Y como siguió la persecución contra la fe, siguie-

ron la guerra y el hambre y las epidemias y las sequías y la desolación en que se vió por muchos años aquel reino desventurado. ¡Juicios de Dios!

Mientras andaban aquellas visitas y consultas entre el tío del Rey y el siervo de Dios, y entre aquél, los Mandarines y la Pitonisa, los cristianos trabajaban sin descanso para conseguir la libertad del santo Misionero; y ocurrió, con este motivo, un hecho que pone de relieve, no sólo el fervor de aquellos neófitos, sino también el pecho apostólico de nuestro Bienaventurado y la perfidia y la bajeza de sentimientos de aquellos idólatras.

Con las bondades dispensadas al santo Misionero por los infieles é idólatras, deudos del Rey, muchos cristianos de sangre noble concibieron la idea de libertarle por completo, aunque fuera preciso imponerse sacrificios muy costosos. Se avistaron, al efecto, con una mujer idólatra, llamada Di-Chua, que al parecer era bonza y (1) tenía parentesco de segundo

(1) Decimos *al parecer*, porque en los manuscritos se dice sólo *la tía del Rey, Bonza*, lo cual no

grado de consanguinidad con el monarca, á la cual presentaron sin ambajes su pretensión, ofreciéndole un regalo en dinero que ella debía señalar. La avara infiel les pidió 400 taeles. Convinieron en entregárselos, si conseguía de su tío el Rey, no sólo la libertad del siervo de Dios, sino también permiso para quedarse en Tunkín, ejerciendo el santo ministerio. La bonza dudó al principio. «Esta ley, se decía, de los cristianos y la ley del But (ídolo) son contrarias; así, que no hay razón para que yo pida esto al Rey.» Mas luego ella misma se arguyó y convenció de que debía hacerlo. «Las leyes del But son doce; los cristianos veneran al cielo como nosotros; así, que no importa que haya una ley más en el reino; lo pediré á mi sobrino.» Para esto último tuvieron los cristianos que instarla mucho y ponderarle mucho más el premio de los 400 taeles, lo cual fascinaba á esta infeliz esclava del demonio.

autoriza para decir que esta mujer se llamaba *Bonza;* antes creemos que este es nombre de su profesión. De todos modos, en el texto salvamos la opinión que sobre esto se quiera adoptar.

Nuestro Santo nada sabía de estos tratos; luego que los supo, y dolorido al ver los muchos sacrificios que hasta aquella hora habían hecho los cristianos, y queriéndoles dar ejemplo de resignación y fortaleza, les prohibió enérgicamente que dieran un céntimo por su libertad. Los cristianos debieron acudir entonces al Superior religioso de las misiones, suplicándole que interviniera, para que el Bienaventurado les dejara obrar en aquel negocio; pues el siervo de Dios recibió orden del Vicario Provincial, mandándole que dejara correr las cosas, ya que en esto no se hacía injuria á la Religión y sí sólo se procuraba redimir con dinero una vejación inicua, y esto no era malo. Obedeció sumiso, y los cristianos entregaron á la bonza, en forma de memorial, lo que poco más ó menos debía exponer al Monarca. Se reducía á decirle, que el santo Misionero hacía ya seis años que estaba preso y condenado á degüello por haber venido á Tunkín á predicar la fe cristiana, y que, pues su majestad se mostraba tan piadoso con todos, fuera también piadoso con él, poniéndole en

libertad y permitiéndole estar en su reino.

La astuta palaciega prometió hablar al Rey en este sentido. Y efectivamente; como sacerdotisa del padre de la mentira, mintió, hizo todo lo contrario y redactó para el Monarca un memorial en que, sin decir palabra de lo que le habían encomendado, puso muchas falsedades, que ella creyó servirían para conseguir la gracia que se solicitaba. Entre otras cosas, decía que Cu-Té (P. Francisco) era un mercader que había sido preso como cristiano, siendo así que no se le había encontrado ninguna señal de esto, y que el que lo había apresado ya llevó su castigo, sentenciado por los tribunales. Por un borrador que le trajo un doméstico, supo el siervo de Dios la miserable maraña de aquella mujer; y muy santamente indignado y tomando la cosa por cuenta propia, le mandó decir que si presentaba al Rey aquella petición, tan llena de falsedades, no tenía que esperar de los cristianos ni una chapeca (céntimo). Ella, muy arrepentida, al parecer, prometió que reformaría el memorial, en el sentido

que los cristianos le habían encargado, y pidió que le dieran 100 taeles más. Pero mintió también, y presentó al Rey aquel mismo memorial que ella redactara. Dios Nuestro Señor velaba por la pureza de la fama y doctrina de su siervo y de aquella cristiandad atribulada, y no permitió que los manchara la mentira. Porque el Rey, aceptando el memorial de su tía, contestó que se proveyera como se pedía en él, pero en el supuesto que fueran verdaderas las razones que se aducían, lo cual equivalía á no conceder nada, pues, traído el proceso á informe, se probó, en efecto, que las razones de la bonza eran pura farsa y mentira descarada.

Siguieron, pues, las cosas en el mismo estado todo este año. Durante él oyó nuestro Bienaventurado 1.711 confesiones, bautizó 31 adultos y 23 párvulos y administró los Santos Óleos á 51 enfermos. Los Definidores del Capítulo Provincial, reunidos en Manila el 4 de Mayo de 1743, refiriéndose á los trabajos apostólicos de los misioneros dominicos de Tunkín, en los dos últimos años, dicen: «En aquel reino trabajan incansablemen-

te nuestros misioneros en medio de las mayores fatigas, las más grandes privaciones y los continuos peligros á que los expone la cruel persecución que allí se hace á la Religión. Entre todos sobresale el Rdo. P. Fr. Francisco Gil de Federich, cuya sentencia de ser degollado no se ha ejecutado hasta el presente, por andar preocupados el Rey y sus ministros con los cuidados de la guerra civil. Por lo cual sucede una cosa harto maravillosa, y es que dicho Padre ha erigido una misión en la misma cárcel, y, gracias á la preclara índole de su alma y al singular auxilio de la gracia divina, de tal modo planta y riega la fe en los ánimos de los tunkinos, que recógense abundantes y ópimos frutos de virtud, pues los mismos infieles corren hacia él para abrazar la fe, dando Dios el incremento á los trabajos de su ministro.»

La paz y la tranquilidad de la cárcel de nuestro Mártir fueron turbadas á principios del año 1744, últimos del año tunkino. Entre los oficiales reales que guardaban el establecimiento penal, se suscitaron no se sabe qué cuestiones,

pero sí que fueron bastantes, para que unos á otros se calumniaran y querellaran mutuamente ante el superior. Por esto el Bienaventurado, por espacio de un mes ó poco más, sólo pudo salir por el día, pues por la noche se le encerraba en la prisión. Con tal motivo, todos los presos suponían, y no sin fundamento, que serían llamados á prestar declaración sobre lo ocurrido. El día 3 de Marzo se intimó á nuestro Santo y los otros cuatro presos de su causa que se presentaran al tribunal. Creyeron que esta presentación era para lo del tumulto de los guardias; sin embargo, el siervo de Dios, para cerciorarse, preguntó al Secretario por qué causa se les llamaba. Le contestó que para seguir confeccionando el proceso, y por consiguiente, para averiguar lo que había de cierto en lo de su prisión ó captura, pues aún no estaba puesto en claro todo. Repuso el Santo que, si era para esto, su presencia en el tribunal era inútil, porque ya hacía cuatro años que prometió no decir palabra sobre este asunto. El Secretario, no obstante, le obligó á que le siguiera al tribunal, donde Dios

Nuestro Señor iba otra vez á concederle confesar su santo Nombre y defender la fe *coram tyranno*, aunque el tribunal ni el santo Confesor, creo yo, habían sospechado que tal sucedería. En efecto, con la prisa de salir para la audiencia, no se fijó en que no se había ocultado del todo el rosario que traía siempre al cuello. Y sucedió que se apercibió de esto, precisamente cuando el Secretario, dejando la cuestión de quién le había hecho preso, le preguntó si llevaba consigo algún objeto de Religión. Pensando que esta pregunta la ocasionaba el haberle visto el santo rosario, le contestó que sólo llevaba aquel signo que se llamaba Rosario de la Santísima Virgen María. Y no preguntó más el Secretario. Una vez en la Audiencia, sea que el Secretario habló con el juez acerca del rosario, sea que alguno de allí lo vió, pues ya el Santo no lo llevaba oculto, es lo cierto que el juez se lo pidió; preguntó si se le devolvería y el juez dijo que sí, y entonces se lo entregó al juez. Luego que éste lo tuvo en sus manos, llamaron su atención dos medallitas que colgaban del rosario, y le preguntó qué

cosas eran aquéllas. «Son imágenes de dos Santos que murieron por la fe», dijo el Bienaventurado. Añadió el juez: «¿Consentirías en pisarlas?» Y el Bienaventurado: «En manera alguna consentiré en tal maldad.» Entonces se dirigió el juez al impío Thay-Tinh y le preguntó si él las pisaría, y respondiendo que sí, el juez le entregó el santo Rosario; al tenerlo en sus manos el bonzo, lo arrojó al suelo y levantando los pies intentaba pisar aquella enseña de amor y reverencia á la Madre de Dios; pero no pudo, porque nuestro Santo, encendido en santa cólera, se abalanzó sobre él y forzándole se disponía á recoger el rosario. Visto lo cual, los magistrados mandaron al siervo de Dios que se retirara y despejara aquel lugar sin dilación, pero él no les hizo caso. Entonces mandaron á los alguaciles que, á viva fuerza, lo retiraran de allí; y uno de ellos, cogiéndole por los cabellos, con gran inhumanidad, lo arrastró un gran trecho, el suficiente para que el malvado Thay-Tinh pudiera con furor pisotear el rosario y las medallas, mientras que nuestro Bienaventurado, que

esto veía, exclamaba dolorido y en voz alta y profética: «Porque perseguís de esta suerte la fe de Cristo, Dios está castigando á este reino, con tantas calamidades y desgracias.»

Por lo acontecido en esta audiencia, podemos afirmar que en ella actuaron nuevos jueces y no el árbitro Oú-Tri-Lai. Sin duda, el bonzo tenía ganada ya á toda la Corte, y ésta prescindía de las leyes procesales con tal de salvar á aquel desventurado idólatra. Después de esta audiencia fué vuelto á la cárcel, donde resignado esperaba la hora de morir por su amado Jesús. Los magistrados, en efecto, sentenciaron en definitiva que el Venerable fuera degollado, y Thay-Tinh y su hijo absueltos con todos los pronunciamientos favorables. También dejaron en libertad á los cristianos de Luc-Thuyha (1). Antes empero de que esta senten-

(1) Éstos en un principio fueron actores de esta célebre causa, acusando al bonzo y su hijo de haberles robado; sin duda se referían á los objetos que el bonzo se llevó al prender al Venerable Misionero. Luego el bonzo los acusó de que ellos mantenían al siervo de Dios, y por consiguiente fueron reos. La sentencia, en su afán por defen-

cia se diera contra el santo Mártir, quiso Dios Nuestro Señor otorgar á su siervo una grande alegría, la cual llenó toda su alma de consuelo inefable, el día 30 de Mayo de este mismo año de 1744.

Efectivamente, después de muchos suplicios y muchas condenas á que los tiranos magistrados de Tunkín habían sujetado al esforzado campeón de Cristo, Bienaventurado Mateo Leciniana, dominico también y también preso en Luc-Thuy-ha, el día 29 de Noviembre del año pasado 1743, determinaron trasladarlo, en calidad de reo capital, á la misma cárcel donde estaba el Bienaventurado Gil de Federich. El consuelo que llenó los corazones de los dos santos misioneros que juntos habían salido de España, para ejercer el apostolado en estas regiones de Oriente, no es fácil que pueda comprenderse. Parece que Dios Nuestro Señor quería prepararlos juntos para que, juntos también, sa-

der al bonzo, se hace cargo sólo de la acusación hecha contra él, de la cual le absuelven, no pronunciando nada contra dichos cristianos, que por lo mismo quedaron libres. El magistrado que publicó la sentencia se llamaba Tri-hinc.

lieran de esta vida y juntos entraran mártires gloriosos en el cielo, como así sucedió, según veremos en el capítulo siguiente.

El día que siguió á tan fausto acontecimiento era la fiesta de la Santísima Trinidad, y nuestro Bienaventurado, para dar solaz al ánimo de su santo compañero, procuró celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, á la que asistió el Venerable Leciniana, muy admirado de la providencia misericordiosa del Señor. El día de *Corpus,* esto es, el 4 de Junio, no sólo oyó la Misa del Bienaventurado Gil de Federich, sino que él mismo celebró también, la primera vez, después que cayó preso. Asistieron este día á los sagrados cultos unos 130 cristianos y muchos infieles. Bien se deja comprender los celestiales coloquios en que pasarían los días aciagos de su prisión aquellos dos corazones que latían al unísono y ardían en el mismo fuego de la divina caridad. Ambos, hasta el día del martirio, se ocuparon, con el desembarazo que los grillos les permitían, en el santo ministerio. Este año el santo Gil de Federich oyó 1.745

confesiones, bautizó 32 adultos y 41 párvulos y administró la Extremaunción á 11 enfermos.

Por una carta del santo Leciniana, sabemos que en Septiembre de este año habían conmutado á nuestro Bienaventurado la pena de degüello en la de cárcel perpetua. Los Padres de la Congregación Intermedia, reunidos en Manila el 18 de Mayo de 1745 (cuando ya nuestro Santo había entrado en el cielo), dicen también: «En el reino de Tunkín, el Rdo. Padre Fr. Francisco Gil de Federich, encerrado en la cárcel pública de la Corte ha ya ocho años, condenado primero á pena capital; después, mitigada esta sentencia, condenado á cárcel perpetua, sigue en el mismo estado de los años anteriores.» Pero esto debió ser un auto extraoficial, digámoslo así; porque está averiguado que un mes antes, es decir, en Agosto, habiendo mandado el Rey que se hicieran rogativas á los ídolos, para que cesara la gran sequía que sumió al Tunkín en la más espantosa miseria y, para esto mismo, que se revisaran las sentencias que pendían aún de los tribunales, la de

degüello de nuestro Mártir fué sustentada ó ratificada por los jueces revisores, que por lo mismo la firmó, en definitiva, el Rey Cauh-Hung, el 12 de Diciembre, cuarto año de su reinado. Pero ocurrió que, como la del santo Leciniana se conmutó en la de pena de cárcel perpetua, el Rey no quiso firmar cuando la dieron los magistrados; éstos entonces, sin forma de proceso, debieron proponer al Rey la conmutación, que dicen el Venerable Leciniana y la Congregación Intermedia, como medida gubernativa. Lo cierto es que, para nuestro santo Misionero, las cosas siguieron, desde la última comparecencia, como definitivamente terminadas, y que él esperaba con ansia que se cumpliera la sentencia de degüello que contra él se había dado. Y era tan grande la seguridad que tenía de que habia de morir así por Cristo, que, por Diciembre de este año, un cristiano le dijo que uno de los Secretarios reales de justicia le proponía la entrega de cierta suma de dinero y, con esto, no incluiría en la lista de ajusticiables del año al Bienaventurado. Con santo enojo, dijo al cristiano: «Mira, ya hace

tiempo que espero por Cristo mi degüello, y así no le des nada.» Bien pronto vamos á ver cómo al fin Dios Nuestro Señor concedió á su siervo lo que tanto le había suplicado.

CAPÍTULO XIV

GLORIOSO MARTIRIO DE NUESTRO BIENAVENTURADO

Llegó el año 1745, verdadero año de recompensas y bendiciones para la esclarecida Orden de Predicadores y para la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas, madre fecunda de mártires. En él comienza su nueva era de gloria, en que sus hijos saben padecer y morir por Dios en los reinos de Tunkín y China. Y decimos nueva era, porque en el Japón los hijos de esta venturosa Madre la honraron, durante el siglo XVII, derramando generosos su sangre por la fe y por la doctrina con que ella los amamantara, y

la cual les mandó predicar en aquellos países. Puede gloriarse esta porción de la sagrada Orden de Predicadores de que, en los tres más grandes Estados del Asia culta, ha sembrado la semilla de la divina palabra. No hay que dudarlo: el progreso conseguido por la Iglesia nuestra Madre en Japón, China y Tunkín reconoce por causa no pequeña la sangre de los hijos de Santo Domingo que desde Filipinas salieron antes, y salen aún ahora, á evangelizar á aquellas gentes sumidas en el paganismo. Uno de aquellos enviados, uno de aquellos mártires, una de las glorias más puras que tienen en Tunkín la Iglesia la Orden de Santo Domingo y la Provincia del Santísimo Rosario, es el Bienaventurado Francisco Gil de Federich, cuyo glorioso martirio vamos ya á referir, en este capítulo.

La noticia de la conmutación de la pena de degüello en la de cárcel perpetua corría muy válida entre los cristianos de la Corte de Tunkín, y era ya mediado Enero, cuando ellos se preparaban á celebrar este que llamaban el mayor de los triunfos. Nuestro Santo, sin embargo,

afirmaba que aquel rumor no tenía sólido fundamento y que pronto verían todos que él no se equivocaba. Discurría de este modo, porque habiéndose notificado al Bienaventurado Leciniana la conmutación de su sentencia, á él nada oficialmente se le había dicho. De ahí que el santo Leciniana llorase inconsolable por la pena de no morir por Cristo, y él, lleno de inmenso júbilo, esperase tranquilo y confiado en que pronto le degollarían por la fe del Redentor. Y no tardó mucho en resolverse para todos este problema. En efecto, el día 19, el annamita Joaquín Nguien Hujen, que amaba mucho al Bienaventurado, le llevó copia de la sentencia definitiva, que le facilitó el Secretario del grado Thi-Tuyen, llamado Thay-Koa-Haoc, y el 21 se publicó é intimó á nuestro Santo el auto para la ejecución de la dicha sentencia de degüello contra él dictada y confirmada, añadiéndose, en esta diligencia judicial, que el Rey había ordenado que tuviera lugar la ejecución, al día siguiente.

Esta noticia voló como un rayo por la Corte, y los pueblos circunvecinos; y los

cristianos de aquí y de allí lloraban amargados en su alma con pena inmensa, pues no en vano había pasado el santo Misionero ocho años en medio de ellos, como una madre que cría y da calor á sus hijuelos. Por eso con intrepidez, y sin reparar en sacrificios, la tarde del mismo día 21, se presentaron en comisión muchos de ellos á aquel prócer tío del Rey, que siempre había mostrado humanas entrañas á los cristianos y sus maestros, y le ofrecieron una enorme suma de dinero si intercedía por el siervo de Dios cerca del monarca y conseguía librarle de la muerte. Súpolo con grandísimo pesar el santo apóstol, y, sin perder tiempo, comisionó á un cristiano que él tenía de catequista, para que dijera á todos aquellos fervorosos fieles que desistieran de suplicar más en su favor; pues lo que ahora hacían era muy injurioso á Dios Nuestro Señor y á la Religión y en descrédito de la santa fe que él y ellos profesaban. «Nosotros, les mandó á decir, exhortamos á los infieles á que se conviertan, y que una vez convertidos padezcan todos los tormentos, si es preciso, por

mantener la fe; si ven ahora que manifestamos debilidad en estos trances, rehusando morir por la fe ó consintiendo librarnos de esta sentencia, comprando la vida de la manera dicha, se afirmarán los infieles en su paganismo, y los fieles se entibiarán en esto de padecer por la fe. Por todo lo cual, mando á todos vosotros, hijos míos, que desistáis de vuestro propósito, pues yo jamás consentiré en que se dé una sola moneda para librarme de morir por Dios Nuestro Señor.» En vista de mandato tan enérgico y lleno de caridad divina, los fieles no siguieron instando y se resignaron á esperar el momento del martirio de su santo maestro. Éste agradeció muchísimo esta obediencia, y alegre siguió pensando en la dicha que le esperaba.

Era su continente tan vivo y placentero en aquellas horas, que á cuantos cristianos iban á verle, consolarle y despedirle, les decía con humildad: «Pedid á Dios Nuestro Señor para que no me ensoberbezca, con tan grande favor, como Su Divina Majestad me hace, y rogad también para que muera constante en la

fe de Nuestro Señor Jesucristo.» Luego con acento inefable rendía gracias á todos, los consolaba, bendecía y despedía, con todo el amor y toda la suavidad de un corazón santo. Lloraban todos menos él; á todos les decía palabras de verdadero padre que se va al cielo, asegurándoles ó prometiéndoles que, al estar ya en la divina presencia, viendo á Dios, les ayudaría más que ahora. Los momentos que, aquel día, le dejaban libres los dedicó á la oración y contemplación, donde se arrobaba su espíritu. Llegada la noche quiso celebrar, con muestras de extremada alegría, una cena, que era en verdad la última que tenía con sus amados neófitos; y en ella, «por ser día de sumo contento», decía él, comió una tortilla de huevos, cosa que durante todo el tiempo de su prisión había rehusado. ¡Tan grande era su abstinencia! Cenó, pues, con sus amados neófitos y con su santo hermano, Venerable Leciniana, mostrando siempre continente jovial. Terminada la cena, ordenó que todos rezaran con él las oraciones de gracias y el santo rosario, pidiéndoles que rogasen por él. Después, á imi-

tación del Salvador, sentóse otra vez á la mesa y mandó que todos asimismo se sentasen á su alrededor, pues quería despedirse de todos. Ya que los tuvo junto á sí, les dijo: «Hijos míos: ahora me considero como Cristo Nuestro Señor en la noche de la última Cena; así, os debo exhortar y amonestar como Cristo á sus discípulos, esto es, que os améis unos á otros como hermanos; que mantengáis la fe que profesáis, aunque por ella sufráis cualquier trabajo; que pongáis vuestra esperanza en Dios Nuestro Señor, y anheléis por cumplir la vida eterna que esperamos, despreciando los bienes de esta vida, que duran tan poco.» Hecha esta exhortación, añadió palabras dulcísimas de agradecimiento por lo mucho que por él habían hecho y sufrido aquellos ocho años. Y como todos los que allí estaban prorrumpieron en llanto del más hondo dolor, él, que hasta entonces mostrara el rostro alegre, comenzó también á llorar de tal modo que le fué imposible proferir una sola palabra, hasta pasado un buen rato.

Se iba ya á retirar para prepararse

para el glorioso triunfo del siguiente día, pero no se lo permitieron los llantos y las súplicas de los cristianos, que le pedían, con mucho fervor y con fe ardentísima, que les permitiera besarle los grillos y las cadenas con que estaba atado. Era esta una expansión al dolorido corazón filial, y aunque la humildad le vedaba prestarse á este honor, compadecido no obstante, y poniendo en Dios su corazón, les dijo: «Hasta ahora, hijos míos, ya sabéis que á nadie he permitido que me besara los grillos que me aprisionan; mas ahora sí que os lo permito á vosotros, queridos hijos míos, pero afirmando vosotros y protestando, porque debéis saberlo, que este favor del martirio no es debido en manera alguna á méritos míos, sino que viene de la pura misericordia y gracia de Dios Nuestro Señor.» Dicho esto, el primero que se arrojó al suelo para besar aquellos instrumentos de dolor del siervo de Dios fué su compañero de prisión y martirio, Bienaventurado Leciniana. No lo quería consentir; mas tales fueron los ruegos del santo Leciniana, que al fin cedió. Después de esto, todos, sin faltar

uno, fueron rindiendo este homenaje filial y cristiano al amor y la virtud del santo Gil de Federich y al poder y á la misericordia del Señor que le escogió para tanta gloria, como es morir por defender el nombre de Dios. Se retiró después á su habitación y púsose en oración, en la cual le encontró el día de su triunfo.

Cerca de las tres de la madrugada del día 22 y después de fervorosísima preparación, se confesó sacramentalmente con el Bienaventurado Leciniana; éste, á la vez, se confesó con él, y ambos, asistiéndose también mutuamente, celebraron el Santo Sacrificio de la Misa. Puede suponerse con qué fervor, con qué suspiros, con qué ardentísimo amor comulgaría aquel día el siervo de Dios, que, dentro de pocas horas, iba á entregar su vida por el amor de aquel Cordero divino que borra los pecados del mundo (1). Habiendo dado gracias y rezado las preces de costumbre, se dirigió con su santo compañero, á los diferentes departamentos de la cárcel; y era espectáculo digno de

(1) Joan. I., 29.

los ángeles ver cómo iba despidiéndose de cada uno de los presos, guardias, alcaides y carceleros; á todos, con la divina sonrisa que no le dejó, desde que supo de cierto el día de su martirio, dirigía palabras de reconocimiento á los muchos favores, decía él, que de todos había recibido durante el tiempo que vivió con ellos; mandó que á los criados y presos pobres se les diera, en su nombre, una comida, y aún distribuyó á todos bastante cantidad de arroz (allí hace las veces del pan) y de dinero. Como un esposo favorecido de la fortuna, así él se conducía pensando en los divinos desposorios que pronto iba á realizar por extremada fineza de Dios.

Después permitió que entraran cuantos cristianos vinieran á verle y darle el último adiós y recibir de su Maestro la bendición y las últimas exhortaciones. Ya comenzaba el día á clarear y, con la misma alegría, comenzó á vestirse el Hábito de su Orden que con tiempo había mandado se le arreglara, á fin de ir á la lucha con el traje de religioso atleta, simbolizado en aquella vestidura. Despidióse

por vez postrera de aquella venerable anciana, la santa Rosa Gao, que, infiel y cristiana, tantísimo había hecho y sufrido por él. Y cumplidos todos estos deberes que la gratitud, el cariño y buen corazón le imponían, esperó tranquilo, en la cárcel y cargado de cadenas, la hora en que los ejecutores de justicia habían de venir para llevarlo al suplicio.

Ocurrió entonces una cosa digna de memoria eterna. El Venerable Leciniana desconsoladísimo porque á él no le cabía la suerte que á su compañero, de ser degollado por la fe, pidió al Mandarín de la cárcel y á los guardias que le permitieran acompañarle hasta que la sentencia quedara ejecutada. Fuéle otorgada esta gracia. Pero los guardias, que amaban mucho al santo Gil de Federich, encargaron al Venerable Leciniana que entregara al monarca un memorial, que ellos le habían de dar, cuando pasaran por delante su Palacio al ir al suplicio; pues esa era la costumbre en aquel país, pasar todos los reos capitales por el Palacio real, á fin de que expusieran por última vez al Rey la súplica de perdón. En aquel me-

morial se contenía un vivo razonamiento, pidiendo al Rey la vida del santo Gil de Federich. Éste se enteró de aquellos nobles y piadosos intentos y, llamando aparte al Bienaventurado Leciniana, muy afectado y resuelto, le dijo que no debía hacer tal cosa y añadió: «Si Su Divina Majestad me quiere conceder la palma del martirio, ¿para qué V. R. quiere privarme de esta dicha?» El santo Leciniana respondió que no pasara cuidado, pues no sucedería tal cosa; pero que no había contradecido el encargo de los guardias para que le dejaran acompañarle hasta la muerte. Asegurado de que ya nadie intercedería por él en la tierra, se llenó otra vez de consuelo y alegría, y no veía ya la hora feliz de ser conducido al martirio.

No se hicieron esperar los ministros de justicia. Poco antes del mediodía, se presentó en la cárcel el mandato de entrega del santo Misionero á los verdugos. Salió, pues, el siervo de Dios para el lugar del suplicio; con él, y para ser también decapitados, iban ocho malhechores. Dios Nuestro Señor seguía disponiendo la pasión de su siervo, para que

en otra cosa más se asemejara á la del divino Redentor, que también murió entre malhechores. Marchaba á la cabeza de aquella fúnebre comitiva, atados los brazos atrás, cargado de cadenas, grillos y sogas ó cordeles, que parecía increíble le permitieran dar un paso. Como no llevaba nada á la cabeza y de improviso sobrevino una lluvia torrencial, hubo de resistir, sin defensa, esta nueva calamidad. Le acompañaba, disfrazado, á su lado el Bienaventurado Leciniana, pidiendo á Dios en su interior que no le privara á él del beneficio de morir por su amor en compañía de su santo hermano. Llegaron todos cerça del Palacio real, y paró la comitiva á la puerta. Nuestro Santo, que estaba debilitado por completo, se sentó y puso en oración, y sin duda pidiendo por aquellos paganos que iban á quitarle la vida. Estando así, uno de los malhechores condenados díjole que era cristiano y quería confesarse con él; y le confesó y absolvió de sus crímenes. De este modo hasta el último instante ejerció el santo ministerio, que era el fin por el cual había abandonado su patria y pene-

trado en aquellas regiones, donde los hombres yacen en las tinieblas y sombras de muerte de la idolatría (1). Entonces también, y formando contraste con el cristiano absuelto y vuelto á la amistad del Señor, un eunuco de la servidumbre de Palacio, para burlarse y atormentar al santo Mártir, repitió el satánico entretenimiento de hacer una cruz con palitos y arrojarla con descaro á los pies de los santos misioneros que, recogiéndola, la adoraron con efusión de sus almas. Esta amargura fué bien pronto compensada con un gozo inenarrable. En efecto, apenas el Bienaventurado Leciniana acabó de besar y adorar la cruz, se le acercó un ministro de justicia y le dijo que el Rey le mandaba también degollar juntamente con el Cu-Té (P. Francisco). ¡Imposible comprender el alborozo que esta notificación produjo en los corazones de los dos siervos de Dios, víctimas de su celo apostólico! Ya en la seguridad de que iban á sufrir juntos el martirio, muriendo en la tierra para triunfar juntos, viviendo eter-

(1) Luc., I, 79.

namente en la gloria, los dos se consolaban, se felicitaban y se disponían para tan fausto momento. Una muchedumbre inmensa, cuyas tres partes lo menos eran cristianos, lloraba y gemía inconsolable, al ver el infame suplicio que se iba á dar á aquellos dos hombres que eran sus maestros, que no tenían otro delito que el haber pasado una vida de penas y sacrificios por el bien del pueblo annamita.

Después de mediodía, el cortejo doloroso continuó hasta el lugar de la ejecución, que se decía ó era la explanada de Quan-Bac-Doü-Mo. Al llegar aquí, los siervos de Dios besaron la tierra. Aún en este sitio, aquellos ministros de iniquidad no dejaban de importunar á los Mártires con necios interrogatorios, en tanto grado, que uno de los soldados, bastante irritado, le dijo: «¿Qué andáis mortificando á los Padres con preguntas? Dejadlos quietos.» Nuestro Bienaventurado estaba rendido de tantos sufrimientos y tantas emociones; así que luego se sentó, como en la parada frente al Palacio, y, con el cuerpo inclinado hacia una cruz de caña que sostenían sus manos, se mantu-

vo en oración fervorosa. Los infieles y en especial los de la servidumbre del Rey, no cejaban en su burla de las crucecitas. Como los judíos al Redentor en el Calvario, así estos idólatras, en Quan-Bac-Dóu-Mo, hacían apurar á nuestros Santos hasta las heces, el cáliz de todas las amarguras.

La hora era llegada y se pregonó aquella justicia injusta que mandaba hacer el Rey de Tunkín, el tirano Cuònh-Huóng. Nuestro Bienaventurado se arrodilla á los pies del santo Leciniana; reconcíliase y recibe por última vez la absolución sacramental; después la da á su Venerable compañero. Ambos están prontos para ser inmolados, y mandan que á los verdugos que han de ejecutar la sentencia, se les entregue una sarta de chapecas á cada uno. En aquel instante, en medio de aquel silencio que reina misteriosamente, como si los miles de personas que allí había suspendieran hasta la respiración, para no distraer de su oración á los confesores de Cristo, un guardia real, luciendo el uniforme de su empleo, se adelanta, con majestad hacia el santo Gil de Fede-

rich, y arrasados de lágrimas los ojos, en alta voz para que todos oigan, le dice: «Cu-Té, yo te venero y tengo grande pena de haber hecho y hacer contigo lo que me manda el juez; pero ya ves que no puedo hacer otra cosa. Te suplico que te sientes bien, y el cuerpo recto para que te pueda atar convenientemente.» Con palabras y gestos mostró al soldado lo satisfecho y agradecido que estaba á su buen corazón, y sentóse en donde le indicó el soldado, quien le ató con grandes muestras de reverencia á un poste de madera llamada allí *caoe*.

Ya eran, pues, inútiles los grillos, las esposas y demás cuerdas con que tenía amarrados y martirizados sus miembros, así que el juez ordenó que se le quitara todo aquello de encima. Hízose esta operación con harto dolor del siervo de Dios, pues en ella le desollaron las piernas y los pies en forma que la sangre brotaba abundante de las heridas. Los cristianos que lo contemplaban ya como á Mártir glorioso, arrojáronse al redondel en ademán atropellado, recogiendo unos los grillos, otros las sogas, otros aquella

sangre, en la que empapaban pañuelos, para venerarlo todo, como preciosas reliquias de aquel Maestro suyo que, á ejemplo del Salvador, se había manifestado hasta aquella hora poderoso en obras y palabras (1).

Dióse la señal de la ejecución y aparecieron los verdugos; primero cortaron á los dos Venerables el cabello de la parte posterior del cuello y cabeza; mandó nuestro Santo á los cristianos que rezaran el Credo en alta voz, y, siendo ya como las cuatro de la tarde de este día glorioso, 22 de Enero de 1745, que aquel año cayó en viernes (2), de un solo golpe á cada uno, segaron las cabezas á los siervos de Dios, cuyas almas, purificadas con la sangre del Cordero, volaron al cielo para recibir el premio y la corona de su victoria contra el mundo, demonio y carne que renunciaron en el bautismo y tuvieron siempre debajo de los pies hasta este momento. En el cielo fueron recibidas con alegría y júbilo de los bienaventura-

(1) Luc., XXIV, 19.
(2) Otra circunstancia más. En viernes murió también el Salvador.

dos; pero en la tierra las despidieron los fieles con imponderable amargura y tristeza del corazón, bien expresadas en estas exclamaciones que, inconsolables, lanzaron al espacio: «¡Ay Padres de nuestras almas! ¡Ay Padres amantísimos!»

Una cosa bien extraordinaria y digna de consignarse ocurrió en estos momentos. La vamos á referir para gloria de Dios y sus santos Mártires, trasladando las mismas palabras que emplea el Venerable P. Salazar, uno de los primeros cronistas contemporáneos de este gran suceso del martirio de estos santos Misioneros. «Es costumbre, dice, asentada en aquel reino, luego que se ejecuta el golpe de los ajusticiados, huir inmediatamente cuantos presentes se hallan. Verdugos, soldados, guardias y *Mandarines*, todos á porfía echan á correr y huir de los recién ajusticiados, temiendo recibir algún daño de los espíritus que salen de sus cadáveres; ó porque, creyendo la pitagórica transmigración de las almas, temen no se les entren en sus cuerpos, porque nadie quiere tener consigo el alma de un malhechor condenado á muerte. En la muer-

Verdadero retrato del Bienaventurado. Es de una estampa del siglo XVIII, hecha á los pocos años de haber ocurrido el Martirio.

te de estos Padres no sucedió así; sino que todos permanecieron sin menearse y sin muestras de terror alguno, mirando los cadáveres con grande atención, señalándose en esto los cristianos que, sin temor de los soldados ó Mandarines, entraron en tropel, con grande confusión, á sacar cada cual la reliquia que pudiese, y el que no podía haber algo á las manos, se contentaba con mojar en la sangre algún pañuelo ó papel ú otra cosa. Espectáculo que admiraban los gentiles; mas no por eso les hicieron vejación alguna» (1).

Los sacerdotes católicos que había entonces en la Corte, los catequistas, cristianos y catecúmenos, todos en inteligencia entre sí, habían tomado sus medidas para que no les robaran los preciosos despojos que de los Venerables siervos de Dios quedaban en la tierra. Para esto, los que fueron domésticos de los santos Misioneros apalabraron y dieron grandes sumas á los guardias, á fin de que defendieran los cuerpos de los Mártires,

(1) Pág. 41.

como también sus vestidos, sin permitir que nadie los destrozara ni llevara nada de ellos (1). Respecto de los paganos, pudieron los guardias cumplir á perfección su cometido, pero no respecto de los cristianos, que, atropellándose, querían llevarse cuanto de aquellos santos restos les viniera á mano. Un cristiano echó á correr, llevándose escondida, y con gran reverencia, la cabeza del Venerable Leciniana; la del Venerable Gil de Federich, que al serle cortada cayó en su regazo, pasó inadvertida ó nadie se atrevió á sacarla de allí. Pero un viejo hechicero gentil, que se había introducido entre los cristianos, tuvo el atrevimiento de robar aquel tesoro, que él pensaría sin duda explotar en sus supercherías. Fué visto por un cristiano, y como el hechicero corrió para ocultar su robo, alcanzado, no tuvo más remedio que entregar á los fieles la santa cabeza, la cual, con la del Venerable Leciniana, fué llevada, sin pérdida de tiempo y

(1) El jefe militar que mandaba la fuerza del lugar del martirio y que defendió los cuerpos de los mártires, se llamaba Tius-Hién.

con gran veneración, á la morada del sacerdote annamita D. Pedro Javier, quien se hizo cargo de tan riquísimas joyas. Así terminó este día memorable para las cristiandades de Tunkín y para la sagrada Orden de Predicadores, que se considera siempre afortunada, al recordar que, en esta fecha, subieron á la gloria sus dos protomártires de aquel reino asiático, españoles esforzados, como el ínclito mártir San Vicente, cuya fiesta celebra este día la Iglesia nuestra Madre.

CAPÍTULO XV

HONRAS Á LOS CUERPOS DE NUESTROS BIENAVENTURADOS Y SUS INHUMACIONES

No se descuidaron los fieles servidores y familiares de nuestros santos Mártires en cumplir la misión que se les había encomendado por el Vicario Apostólico y Vicario Provincial de las misiones dominicanas de Tunkín. Con gran diligencia dispusieron una embarcación, á la que llevaron devotamente los cuerpos de los Bienaventurados, y recogiendo de oficio las santas cabezas de manos del presbítero Sr. Javier, las trajeron asimismo á la embarcación; y al día siguiente del martirio, muy alegres, como si llevaran tesoros inmensos, acompañados de

muchos cristianos, nobles de Ha-Noi y sus alrededores, partieron, dirigiendo la proa hacia Luc-Thuy-ha, donde les esperaban muchísimos fieles y los Padres dominicos, Fr. Luis Espinosa y Fr. Pío de Santa Cruz. Pero el mismo amor y fervor con que todos los cristianos miraban aquellos despojos santos, ocasionaron, sin que nadie lo previera, un serio disgusto entre aquellos neófitos, el cual se convirtió al fin en santo lazo de unión de corazones.

Fué el caso lo siguiente. No bien llegaron al territorio de Luc-Thuy los catequistas Dien y Loan, encargados de hacer la entrega de los venerandos restos, todos los fieles de los pueblecitos y lugares de aquel distrito, y en especial los de Ke-Bui, Tru-Linh y Tru-Le, se armaron con palos y disputaban entre sí sobre qué lugar de éstos tenía derecho á quedarse con los cuerpos y cabezas de los santos Mártires. Se acaloraban en la disputa y hasta por la fuerza se quería conquitar la posesión de tan ricas alhajas, y sólo por especial favor del cielo, no hubo que lamentar un solo atentado ni que apelar

á la fuerza pública. En efecto, por casualidad, presentóse el P. Luis Espinosa, cuando más acalorados estaban y esto les contuvo. Este misionero administraba en Tru-Linh y hacía las veces de Superior eclesiástico, en aquel distrito, en las ausencias del Venerable P. Fr. Pedro Mártir Ponsgrau. Imponiendo, pues, silencio á la muchedumbre que andaba alborotada y gritando, alegando cada cual su derecho, callaron todos, y, como movidos por un impulso superior, muy sumisos pusieron sus respectivas pretensiones en manos del P. Espinosa, comprometiéndose á acatar lo que él ordenara. Entonces les dijo: «Mirad: los dos Venerables Padres fueron hechos presos en Luc-Thuy-ha; es, pues, también muy justo que allí reposen los dos. Así que ruego y mando que se lleven á Luc-Thuy-ha los cuerpos y las cabezas de los Venerables y allí queden sepultados hasta que, viniendo el P. Vicario Provincial, determine, si le parece, otra cosa.» Todos acataron el laudo, y muy alegres y amigos, acompañaron hasta Luc-Thuy-ha los santos despojos.

El día 26, después de satisfecha ya la devoción de los cristianos, que en interminable romería fueron á honrar aquellos restos venerables, y, habiéndose celebrado solemnes exequias en que oficiaron los dichos misioneros Espinosa y de Cruz, les dieron sepultura en la misma casa en que ambos mártires cayeron presos. Por más que todos los cristianos se consolaron con tener allí los mortales despojos de sus excelentes y virtuosos maestros, todos pensaban unánimes que debían ser depositados en más decente lugar, sobre todo teniendo en cuenta que los santos Mártires comenzaban á ser glorificados por Dios Nuestro Señor en la tierra, pues á su invocación Dios obraba muchas maravillas; y era probado además que, á partir del día 22, Tunkín parecía recibir del cielo los tesoros de la divina clemencia, como si Dios Nuestro Señor quisiera dar á entender que ya por entonces se aplacaba su ira, con el sacrificio purísimo de aquellas víctimas de su amor.

La noticia del martirio de los dos santos misioneros cundió rápidamente por

todo el reino de Tunkín, y en breve por el mundo entero. Y si esto fué prodigio, dadas las dificultades de comunicación de entonces, lo es más ver cómo por diferentes caminos y sin darse cita acudieron prontamente á Luc-Thuy-ha los misioneros y catequistas dominicos, los misioneros de la Congregación de Padres franceses y un buen número de fieles de la nobleza annamita y de la clase llana. Todos querían venerar aquellos santos cuerpos; mas como ya muchos los encontraron inhumados, su dolor fué muy grande. Entre los que más lloraron por este motivo se encontraba el P. Vicario Provincial, Ponsgrau, que fué compañero del Santo Gil de Federich en el convento de Barcelona y de ambos mártires en su viaje de España á Filipinas. Después del tercer día del entierro, llegó también á Luc-Thuy-ha y con el mismo piadoso motivo que los demás, el Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. D. Fr. Hilario de Jesús, agustino descalzo, Obispo Coricense y Vicario Apostólico de aquella región, y con él su Provicario, P. Lorenzo María, y otros muchos personajes del reino.

Cuando los cristianos de Luc-Thuy-ha se dieron cuenta de que allí se encontraban las autoridades supremas de la Misión, designaron una comisión, compuesta de los principales de los pueblos, para que pidieran, en nombre de todos los cristianos, que se dignaran autorizar y mandar la exhumación de los cuerpos de los santos Mártires, para consuelo de todos y para que se les depositara en mejor y más digna sepultura, la cual debía ser la iglesia misma de aquel pueblo. Tanto los Vicario y Provicario Apostólicos como el Vicario Provincial, aceptaron esta súplica, elogiándola mucho; y en su consecuencia, por mandato expreso del Vicario Apostólico, y con las formalidades canónicas del caso, fueron exhumados los santos restos, el día 29 de Enero, es decir, á los siete días del martirio. Y sin embargo, al abrirse la sepultura, no sólo no se percibió hedor alguno ni señal de descomposición, sino antes bien una fragancia sobrenatural, que muchos advirtieron igualmente en la sangre de los mártires en que se habían empapado muchos pañuelos. Por esto, y prin-

cipalmente habida consideración á la causa por la cual sufrieron la muerte, el Illmo. Sr. Vicario Apostólico, su Provicario, el Vicario Provincial, los Padres misioneros, los catequistas y multitud de fieles que allí estaban, se arrodillaron y con toda reverencia besaron los pies de los que fueron invictos mártires de Cristo.

Colocados ambos cadáveres, cada uno en su respectivo féretro, se organizó una grandiosa procesión de triunfo, á la que asistieron con velas en las manos casi todos los presentes, y con gran pompa fueron llevados desde la casa donde estaban á la iglesia, en donde quedaron expuestos á la piadosa veneración del pueblo. Después se les hicieron solemnísimos funerales, en los que ofició de pontifical el Illmo. Sr. Vicario Apostólico. Terminados éstos, se cerraron los ataúdes, signándolos y sellándolos según previenen los Sagrados Cánones, y fueron depositados en la iglesia de Luc-Thuy-ha, junto á la capilla de Nuestra Señora del Rosario. Habiéndose cantado el *Tedéum*, se dió el acto por terminado; y sin perder un instante ordenó el Ilus

trísimo Vicario Apostólico que se abriera en forma el Proceso ordinario para la Beatificación y Canonización de los Venerables Confesores de Cristo.

En dicho lugar han reposado estos santos despojos, siempre guardados con grande celo y amor por los PP. misioneros y los cristianos de aquellas regiones, con la esperanza en todos de que algún día serían exhumados para la glorificación de estos venerables Mártires entre los hombres. Y ciertamente ese día llegó: *Primero,* el año 1769, cuando hubo de formar el Proceso Apostólico el Illmo. y Rvdmo. D. Fr. Santiago Hernández, Obispo de Hyerocesaréa y Vicario Apostólico de Tunkín Oriental; *segundo,* el 16 de Agosto de 1780, en que ambos féretros se trasladaron, con las solemnidades de derecho, al interior de la iglesia que se había renovado y agrandado, colocándolos «á la profundidad de cinco codos junto al único altar, entre el primero y segundo arco de la parte superior de dicha iglesia que mira al Oriente» (1);

(1) P. Hilario Ocio, pág. XXVII.

y *tercero,* ahora, en nuestros días, cuando ya llegó el tiempo de venerar en los altares á estos dos Mártires dominicos. En efecto, á mediados de 1903, se recibieron en Tunkín unas letras remisoriales que Su Santidad el Papa León XIII, por medio de la Congregación de Sagrados Ritos, enviaba al Illmo. Sr. Fernández, Vicario Apostólico de Tunkín Central; en las cuales el Padre Santo le mandaba y autorizaba el reconocimiento canónico de las reliquias ó restos de los Venerables Gil de Federich y Alonso Leciniana. En Noviembre siguiente, el dicho señor Vicario Apostólico formalizó el expediente canónico, nombrando Vicepostulador para el caso al celoso dominico, R. P. Fr. Cristino Tetilla; Actuario y Notario, al profesor de Moral, R. P. fray Juan Serra, y testigos á los señores don Pedro Kiem, Presbítero, y D. Pedro Liem, Clérigo minorista. Tomadas las demás disposiciones de derecho, procedió el Illmo. Fernández á exhumar los santos restos.

Como es interesantísimo este hecho, vamos á dejar que nos lo refiera íntegro

el citado misionero apostólico, P. Tetilla, que representa en él, no sólo á la Orden de Santo Domingo, sino también á todo el Tunkín y á la Iglesia entera; y es el único con derecho ordinario para llevar á Roma las reliquias revisadas, en su calidad de Vicepostulador. Esta relación la firma dicho Padre en Bui-Chu, en 3 de Junio de 1904, y la tomamos del *Correo Sino Annamita,* volumen XXXIII, páginas 374 á 380. Dice, pues:

«A la hora señalada nos embarcamos el 12 de Noviembre de 1903 todos con su Señoría (el Illmo. Vicario Apostólico), en nuestro modesto *Yach* y dirigimos la proa al pueblo de Lién-Tuny, que es el mismo de Luc-Thuy-ha, como se llamaba antes... Como no hay más que pasar un pequeño río, pronto llegamos allá. Una vez llegados á la residencia del Padre annamita, D. Pedro Trâo, que está al frente de dicho partido, se procedió inmediatamente á la lectura del documento autoritativo para proceder á dicho reconocimiento, como también se leyó el que el Rvdmo. Postulador de la causa en Roma nos enviara del acta que se había

hecho, cuando el Illmo. Sr. Hernández hizo el Proceso Apostólico en el año 1769. En dicho documento se designaba claramente el lugar y el modo cómo estaban enterrados aquellos restos venerandos. Terminada la lectura de dichos documentos, pasa su Illma. á nombrar los agentes ú operarios que tienen que intervenir para abrir la fosa, prestando juramento, con la mano puesta sobre el sagrado Evangelio, de hacer bien su oficio, conminando á todos los presentes, bajo pena de excomunión mayor reservada al Papa, de no extraer nada de dichas reliquias, como tampoco de no introducir nada en ellas. Esta pena se conminaba después siempre que se tocaban las reliquias, según está mandado. Terminados todos los precedentes, pasamos todos los designados con su Señoría al lugar de la fosa, y una vez allí, prohibe su Señoría el acceso de todos los curiosos, y por cierto que no eran pocos, excepción hecha de don Pedro Tráo y de algunos notables.

»En el acta que se levantara, al hacerse el Proceso Apostólico, se dice que dichas reliquias están en el centro del

presbiterio, y ahora los ancianos del pueblo señalan otro lugar. ¿En qué consistirá esto? Pues muy sencillo: la pequeña iglesia de entonces se ha tenido que rehacer de nuevo dos ó tres veces, y no ha sido posible el lograr que la fosa viniese á caer en el centro señalado.

»A las ocho y media de la mañana los veinte oficiales ú operarios nombrados al efecto comienzan á excavar la fosa, renovándose unos en pos de otros en tan pesada faena. Después de tres horas de trabajo se encontraron en la forma siguiente: á una profundidad de dos metros y medio, contando desde el pavimento de la iglesia, se halló una gran caja cuadrilonga de dos metros y algunos centímetros de larga por uno y 0'30 m. de ancha; dentro de esta caja, al levantar la tapadera, se ven dos cajas ó ataúdes encarnados, nadando en agua, con dos letreros grandes en caracteres latinos, dorados é incrustados y formados encima. En uno se lee: «Cu-Té». Este era el nombre annamita del Venerable Federich; Té significa *sacrificio*. En el otro se leía: «Cu-Dáu», ó sea, el nombre annamita del Venerable

Leciniana, que significa *subsistir*, y además *toda clase de leguminosas*. Estas dos cajas, barnizadas de encarnado con franjas doradas, son de madera incorruptible que se conserva mucho tiempo debajo del agua, y las hicieron al formar el Proceso Apostólico, ó sea, hace 134 años. El barniz dentro del agua parecía como si estuviera reciente, á pesar de haber transcurrido tantos años; mas después de extraídas afuera las cajas, fué perdiendo ese brillo poco á poco y adquiriendo un color algo obscuro...

»Dichas cajas tienen de largo 1'49 y 0'47 m. de anchura, y el espesor de las maderas es de 0'07 m. Estos annamitas tienen la costumbre de enterrar á sus muertos dentro de grandes y pesados ataúdes; su forma es cuadrilonga, concordando la altura con la anchura; cuanto más noble es el difunto, tanto más se esmeran en buscar la especie de madera más apreciada, y después de bien pulida le dan de barniz, encarnado ó negro, según el gusto. Por lo cual se ve que nuestros venerables predecesores no se pararon en barras en buscar la madera

más estimada para dar sepultura á estos dos nobles é hidalgos hijos de España y paladines de nuestra santa Religión, que sellaron con su sangre y murieron en defensa de ella...

»Al sacar las cajas afuera, se vió claramente que también estaban llenas de agua; los sellos de lacre estaban intactos y ambas cajas en tan buen estado, que pueden servir aún para cualquier uso. Creo haber oído á su Señoría que hará un altar privado de ellas.

»A duras penas los trabajadores ú operarios pudieron transportarlas á la Casa-misión; pues el señor Vicario Apostólico dispuso se trasladaran intactas y sin abrir, con el fin de evitar cualquier imprudencia de estos tunkinos. Depositadas en casa las dos cajas, los cristianos del pueblo, como si se hubieran dado cita, acudieron presurosos con cacharros y botellas para llevarse el agua de la fosa, y todos los que podían llenar sus vasijas de dicha agua se tenían por muy contentos y felices. Este acto tan sublime nos conmovió á todos, porque manifiesta la fe que estos buenos cristianos

tienen en la intercesión de los santos Mártires.

»Como esto de tomar el agua no hacía nada para el caso de la prohibición canónica, su Señoría permitió este desahogo filial de amor y veneración á los Venerables Mártires, sirviéndoles esta agua de antídoto contra todas sus enfermedades. Como ya eran las doce bien dadas, descansamos unos momentos.

»Después de la comida y de reposar poco más de media hora, empezamos de lleno nuestro oficio.

»Abrimos con respeto las dos cajas, una después de otra, y ambas estaban llenas de agua, y tan cristalina, que se veían claramente las venerandas reliquias en el fondo. Para evitar que ninguna partícula se deteriorase, fuimos extrayendo, con gran tiento, el agua, y colándola para más seguridad. Esta agua se iba depositando en varias vasijas de barro, y los cristianos que no pudieron hacerse con un poco de agua de la fosa, así que se apercibieron y se corrió la voz, diéronse prisa para hacerse con un poco de ésta, enviando á sus hijos va-

rones, pues sabido es que en nuestras casas hay perfecta clausura. Toda la osamenta de ambos Venerables, incluso los huesecillos más diminutos de las falanges de los dedos, estaban muy bien conservados, y esto después de 158 años que hace que sufrieron el martirio.

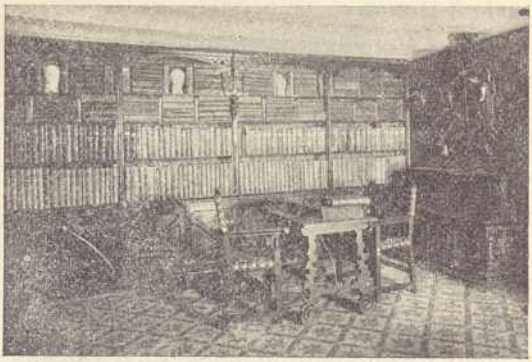
»Antes de depositar y colocar las sagradas reliquias en las urnas que su Señoría había mandado hacer con anticipación, tuvimos que secarlas al sol y aún así no bastó; y para abreviar, hubo que encender fuego en una habitación; así que nos llevó dos días esta tarea. Después de bien secadas y oreadas, su Señoría dejó aparte las reliquias que pensaba repartir. Estas fueron las siguientes: Las dos clavículas, los dos húmeros, los dos cúbitos, los dos radios y casi todos los huesos del metacarpo y metatarso; de ambos Venerables lo mismo.

»Estas reliquias, después de besarlas con respeto, las depositamos en dos cajitas pequeñas de madera *bang-tám,* barnizadas de encarnado y cada una con su letrero respectivo.

»Todas las reliquias restantes las co-

locamos en dos urnas, preparadas al efecto, y después de bien atornilladas, su Señoría puso los sellos encima de la cabeza de los cuatro tornillos.

»Terminada la operación de lacrar y



Biblioteca de la Torre de Gil donde se conservan muchas reliquias del santo Mártir.

cerrar las urnas, se organizó la procesión con el personal de la misión, ó mejor dicho, con los seminaristas que vinieron de Bui *ad hoc*, y, vestidos ellos con sotana y sobrepelliz, las sacamos procesionalmente á la iglesia, rezando á voz semitonada los Salmos del Común de Márti-

res, de vísperas, y llegados á la iglesia, las colocamos en un mausoleo construído al efecto en la iglesia, al lado del Evangelio. El P. Notario no perdía ripio, como suele decirse, y de todo iba tomando nota para después levantar acta y mandarla á Roma.»

Tales son las investigaciones que de los venerables restos de nuestro Santo Gil de Federich y su compañero, Bienaventurado Leciniana se han hecho hasta el presente. Quiera Dios Nuestro Señor que al comenzar su veneración pública entre los fieles consigamos todas las gracias que Él derrama sobre el mundo, por la intercesión de sus escogidos, que desde el cielo miran complacidos á los que veneramos las reliquias que nos dejaron en la tierra, para despertar en nuestras almas el deseo de imitarlos y la confianza en invocarlos en todas nuestras necesidades.

CAPÍTULO XVI

DE LAS PRINCIPALES VIRTUDES EN QUE SOBRESALIÓ NUESTRO BIENAVENTURADO

Las virtudes en un santo son los más recomendables adornos con que se presenta delante de Dios y de los hombres. La misma santidad no viene á ser en último término otra cosa que el resultado del conjunto de las virtudes, pues éstas hacen que el alma se aplique ó dedique á Dios limpia de pecado y de un modo fijo y permanente (1). Por otra parte, Dios Nuestro Señor se honra tanto en las almas justas, que las estima más que á todo el universo, porque también ellas le

(1) Santo Tomás, 2-2.ª, Quæst., 81 a. 8.

prefieren á todo, consagrándose á Su Divina Majestad enteramente, y así el Señor de un modo especial se llama Dios de los justos. Y aunque un mártir, por esto mismo, como dice San Agustín (1), ya tiene todas las virtudes, pues el martirio equivale al bautismo y de un infiel hace un santo; sin embargo, para gloria de Dios y honor de nuestro Bienaventurado y edificación nuestra, y en conformidad con la actual disciplina de la Iglesia que, para beatificar á un mártir exige que se discutan también las virtudes de que estuvo adornado, procuraremos presentar un breve resumen de las principales en que resplandeció este religiosísimo hijo de nuestro Padre Santo Domingo, y, como ya hemos visto en lo que llevamos referido de su vida, podemos asegurar desde luego que se ejercitó en todas.

Todas las virtudes se reducen, en último término, á las tres llamadas teologales, fe, esperanza y caridad; y á las cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Veamos, pues, cómo tuvo

(1) *De Civitate Dei*, lib. XIII, c. VII.

estas virtudes el siervo de Dios y los admirables ejemplos que de ellas nos dejó durante su vida, toda consagrada á implantar y regar en los corazones de los hombres estas hermosas plantas, cuyo fruto es la vida eterna (1).

a) Virtud de la fe.—Es esta virtud (2) el fundamento de toda evangélica perfección espiritual del hombre. Para ver si fué grande la fe de nuestro Bienaventurado, basta que tengamos en cuenta la sinceridad y decisión con que dejó por Dios todos los regalos de la vida: la patria, sus padres, sus hermanos y todos los bienes de la tierra. Durante su vida apostólica sufrió por la fe innumerables trabajos; para difundirla, no le arredraron peligros, no dudó entregar su misma vida. Y es de admirar la diligencia, la solicitud con que acudía siempre que se trataba de predicar la fe y defenderla en aquellos reinos idólatras. Ni largos ca-

(1) Tenemos satisfacción grande en ver que coincidimos con el Emmo. Pierotti en resumir las virtudes de nuestro Santo en las siete dichas, teologales y cardinales. De él tomamos también parte de la materia doctrinal de este capítulo.

(2) Schec. *De not et sig., SS.* Dist. 3, cap. 10.

minos ni la obscuridad de la noche ni el sol ni la lluvia le retraían de propagar y conservar incólume esta virtud, sin la cual, como dice San Pablo (1), es imposible hacer nada grato á Dios, como autor de nuestra vida sobrenatural. Aún en los tiempos en que estaba enfermo no reparaba en fatigas, á trueque de fortalecer en la fe á sus neófitos. ¿Y quién duda de que es propio de corazones llenos de fe pensar siempre y siempre acompañar con dolor al Salvador del mundo en los misterios de su pasión y muerte? Pues en este ejercicio estuvo de continuo ocupado nuestro Santo. Una prueba de esto nos da lo que refiere el dominico annamita, P. Tomás Huyen, diciéndonos que le vió varias veces con el rostro lleno de tristeza meditando en la pasión del Señor, y que otras veces suspiraba dolorosamente, profiriendo exclamaciones de amor á Cristo Crucificado. Asimismo fué efecto de su grande fe el esmero con que procuraba que todas las cosas que servían al altar y adorno y esplendor del culto y á

(1) Hebreos, XI, 6.

la casa del Señor fueran bien arregladas y preciosas; porque la iglesia, para el hombre de fe, dice San Juan Crisóstomo, es la casa del Emperador invisible, Rey de Reyes y Señor de los que dominan (1). «Para el Sacrificio de la misa usaba los ornamentos más preciosos y de mayor hermosura. Si consagraba Hostias en la Misa para comulgar los fieles y éstos tardaban en ir, siempre estaba arrodillado delante de ellas hasta su venida. Era frecuentísimo en la oración mental y vocal, pues siempre, de día y de noche, meditaba cuando no estaba ocupado en recibir á los fieles, instruirles y resolverles sus dudas, ó cuando se entretenía en leer algunos libros ó en escribir para instrucción de los cristianos» (2).

b) Virtud de la esperanza.—La mostró en primer lugar, en esto mismo de orar siempre, como nos ordena el Salvador (3), porque el que no espera no ora. Él lo esperaba todo de Dios Nuestro Señor, ante quien ponía por intercesores

(1) Homil. XVIII, in Act. Apostol.
(2) *Don Antonio Gil de Federich*, pág. 33.
(3) Luc. XVIII, 1.

poderosísimos á la Santísima Virgen María y su Castísimo Esposo, el Glorioso Patriarca San José. Rezaba diariamente el santo Rosario que, como dicen los Santos, es el medio más poderoso después de la Misa para alcanzar de Dios todas las cosas. Por otra parte, sin suponer en él esta virtud bien arraigada, no podemos darnos cuenta de tantos trabajos, tanto celo, tanto ánimo como demostró siempre en sus Misiones. Sabía él y esperaba que, un día, Dios Nuestro Señor había de premiarle grandemente en el cielo. Era costumbre suya dejar en manos del Señor, como dice el Salmo (1), todas sus penas, todos sus cuidados y la solución de todas sus dificultades, por adversas que le fueran todas las condiciones, haciendo por su parte lo que podía y sabía para remediarse. La víspera de ser preso por los infieles, decía á sus domésticos: «Mirad, si acaso los enemigos de nuestra Santa Ley vienen á prenderme, procurad huir de ellos y no os preocupéis de mí ni de si me hará falta esto ó lo otro para

(1) Psal. LIV, 23.

mi sustento.» Y en otra ocasión que iba embarcado con algunos cristianos y no tenían nada que comer, les dijo: «No os pongáis tristes por esto. Sabemos que hay Dios y él nos socorrerá.» Y fué así, porque bien pronto el Señor les proporcionó por el ruego de su siervo, comida abundante por caminos que á la humana razón están ocultos. En efecto, sin saber cómo, se presentó en la barca un cristiano que les llevaba arroz y dinero. Nos revela también mucha confianza en Dios aquella intrepidez con que por su amor y por extender el Evangelio, se metía en los más grandes peligros de mar y tierra, no temiendo ser víctima del odio de los paganos que ansiaban matarle ó apresarle. Finalmente, podemos decir que esta virtud le acompañó siempre y más durante los largos años de su prisión, en la cual debió él repetir incesantemente con el Real Profeta: «En ti, Señor, esperé; no seré jamás confundido» (1).

c) Virtud de la caridad.—Dice Santo

(1) Psal. XXX, 2.

Tomás que la caridad es la raíz, la madre y la forma de todas las virtudes, y su objeto doble: la bondad divina y el bien del prójimo (1). La primera manifestación de la caridad, nos dijo Nuestro Señor Jesucristo (2), es guardar los divinos mandamientos. Ya podemos, según esto, suponer cómo tendría el santo Mártir esta virtud desde los primeros años de su vida, habiendo sido educado bajo la más pura disciplina evangélica y tenido unos padres tan piadosos. Un testigo de la Causa de su Beatificación dice que el Santo ponía el mayor empeño en que sus neófitos guardaran escrupulosamente los mandamientos de Dios y de la Iglesia. La caridad, que es amor, no desea más sino estar con Dios unida, y para esto, él, que sabía que Dios es purísimo Espíritu, procuraba vivir, con una conciencia purísima, y de ahí que se confesara cuantas veces podía y celebrara la Misa diariamente. De su encendida caridad procedió el abandonarlo todo por Dios, haciéndose

(1) 1-2.æ Quæst., 62 y 66, a. 6.
(2) Joan., XIV, 15.

religioso; pasar los mares, obediente á la voz de su Amado, que le llamaba para la obra de la propagación del Evangelio. Llegado á Tunkín, su caridad le hizo desear constantemente el martirio, que es, como dice el Ángel de la Ciencia (1), el acto más heroico de esta virtud, porque nadie muestra mayor caridad que el que muere por su amigo (2), y para él, el amigo era Dios Nuestro Señor.

Y si queremos ver cómo amó también al prójimo, que es la prueba cierta del verdadero amor de Dios (3), dejando aparte sus trabajos apostólicos, en los cuales sólo la salvación de sus prójimos le movía á sufrirlos, oigamos lo que nos refieren varios cristianos annamitas que le fueron familiares: «Era muy misericordioso para con los pobres, les daba limosna y á ninguno dejaba de socorrer; nada le dolía cuando se trataba de remediar á los pobres; en los tiempos de guerra, hambres y peste, socorría á cuantos pobres venían á él en la cárcel; y á los

(1) 2-2.ae Q. 124, a. 3.
(2) Joan., XV, 13.
(3) 1.ª, Joan., IV, 20.

presos sus compañeros les proporcionaba medicinas y les daba frecuentemente arroz. Estando en la cárcel preso también el criado del bonzo Thay-Tinh, el cual sujeto sabemos que fué quien en la casa del bonzo se atrevió á juzgar al Venerable; los cristianos traían á éste comida, y el siervo de Dios la partía con aquel desgraciado idólatra. Los guardias le decían muy enfadados que no hiciera tales obsequios á aquel canalla; pero él, corrigiendo este celo indiscreto con una sonrisa de santo, no cejaba en esta obra de acendrada caridad.» Los mismos presos hicieron un completo panegírico de esta caridad del santo Mártir, diciendo en cierta ocasión: «¡Hasta hoy no hemos visto hombre como este! Cuando alguien le trae comida, al instante nos da de ella una porción á cada uno; pasa sin comer dos días por semana; no hemos ya muerto de hambre por estar él con nosotros.» Muchas veces mandaba á las tiendas para que, á cuenta suya, socorrieran á los que iban mendigando, y hasta encargaba, á cuenta suya también, que dieran medicinas á los enfermos pobres y sepultaran

á los que morían en tiempo de cólera. Y aún pagó á los médicos para que asistieran á los pobres. Tomó á su cuidado un niño abandonado por la miseria de sus padres y lo sustentó por mucho tiempo y lo instruyó y, al fin, lo regeneró con el santo bautismo.

Para terminar este relato de su ardentísima caridad, veamos lo que nos refiere su hermano D. Antonio, el cual dice que lo supo por relaciones auténticas de Tunkín: «Como sabían todos la grande caridad del Venerable siervo de Dios, muchísimas madres que, debilitadas por el hambre, no podían ya alimentar á sus hijos, validas de la sombra de la noche, para que no se conociera su abandono, iban y dejaban sus criaturas delante de la cárcel para que sus lágrimas llegasen al corazón del Padre y tomase á su cargo el cuidar de ellos, y así lo hacía. Pues apenas oía sus tiernos llantos, llamaba á la buena vieja (Rosa Gao), los hacía llevar á su presencia, los bautizaba y hacía cuidasen de ellos» (1).

(1) Pág. 35.

Este hecho está declarado bajo juramento en el Proceso ordinario por la misma Rosa Gao, décimo testigo de la Causa.

d) Virtud de la prudencia.—Como resplandeció en las virtudes teologales, así resplandeció en el ejercicio de las cardinales, de las que se originan todas las morales, sociales y políticas. La reina de todas estas virtudes es la prudencia, que, al decir de Santo Tomás (1), hace que el hombre vea de lejos las cosas y provea acerca de ellas, en forma que siempre cumpla con su deber. Por eso la prudencia abraza la regla general y la perfección de las virtudes morales, á las que da modo y forma. Y añade el Santo Doctor, que procede del amor que, para que sea verdadero, debe ser la divina caridad, porque la caridad mueve al hombre cristiano y hace en él todas las cosas ordenadas. De ahí, como muy bien observa el Cardenal Pierotti, apenas si comprendemos cómo pudo nuestro Santo hacer tantos prodigios en su apostolado,

(1) 2-2.ª Quæst., 47.

si no suponemos y damos por sentado que tuvo á perfección esta virtud, moderadora y directora de las demás virtudes morales. en expresión de San Bernardo.

Manifestó tenerla efectivamente, desde muy niño, cuando á los 15 años, despreciando al mundo y sus pompas, eligió el camino de la perfección religiosa, que es segurísimo para conseguir la dicha eterna del hombre. Cuidó siempre, con mucho tino, de apartar de sí y de los cristianos que le estaban encomendados todas las ocasiones de pecado. Procuraba que todo trato con personas de otro sexo fuese honestísimo, velando por que sus familiares se retiraran á casa, á horas convenientes, y que jamás se mezclaran en reuniones donde pudiera naufragar alguna virtud, en especial la castidad. Cuando tenía que dar alguna corrección, seguía el consejo del Salvador, esto es, no lo hacía delante de otros, sino á solas con el culpable; y cuando la falta era pública y se cometía en su presencia, no se enfurecía ni precipitaba su corrección, sino que, bien sereno y con dulzura, firme corregía y castigaba al que había faltado.

En todo, finalmente, en las alegrías como en las tristezas, guardó la mesura y continente inalterable del hombre que es regido por esta preclara virtud de la prudencia.

e) Virtud de la justicia.—Fué en él esta virtud como un escudo que opuso á las muchísimas asechanzas que el demonio le tendía para hacerle caer en el pecado. Sabía que era de justicia dar á Dios lo que es de Dios, y anduvo siempre vigilante sobre el cumplimiento de este deber. Ni las penas ni los desengaños se la pudieron hacer olvidar. Se hizo justicia á sí mismo, dándose sin reservas á Dios Nuestro Señor y su divino servicio, como por votos estaba obligado. En orden al prójimo fué cumplidísimo en esta materia de justicia. Prueba irrefutable de ello es que nadie, absolutamente nadie, se quejó en ninguna forma de que le faltara en lo más mínimo. Convencido de que había ido á Tunkín para bien de aquellos moradores, procuró atender á todos, cristianos é infieles, sin jamás desfallecer un punto. «Era para todos muy afable, muy suave, muy humilde y

misericordioso; de modo que se conciliaba el amor y veneración de todos los que le trataban, y con singularidad de sus domésticos, á quienes, sin cesar, procuraba con sanos consejos y piadosas exhortaciones encender en el amor á la virtud y piedad. Cuando sucedía en su casa haber algún enfermo, entonces se mostraba más misericordiosamente solícito con ellos. Cada día le visitaba, y recreándole suavemente con la divina palabra, mandaba no descuidaran de él los asistentes» (1).

En cierta ocasión tuvo necesidad de salir de la cárcel para administrar á un enfermo. Para esto, dió una buena suma de dinero á los carceleros, que lo dejaron salir á la casa de la buena Rosa Gao para desde allí irse á la del enfermo. Sucedió que los carceleros, cuando ya el Bienaventurado se había ido de su casa, dijeron que ella lo había hecho escapar. Esto ocasionó á la pobre mujer muchas vejaciones y mil atropellos. Vuelto él, y enterándose del caso, y sintiendo que por

(1) *Don Antonio Gil de Federich*, pág. 16.

su causa aquella buena mujer padeciera tan injustamente, dió otra suma de dinero á aquellos malévolos y logró que dejaran en paz á su bienhechora. Esto mismo de redimir vejaciones sufridas por su causa se repetía con frecuencia, sobre todo cuando los guardias apresaban ó encepaban á sus domésticos ó cristianos ó infieles que venían á tratar con él. Entonces los libraba muy amoroso, entregando á los sórdidos carceleros la suma que éstos pedían. Muchas veces sus larguezas, por el sentimiento de justicia que tenía, alcanzaban á los mismos idólatras que se burlaban de él, si vislumbraba que por su causa habían sufrido algo. Pero, ¿á qué insistir demostrando que tuvo en alto grado esta virtud? Su vida toda lo predica, pues en la justicia es donde se revela principalmente el uso de la recta razón (1), y es evidente que en toda su vida siempre hizo él ese uso de la recta razón; pues tal se deduce de lo que sabemos hizo en España, en Filipinas y en Tunkín, y bien lo hemos visto en los capítulos que preceden.

(1) 2-2.ª Quæst., 55 a. 8.

f) Virtud de la fortaleza. — Igualmente podríamos pasar por alto hablar de esta virtud del santo Misionero, puesto que por el mero hecho de su martirio se prueba que la tuvo y en grado heroico, que tal es, dice Santo Tomás, la fortaleza de los mártires. Pero esta virtud lleva en sí otra muy excelente, que por más que mucho se nombra en la conversación humana, son bien pocos los hombres que la tienen con perfección. Es la *paciencia*, parte potencial de la fortaleza, y tan necesaria ó más que ésta en la vida del cristiano. Su objeto principal es conservar el ánimo sereno en medio de las grandes tristezas que apenan al alma, como son enfermedades, desgracias, desengaños. El Padre dominico, Fr. Nicolás Dién, nos dice bien claro, en el Proceso Apostólico, cuáles eran los quilates de la fortaleza y paciencia de nuestro Santo: «Cierto día en que el P. Té fué llevado al tribunal por mandato del magistrado supremo, le vi que iba con mucho ánimo y alegre, por más que caminaba descalzo, con la cabeza descubierta y manando sangre de las heridas causadas por el

roce de las cadenas con que estaba atado. También le vi con ánimo tranquilo cuando allí los infieles se burlaban de él y le tiraban á su paso crucecitas de caña. Además, estando en la cárcel padecía una continua hemorragia disentérica, de la que se quedaba tan debilitado, que un día yo llegué á creer que se moría, por el dolor agudísimo que mostraba sufrir. Sin embargo, aunque tales eran la fatiga y el dolor, siempre le vi con rostro placentero.»

Esta misma alegría se le notó cuando se llenó su cuerpo de llagas, que tanto le mortificaron; pues aunque un médico iba todos los días á curarle, nunca quiso él tomar otra cura que no fuera un simple lavado de las llagas con agua clara y que le aliviaran el camastro sobre que dormía, con echar en él hojas verdes, para que no le dañaran los pinchos de la estera. Cierto día oyó que algunos le compadecían, y díjoles con grande seguridad y serenidad de espíritu: «Dejen de hablar esas cosas que nada valen, pues conviene padecer mucho por Dios.»

Sufrió asimismo, con grandísima paciencia, otra infinidad de enfermedades, como calenturas, fiebres periódicas, síncopes, ataques medio apopléticos y una fluxión catarral que le ponía muchas veces á morir por los violentísimos golpes de tos que le causaba. Y era singular ver que apenas le hacían efecto las medicinas que tomaba: tanto que Rosa Gao le dijo una vez que, puesto que no le curaban, las dejara de tomar y así no se mortificaría con ellas, y al propio tiempo le resultaría mejor para morir presto é irse pronto al cielo. El Santo, con semblante apacible, le contestó: «Mira, si yo tomo las medicinas es para ver de alargar la vida á fin de que pueda llegar al día de mi martirio, que es el único deseo de mi alma; no te aflijas por lo que padezco con enfermedades y medicinas, pues lo padezco muy á gusto por amor de Dios.»

g) Virtud de la templanza.— Esta última de las virtudes cardinales reviste al hombre, dice el Angélico Maestro (1), de honor particular, porque ella princi-

(1) 2-2.ª Q., 141 a. 8, ad. 1.um

palmente modera las pasiones bajas ó del apetito concupiscible. Son partes suyas *sujetivas,* entre otras, las virtudes de la abstinencia, sobriedad y castidad; partes *potenciales,* la mansedumbre, la clemencia y la modestia. Unas como otras y cuantas virtudes de todas éstas se derivan fueron un adorno hermosísimo del alma de nuestro Bienaventurado, que «era, dice su familiar Thú, manso con todos y liberal; y se atraía con su dulzura el ánimo de todos.»

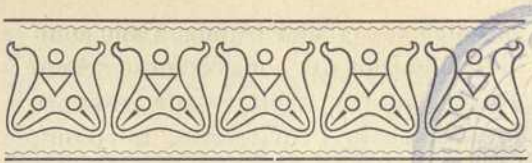
Además de que ayunaba todos los lunes, miércoles, viernes y sábados, de ordinario sólo comía una vez al día, y por la noche solía tomar una pequeñísima colación. Apenas se le vió comer carne ó pescado fino. El médico annamita don Bartolomé Joán, que había sido doméstico de la Casa-misión, confiesa que jamás el siervo de Dios se quejó de si las comidas estaban insípidas ó saladas, frías ó calientes ó mal aderezadas. Y las que estaban muy bien condimentadas, no las quería. Dormía muy poco, aunque estuviera muy fatigado de sus trabajos apostólicos; mas no bastaban á su fervoroso

espíritu las aflicciones de esta vida de abstinencia, mortificaba además de continuo su carne inocente con cilicios y rigurosísimas disciplinas. Pío Ngayén dice que vió una de estas disciplinas que usaba y quedó espantado al verla. Tenía como tres palmos de larga y terminaba con cinco cordelitos de cáñamo retorcido, los cuales tenían por remate cada uno un circulillo de bronce lleno de puntas agudas como de anzuelo. Todo esto y aquel continuo vigilar á sus domésticos, para que no fueran sorprendidos por el demonio de la lascivia, bien nos dan á conocer lo mucho que amó la santa virtud de la pureza y todas las que forman su corte, como la modestia, la seriedad del trato íntimo y la conversación correcta.

Su humildad fué también muy sobresaliente. Jamás se desdeñó de tratar y bajarse á los pobres; no permitió nunca que en su casa se emplearan cosas de mucho lujo ni jamás se le pudo hacer vestir ropas de seda, que en Tunkín no es sólo vestido de ricos, sino también de la mayoría del pueblo en ciertas fiestas. Asimismo «mostró mucha humildad en

la cárcel, pues en ella trataba á sus compañeros (los presos) como si fuese criado de cada uno; su modo de vestir, siempre el más pobre; y ceñido con esta virtud, nunca quiso permitir que le besasen los grillos muchos que por veneración querían practicarlo...» «De este piadoso ejercicio de virtudes, terminaremos con el hermano del siervo de Dios (1), provenía que hasta los mismos infieles estimaban al Venerable Padre y le alababan á porfía como varón lleno de virtudes, y casi á impulsos de este buen nombre, acudían al siervo de Dios para remediar sus aflicciones.» ¡Cuán cierto es que las virtudes nos hacen agradables á Dios, nos adquieren la gloria del cielo y nos facilitan la entrada en los corazones de los hombres para llevarlos á Dios por el camino de la santidad y del verdadero gozo en el Espíritu Santo!

(1) *Don Antonio Gil de Federich*, pág. 37.



BIBLIOTECA PUBLICA TERUEL

CAPÍTULO XVII

APOSTOLADO DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS

Adornado con todas las virtudes, nuestro Bienaventurado es un grande Santo; pero considerándolo revestido del celo de la gloria de Dios, es también un grande apóstol. Desde su entrada en Tunkín, dejando el que ejerció en Oceanía, su apostolado lleva los caracteres más divinos. Sus excursiones apostólicas, sus grandes sufrimientos por propagar la santa fe, eran efecto de su celo por la gloria de Dios; este celo, efecto de su ardiente caridad. Que únicamente así es como los varones virtuosos emprenden esas gloriosas epopeyas en defensa del Nombre del Señor;

y «aquel es verdaderamente celoso de la gloria de Dios que, únicamente atento á procurarla por todos los medios que le suministra la Providencia, no cesa de trabajar ni ve jamás con ojo indiferente lo que se opone á la ley del Señor ó al honor de su adorable Nombre» (1). Todo lo quieren para Dios y el prójimo, nada para el demonio y el mundo, y este es el verdadero celo que se tiene por el amor de Dios, rechazar con todas las fuerzas y energías del corazón todas las cosas que van contra su honor ó contra su divina voluntad (2).

Su resolución de pasar á Tunkín es ya un gran argumento de su espíritu apostólico. Sabía él perfectamente las vejaciones, los peligros y la vida azarosa que tenían y hacían los misioneros de aquel país; conocía lo difícil que era la existencia entre unas gentes idólatras á quienes él trataba de hacer mudar de religión, de costumbres; estaba enterado de las crueles persecuciones de que eran

(1) Touron. Tomo 2.°, lib. 4.°
(2) 1-2.ª, Quæst., 28, a. 4.

objeto los misioneros católicos por parte del Rey y demás autoridades del reino; no ignoraba, en fin, que muchos misioneros habían sido ya presos, desterrados, encarcelados, muertos algunos con varios neófitos, y todo por sentencia del Rey. Sin embargo, todo lo despreció; se internó en Tunkín, y sólo aspiró siempre á convertir muchas almas, á llevar á Dios muchos corazones, á que el nombre sacrosanto del Señor fuera alabado. Por eso al llegar á Tunkín, dejando su nombre propio, toma el annamita *Té*, y se entrega en cuerpo y alma al apostolado.

Éste puede dividirse en dos períodos. El que ejerció antes de ser preso, ó sea desde el día 28 de Agosto de 1735 al día 3 de Agosto de 1737, y desde que fué preso hasta su martirio, ocurrido, como hemos visto, el 22 de Enero de 1745. De este último creemos haber dicho lo bastante en los capítulos IX hasta el XIV. Del primero, por más que ya algo queda referido en el capítulo VIII, sin embargo nos ha parecido añadir aquí algunas noticias más, para que más resalte la hermosa figura de este glorioso mártir de

los tiempos modernos. Y, ciertamente, no es preciso hacer profundos estudios para poner más de relieve á este apóstol; nos bastará trasladar al papel hechos auténticos de este período de su vida santísima.

Administraba continuamente los santos sacramentos del Bautismo y Confesión, sin reparar, cuando para ello tenía que ir lejos de su residencia, si el tiempo era bueno ó malo, si había ó no había peligro de caer en manos de los perseguidores de la fe, si estaba sano ó enfermo. «Tan intrépido se mostraba por la salud de las almas, que á cualquier lugar se confería para socorrer á los fieles, fuesen pocos ó fuesen muchos, y una vez en el ejercicio, no había impedimento que le embarazase su cumplimiento» (1). Generalmente hacía dos excursiones solemnes cada año: una le duraba desde la Cuaresma hasta Junio, y otra de Agosto á Diciembre; y confesaba y administraba en la iglesia hasta que no quedara ningún fiel que confesar ó infiel que bautizar.

(1) *Don Antonio Gil de Federich*, pág. 17.

Por esta causa pasaba en claro muchas noches, y á la mañana celebraba con gran devoción la santa Misa. Puede decirse que sólo estaba tranquilo y algo descansado en su Casa-misión, durante los días de siembra y cosecha, en los que el pueblo andaba ocupado con las faenas del campo.

A cualquier hora que era llamado salía para proporcionar los consuelos de la Religión. Frecuentemente sucedía que por cualquier motivo fútil los cristianos dolientes le llamaban, y sin más dilación mandaba á sus familiares, que solían objetarle dificultades para no salir, se preparasen y no temieran salir con él. Estando en Ke-Mén enfermó gravemente, y sus familiares lo conducían en hamaca á su residencia de Luc-Thuy-ha para que se curara; mas al llegar al camino que se decía Taó, los cristianos del pueblo de Bac-Trach saliéronle al encuentro y le rogaron que se dignara entrar en el lugar para confesar á un enfermo. Los domésticos del Bienaventurado, que temían se les muriera en el camino, le dijeron que no podía ir por estar tan grave; que llamara

á otro Padre Misionero y le mandara ir á Bac-Trach. El santo Mártir no hizo mérito de estas palabras, antes resueltamente dijo á sus domésticos: «Hijos míos, cuando Nuestro Señor Jesucristo iba á expirar en la Cruz, absolvió de sus pecados al buen Ladrón; como yo no estoy ni de muy lejos en el estado en que Jesús se hallaba, debo ir á confesar á ese enfermo.» Y, en efecto, fué y lo confesó, y luego siguió su camino hacia Luc-Thuy-ha fatigoso y casi moribundo.

En otra ocasión sufría una fiebre elevadísima; llovía y hacía un tiempo revuelto y viento huracanado, cuando llegaron, con objeto de llamarle para confesar á un enfermo, algunos cristianos de Trai-Kim, pueblo donde era peligroso entrar por los muchos y malísimos idólatras que allí había. Los familiares del siervo de Dios, sin comunicarle la embajada, dijeron á los que venían por él que el Padre no podía salir de casa y menos para tan lejos, porque estaba muy fatigado y quebrantado con la fiebre, y en tal estado era temeridad meterlo entre

aquellos paganos de Trai-Kim; de consiguiente, que trajeran el enfermo en una hamaca al lugarejo de Ke-Dói, donde por estar más cerca y no haber tan mala gente podría ir el Padre. Los que por llevarse á éste habían venido, contaron al siervo de Dios lo que sus familiares decían, y le ponderaron que no era posible hacer eso, porque el enfermo no estaba para ser movido de su casa por estar debilitadísimo. El Bienaventurado, entonces, sin andar en más palabras ni con estos ni con sus familiares, se puso en camino y, al llegar á Trai-Kim, se encontró al que decían estaba tan enfermo y debilitado, muy campante á la puerta de su casa, esperando la llegada del santo Misionero. Este suceso, no obstante que había sobrados motivos para reprender á los emisarios y al enfermo, no alteró en nada la mansedumbre y caridad del Santo, el cual, muy lleno de celo apostólico, confesó no sólo al llamado enfermo, sino también á muchos cristianos que allí se habían reunido; y, al amanecer, celebró Misa y les administró la sagrada Eucaristía y se volvió á Luc-Thuy en hamaca,

porque la fiebre no le daba fuerzas para andar por sus pies.

Siempre manifestó esta mansedumbre y paciencia del buen Pastor, y principal-

Pobres del Reino de Tunkín

mente cuando salia á administrar en pueblos casi del todo paganos. Entonces esperaba día y noche, ora en tierra, ora en los barquichuelos, á que se presentara ocasión de ver á algún cristiano. Como padre amantísimo y vigilantísimo, solía visitar á los cristianos pobres en sus

mismas chozas; allí los consolaba y confesaba, y con el remedio del alma les llevaba también el del cuerpo, pues les daba muchas limosnas, en especie por lo regular. Era incansable predicando, catequizando, escribiendo: siempre se le veía ocupado en bien del santo ministerio. Cuando los trabajos de la misión le dejaban un rato libre, lo empleaba en orar incesantemente, bien persuadido de que la oración es la fuente de los divinos auxilios. Por todo esto era tenido de todos en sumo aprecio; veían en él la imagen perfecta de un apóstol. De esta vida admirable de virtud, celo y fervor sacó él la fuerza prodigiosa de su ministerio que, bendiciéndolo el Señor, pudo conquistar tantos miles de almas arrancadas á la idolatría y al pecado.

Esto baste para que se comprendan las gloriosas conquistas de su apostolado. Por lo demás, descender al detalle sería tarea no tan fácil de concluir.

Pero bien podemos afirmar, eso sí, que en la Iglesia annamita de aquellos tiempos nuestro Bienaventurado brillaba como astro luminoso en medio de la gen-

tilidad (1); era como estrella de la mañana entre las nieblas de la idolatría, como la luna llena en su carrera, como el sol refulgente que á todas partes lleva la luz de su fe y el ardor de su purísima caridad (2). Y como apóstol dominico, apóstol, por consiguiente, del Rosario, en todas sus predicaciones, en todas las manifestaciones de su apostolado llevó en la mano esta enseña divina que alzó en señal de salvación de todos los pueblos (3). Predicó, con las verdades de la fe, el amor á la Santísima Virgen María, Reina del Santísimo Rosario, exhortando á los fieles al rezo de esta devoción divina; y en su corazón y en su lengua vivía también el nombre dulcísimo de José, glorioso Patriarca y Patrono universal de la Iglesia de Dios, Esposo castísimo de su Madre, Protector omnipotente de los cristianos, Abogado solícito de las naciones paganas que se preparan á recibir la fe de su Hijo Crucificado. San José es además el Patrono de toda la

(1) *Guglielmotti*, cap. V.
(2) Eccli., L, 6.
(3) Isaí., V, 26.

misión dominicana de Tunkín, y nuestro Bienaventurado se llamó José por segundo nombre de su bautismo. La gloria del Nombre de Jesús, el amor á su purísima Madre María y la devoción al benditísimo San José fueron objeto predilecto de sus faenas apostólicas. Sembró la semilla de la divina palabra; regábala con el culto sincero que inspiraba á los fieles hacia la Sagrada Familia, y Dios Nuestro Señor, que en ésta tiene puestas sus complacencias, hacía fructificar aquella semilla de tal modo que, después de nuestro Bienaventurado, los cristianos de Tunkín han sido siempre más constantes y fervorosos defensores de la fe santa, muriendo muchos de ellos por defenderla, viviendo todos en las santas máximas y los saludables ejemplos que les dejó al irse victorioso al cielo, con la aureola del mártir.

CAPÍTULO XVIII

DE ALGUNAS PROFECÍAS Y VARIOS MILAGROS DEL SIERVO DE DIOS

Por más que ni la profecía ni los milagros sean necesarios para reconocer como santos á los mártires, como dicen Berlarmini y el Papa Benedicto XIV, ni estos dones preciosos y sobrenaturales revelan por sí solos santidad, pues la profecía puede tenerla aún el que está en pecado mortal (1), y los milagros verdaderos, que no se hacen sino con divina virtud, los pueden hacer hasta los mismos hombres malos (2), en cuanto á la confirmación de la verdad que se predica; sin

(1) 2-2.ª Quæst. art. 172, a. 2.
(2) 2-2.ª Quæst. 178, art. 2.

embargo, de ley ordinaria son dones de las almas santas, y, en la actual disciplina de la Iglesia nuestra Madre, suponen siempre un grande argumento á favor de los fieles que ella eleva al honor de los altares. Dios Nuestro Señor, que concedió á nuestro Bienaventurado la heroicidad del martirio, le quiso honrar también otorgándole estas gracias, efectos puros de su omnipotencia y misericordia y para bien de la Iglesia siempre, como enseñan los teólogos. Seremos breves y relataremos los casos que, en nuestro concepto, muchas veces confirmado en la apreciación del Emmo. Cardenal Pierotti, Ponente de la Causa de Beatificación, presentan más claro el sello sobrenatural, intentando en todo la gloria de nuestro Santo.

a) Profecía.—La primera revelación de este género creemos ser la que tuvo de que Dios Nuestro Señor le llamaba á las misiones vivas de Tunkín. Lo confirma aquel hecho que referimos sobre el cambio repentino de la voluntad de sus superiores al concederle en Manila que pasara á aquel reino.

Del mismo género de profecía fué la

revelación que tuvo de su captura. Además, poco después de haber anunciado ésta á sus familiares, el 2 de Agosto de 1737, llegaron varios cristianos de Bac-Trach al pueblo de Luc-Thuy-ha, con el intento de oir la Misa que nuestro Venerable había de celebrar al día siguiente. Cuando estos criatianos se presentaron á él para saludarle y le expusieron el motivo de su venida, muy afablemente les dijo: «No sé, hijos míos, si mañana, al amanecer, me podréis oir la Misa.» Y, en efecto, no pudieron, porque al amanecer del dicho día los infieles, que fueron á Luc-Thuy-ha para prender al santo Mártir, prendieron antes, dejándolos maniatados en la embarcación en que habían venido, á los expresados cristianos, á quienes por esto les fué imposible asistir á la Misa que celebró ese día nuestro Bienaventurado.

Una mujer que el santo Misionero había bautizado cayó enferma y al fin fué desahuciada de los médicos, en forma que su marido preparaba ya el ataúd y demás cosas para enterrarla. Al saber él estas disposiciones que tomaba el

marido, llamó al médico que desahució á la enferma y le aseguró que no moriría de aquella dolencia; que le diera, por consiguiente, alguna medicina. El médico, que veía con evidencia lo contrario, se resistía á medicinarla; pero al fin, por complacer al siervo de Dios, y por pura ceremonia, le recetó lo que primero le vino á mano, como quien intenta sólo salir del paso. Pero fué grande su sorpresa, como la del marido y toda la familia, cuando vieron que la enferma, al día siguiente de ocurrir todo esto, quedó perfectamente sana y curada de toda dolencia.

Víspera de ser decapitado, los cristianos de aquel Vicariato Apostólico, que habían ido á despedirse del siervo de Dios, lloraban inconsolables en su presencia; él los animó, con la promesa de que luego que saliera de este mundo y cuando estuviese en el cielo, sería para ellos de más ayuda que estando con ellos en la tierra. Los sucesos confirmaron esta predicción, pues verificado el martirio del Bienaventurado, aquellas cristiandades recibieron un gran incremento en

toda clase de bienes. En la súplica que elevaron al Papa para que le beatificara, los Illmos. Sres. Obispos de aquella región y otras muchas personas de prestigio en Tunkín decían, con referencia á este punto: «Después de su gloriosa muerte, ha crecido el fervor de los cristianos, se ha disminuído el miedo á las persecuciones, hay más fervor en la frecuencia de los Sacramentos: muchos son los infieles que se convierten á nuestra santa fe, y son muy pocas las asechanzas que ponen á la Religión y contra sus misioneros.» Lo mismo confirman los Padres Capitulares de la Congregación Intermedia, celebrada en Manila el 26 de Abril de 1749: «No debemos, dicen, pasar por alto lo que se refiere, con grande aplauso y admiración de todos, á saber: que después de la muerte de los Venerables PP. Fr. Francisco Gil de Federich y Mateo Alonso Liciniana, las cristiandades acuden, con muchísima frecuencia y grande muchedumbre, á recibir el santo sacramento de la Penitencia; los apóstatas vuelven á la fe en número extraordinario, é innumerables infieles piden el

santo Bautismo. Ultimamente se han convertido dos pueblos enteros.»

Al ser preso en Luc-Thuy-ha, no había visto jamás al bonzo Thay-Tinh; sin embargo, el mismo Santo nos dice que apenas lo vió entre aquellos forajidos que le maniataban, le conoció, y convencido de que él era, le mandó soltar al hombre y las mujeres cristianas que tenía atados en el barco.

Estando desconsoladísimo el Bienaventurado Leciniana porque no le cabía á él la suerte de ser decapitado como su santo compañero, nuestro santo Mártir le dijo: «No se aflija, que también vuestra Reverencia será condenado á morir por Nuestro Señor.» Y efectivamente, á las pocas horas el Rey mandó que junto con nuestro Bienaventurado fuese degollado el santo Leciniana.

Como profecía, en fin, debemos estimar aquella seguridad que siempre tuvo de que había de ser degollado por la fe. Todo parecía indicar lo contrario, pues con su vida santísima, su hermoso corazón y su gran talento habíase ganado las voluntades de casi todos los que enten-

dían en su causa y hasta de varios príncipes y deudos de la casa ó dinastía reinante. A pesar de todo, siempre afirmaba, con entera seguridad, de palabra y por escrito, que sería degollado. Y particularmente un mes antes de acontecer su martirio y precisamente cuando todo parecía favorable á su libertad, dijo á uno de los muchos neófitos que por él se interesaban: «No hagáis nada ni deis un céntimo por mi libertad, porque hace tiempo que espero por Cristo mi degüello.»

b) Milagros.—Entre los mayores debe contarse, dice Guglielmotti (1), el que preso y cargado de cadenas y reo de sentencia capital se consagrara tan por entero y por tantos años, todos los que pasaron desde su prisión á su muerte, al santo ministerio. Pero otros más en detalle nos refieren los escritores contemporáneos del Santo, de los cuales entresacamos los que nos han parecido más notables y más edificantes para nuestro aprovechamiento en la virtud.

(1) Cap. V.

Comencemos por este, que viviendo aún en este mundo obró nuestro Venerable Misionero y el cual admiró grandemente á cuantos lo presenciaron. Muchas veces iba embarcado por los ríos para mejor encontrar á los cristianos que tenía que confesar y comulgar, celebrando antes el Santo Sacrificio de la Misa. Los idólatras que habían determinado prenderle, le acechaban para ver cómo podrían por sorpresa apoderarse de su persona. Una vez llegaron á creer haberlo logrado; pero quedaron chasqueados, sin saber ellos cómo. En efecto, iba nuestro Santo en su barquilla una noche, acompañado de sus domésticos, y los idólatras, validos de la obscuridad, pudieron llegar, sin ser sentidos, adonde estaba la embarcación con el santo Confesor. Rodeáronla unos, y otros precipitadamente se entraron en ella, armados; y, muy ufanos de que habían asegurado la presa, comenzaron á buscar al siervo de Dios, yendo con hachas encendidas por todos los rincones de la embarcación. Pero el Señor dispuso que el santo Misionero se hiciera invisible á aquellos

fanáticos, y así, aunque muchas veces pasaron por su lado y por delante de él y algunos tropezaron con él, como tenían los ojos cegados por la divina Providencia, no le vieron ni acabaron de encontrarle, teniendo que abandonar su empresa, bien asombrados de cómo pudo escapárseles, decían, teniéndole tan asegurado dentro del barco. No fué menor la estupefacción de los domésticos y tripulantes de la barquilla, al ver que los idólatras no prendieron al santo Misionero, teniéndole en sus manos.

La hermana de la buena anciana Rosa Gao, que era muy supersticiosa y dada en extremo al culto de los ídolos, como ya dejamos dicho, se burlaba mucho de nuestro Bienaventurado, siempre que éste le hablaba de que debía dejar el paganismo y abrazar la fe católica. Ella repugnaba siempre esto; pero él no dejaba por eso de exhortarla y estaba como seguro de que al fin Dios tocaría en el corazón de aquella idólatra. Y así sucedió. Cayó enferma, y un día que sufría horriblemente con representaciones diabólicas y tétricas, como po-

sesa y esclava que era del demonio, toda asustada llamó al siervo de Dios y le suplicó se dignara rezar algo para que cesara aquel tormento. Él lo hizo así, y al instante el demonio se retiró y dejó libre á aquella infeliz, la cual, con mucho dolor ahora de haber vivido en el paganismo, pidió el santo bautismo, que muy contento le administró el santo Mártir. Recobró la salud; mas al cabo de un mes volvió á caer enferma, y habiéndole administrado la Penitencia y Extremaunción, murió santamente, y «Dios, dice nuestro Bienaventurado, creo le habrá dado su santa gloria.»

Un testigo dice, que el jefe de la guarnición de la cárcel Ngne-Doú, el cual se llamaba Phó-Doi, amaba mucho al siervo de Dios, porque curó á su mujer moribunda, con sólo un brebaje que mandó darle.

Fué también milagroso acontecimiento, dice el Emmo. Pierotti, el hecho de que yendo nuestro Santo al lugar del martirio, el cielo se obscureciera, al extremo de que se asustaron con pánico grandísimo todos los annamitas de Ha-

noi, que por oficio ó por curiosidad ó por compasión asistían ó se hallaban en Quan-Bâc-Dóu-Mo; los cuales, unánimes y como inspirados por el Espíritu Santo, exclamaron diciendo que «la sentencia es injusta, y el cielo comienza á mostrarse enojado porque se decapita á estos inocentes (Beatos Gil de Federich y Leciniana), habiendo libres por el reino tantos criminales.»

Momentos antes de ser degollados nuestro Bienaventurado y su santo compañero, dos hermosas palomas blancas aparecieron revoloteando sobre las cabezas de ambos Confesores de Cristo. Y el milagro aparece más á las claras, teniendo en cuenta que, como ya antes hemos indicado, con ellos estaban allí, para ser ajusticiados por sus crímenes, varios malhechores, y sin embargo, las palomas se mantuvieron siempre suspendidas rectamente sobre la cabeza de cada uno de los siervos de Dios hasta el fin, es decir, hasta que se las segaron.

La decapitación del santo Mártir se llevó á cabo estando él sentado y atado á un madero, en posición enteramente

vertical, de manera que la cuchilla, al separar la cabeza del cuello, debía lanzarla lejos del tronco. Pero no sucedió así. Al golpe de la cuchilla, la cabeza del Mártir cayó suavemente, y como que se deslizó hasta parar y quedar fija en su regazo. Este prodigio, sin duda, como ya dijimos, dió ocasión al hechicero para robarla, mientras la muchedumbre dirigía su vista al suelo, por donde pensaba rodaría, como rodaban las de los otros ajusticiados.

Muchos infieles que asistieron al suplicio de nuestro Santo, al solo contacto de la sangre del Mártir, fueron libertados del espíritu inmundo de que estaban posesos. Muchos cristianos asimismo, aplicándose á las partes doloridas de su cuerpo paños ó papeles empapados ó tocados á la sangre del siervo de Dios, curaron instantáneamente. Después de muerto, sus reliquias han obrado muchos milagros. Dos cristianos padecían de fuerte dolor de cabeza y en el cuello; tan agudo era este dolor, que les producía una fiebre muy alta. Como era tan grande la fama de los Venerables Mártires Gil

de Federich y Alonso Leciniana, buscaron un poco de su sangre y con ella recobraron su salud completa. Otros muchos fieles procuraron hacerse con un poco de esta sangre, que mezclaban en agua, y bebiendo esta mezcla al punto quedaban enteramente curados de sus enfermedades. Esto nos lo refiere en el Proceso Apostólico D.ª Inés Surí.

Hasta las estampas de nuestro Santo que se hicieron luego que fué martirizado, fueron un medio de que Dios Nuestro Señor se valió para demostrar al mundo la gloria de su siervo. Nos refieren algunos autores que á los pocos años del martirio de este gran Misionero, en Tunkín, Filipinas, América, Italia y España su nombre era invocado, y sus estampas veneradas como talismán de devoción y de fe contra las calamidades de alma y cuerpo á que de continuo está expuesta nuestra pobre naturaleza (1).

(1) De la iconografía de nuestro Bienaventurado sólo conocemos dos estampas: una, dibujo del P. Fr. José Azcárate, dominico, y grabado del indio manileño L. Atlas; reproducción suya es la lámina cuyo fotograbado damos en el Capítulo XIV. En ella aparece el Santo vestido de dominico, y tiene el

Eran pasados veintitrés años desde que había subido á la gloria, cuando postrado en el lecho del dolor D. José Bastara, Deán de Barcelona, se le agravó tanto la enfermedad que el médico y toda la familia del enfermo se habían convencido de que la muerte era inminente y segura. Varios familiares y amigos del enfermo suplicaron á Dios Nuestro Señor le devolviera la salud por los méritos del Santo Mártir, y encargaron además á los Padres

cuello atravesado con un cuchillo y en sus brazos un Crucifijo; sale del centro de una rosa que se supone unida al tallo de un hermoso rosal, símbolo sin duda del Santo Rosario. La otra es una representación del juicio y ejecución que sufrió en Tunkín. El Santo está con el hábito sin capa, de rodillas y atadas las manos y con la cabeza inclinada, como para recibir el tajo de la cuchilla que levanta detrás de él un annamita. Este y el que hace de juez ó rey, pues tiene cetro en su mano izquierda y está sentado como en un trono, y los otros verdugos que allí hay son tipos chinos y van vestidos con traje de payaso. Es obra del grabador Francisco Bayo, Barcelona, 1766. El verdadero retrato se reprodujo en Manila en 1770, en una plancha en que están los de los Beatos Leciniana, Sanz, Serrano, Royo, Alcober y Díaz, con el cuartel en que va escrita la dedicatoria que de esta lámina hace la Provincia del Santísimo Rosario al Rey Carlos III. Sobre la efigie de nuestro Beato se lee este verso:

Primus ego Juso penetrans Tunkinia regna,
Ense petitus agrum sanguine poto Dei.

dominicos de aquella ciudad que pidieran este mismo favor recurriendo á él, como su hermano que era é hijo de aquel religiosísimo convento de Santa Catalina. Los Padres dominicos llevaron al enfermo una estampa del Bienaventurado, y, ¡cosa singular!, siempre que esta estampa se ponia delante del enfermo, éste se animaba y recobraba el habla que un ataque le había quitado, y, cuando se retiraba, volvía á agravarse y enmudecer. Y es más digno de ponderación el que, cuando hablaba y le hablaban, la conversación tenía que versar sobre cosas referentes al santo Mártir; si otras cosas decían, volvía á quedar sin habla. Por fin recuperó del todo la salud, y siempre se tuvo por cierto que esta gracia fué debida á la gloriosa intercesión de este Santo. El hecho que acabamos de referir viene atestiguado por los dominicos de Santa Catalina de Barcelona, por los Padres capuchinos de la misma ciudad y el médico de cabecera, Dr. D. Pedro Güell.

D. Felipe Francisco de Hone y Gil de Federich, soldado del Rey, escribió desde Madrid, y con fecha 10 de Enero de 1747,

al Rdo. P. Presentado Fr. Francisco Serrano, dominico, diciéndole que habíale otorgado un favor el Bienaventurado Francisco, á quien llama su tío. Es muy de sentir que no expresara qué favor era éste.

«La señora María Teresa Lleida, hija de Alejandro Lleida y de la señora Ana María Núñez, padecía una terciana de mala especie, pues le entraba con unos dolores terribles; habíanle los médicos aplicado muchos remedios sin poder lograr el menor alivio. Fué una tarde á visitarla una prima, y viéndola muy inquieta, en ocasión que le quería entrar la terciana por los dolores que padecía, le dijo se encomendase de veras al Venerable Gil. Lo hizo así la enferma, tomando en sus manos una reliquia que del Venerable tenía su prima, y desde luego pasaron los dolores, no le entró la calentura y desterró del todo la terciana» (1).

También se vió libre de esta misma enfermedad, en Barcelona, D. José Antonio Talern, abogado de los Reales Consejos, pues habiendo pedido con mucha

(1) *Don Antonio Gil de Federich*, pág. 63.

devoción que le trajeran una reliquia de nuestro Bienaventurado en ocasión en que sufría una fiebre muy molesta, se la trajeron y al instante le desapareció esta dolencia, que no le volvió más.

El annamita Manuel So-Toáu, comerciante, dice en el Proceso Apostólico que tenía un poco de pelo del Bienaventurado, y que un idólatra, llamado Cai-Phién, se lo pidió para que, por intercesión del santo Mártir, consiguiera del cielo la gracia de que un nietecillo suyo pudiera reposar y dormir tranquilo, pues todas las noches se deshacía llorando; y por confesión del mismo idólatra aquella reliquia, decían en el pueblo, tenía virtud divina, pues el idólatra con ella conseguía su objeto de hacer reposar á su nieto.

D.ª Marta Mat, annamita también, declara bajo juramento que tenía en su poder un pañito empapado en la sangre del Venerable siervo de Dios; y que siempre que le venía algún dolor agudo de cabeza, vértigo, cólico, echaba en el agua el pañito, y luego bebía de esta agua y quedaba perfectamente bien.

Terminaremos este capítulo haciendo notar que fué cosa verdaderamente sorprendente que no sólo los cristianos, sino también los mismos idólatras, como el caso de Cai-Phién y otros nos revelan, acudieran al Bienaventurado, implorando su patrocinio; y un hecho bien maravilloso, el que el día que en Luc-Thuy-ha se cantó el *Tedéum*, dando gracias á Dios por la constancia que concedió á sus siervos, acudieran á estas manifestaciones cristianas, así los fieles como un crecido número de infieles, cual si éstos se asociaran á los hijos de la Iglesia, en festejar el triunfo de los santos mártires, Francisco Gil de Federich y Mateo Alonso Leciniana.

BIBLIOTECA PÚBLICA

CAPÍTULO XIX

DE LA BEATIFICACIÓN DE NUESTRO VENERABLE FRANCISCO GIL DE FEDERICH

Como no podía menos de suceder, los ecos del júbilo por el glorioso tránsito de nuestro Bienaventurado y de su santo compañero resonaron por todo el firmamento de la Iglesia católica, porque los mártires son los hijos que más honra esta Madre amantísima, por lo mismo que ellos, como dice el Salvador, son los que de mejor manera muestran la divina caridad, alma de su Esposa santa. Y á par con la Iglesia, se regocijó de modo singular toda la Orden de Predicadores, y muy especialmente su bella porción,

la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas, que los aclama protomártires suyos en Tunkín.

La noticia de este triunfo no llegó á Manila hasta el día 1.° de Mayo de 1746, es decir, después de quince meses de haberse realizado. Y fué tanto el regocijo con que los Padres dominicos, hermanos de los mártires, recibieron nueva tan consoladora, que la anunciaron al pueblo manilano con tres días de repique de campanas en las iglesias de Santo Domingo y San Francisco, pues sabido es que franciscanos y dominicos se comunican sus alegrías como sus penas á fuer de buenos hermanos. Apercibida la ciudad de Legazpi, sus moradores se unieron unánimes á esta explosión del entusiasmo. Por acuerdo de los Cabildos municipal y catedral se organizó, en unión con la Corporación dominicana, una manifestación pública y se celebró una función religiosa solemnísima, pero sin pasar aviso oficioso, á fin de que el concurso fuera enteramente espontáneo, y, ¡cosa admirable!, á estos actos acudieron, no sólo todas las Comunidades de religiosos.

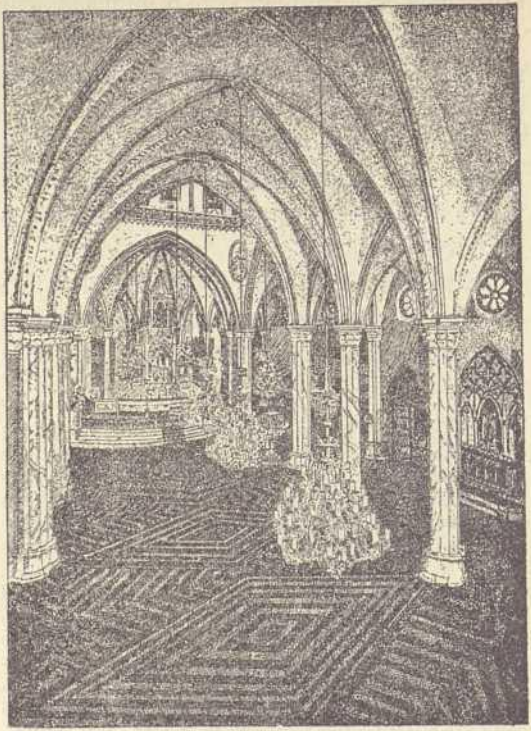
sino también todas las autoridades, militares y administrativas de Manila, los colegios, las cofradías, asociaciones y millares de fieles de uno y otro sexo de todas las clases sociales de la ciudad y hasta de los pueblos circunvecinos. Esta solemnidad tuvo tres partes, y en todas se vió el mismo concurso. Primera, un solemne *Tedéum;* segunda, una Misa á gran orquesta en honor de la Santísima Virgen María del Rosario, titular de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas y Abogada y Patrona de todo el archipiélago magallánico, la cual se celebró en el hermoso templo de Santo Domingo; tercera, una solemnísima procesión en que se llevó y paseó triunfalmente, por las calles de Manila, la imagen devotísima de la misma Reina del Rosario que se venera en dicho templo (1). No pareció á los Superiores

(1) Esta imagen «fué regalada por el caballero D. Luis Pérez Dasmariñas, gobernador que fué interino de las islas (1593): tiene de alto siete palmos; cara y manos de marfil. Es obra de un chino, infiel, bajo la dirección del capitán Hernando de los Ríos, que después se ordenó de sacerdote y salió cual se podía desear. Está labrado con tal primor, que aún

observan las crónicas, que hubiera elogio fúnebre, para mejor interpretar de este modo los Decretos Pontificios sobre el *non cultus* y no prevenir ni remotamente el juicio de nuestra Santa Madre Iglesia, si bien persuadidos de que algún día había de emitirlo favorable, según acaba de hacerlo ahora.

En Roma la noticia de este doble martirio causó tan grata impresión, que á porfía Su Santidad el Papa, que era á la

después de doscientos y cincuenta años (hoy 286) conserva una majestad encantadora, sin embargo de haber perdido mucho de su brillo. Los prodigios que la Virgen ha obrado por su medio la han hecho muy famosa, y los fieles imploran su amparo amoroso en los tiempos más calamitosos. Era tal la fe que el artífice tenía en su imagen, que solía decir, estando avecindado en Ilocos, que no recibiría el bautismo sino en su presencia, lo que al fin verificó con gran consuelo de su alma y alegría de los que asistieron al acto...» «Es la capilla de Nuestra Señora del Rosario de Manila uno de los santuarios más venerados en las islas, y no hay festividad más concurrida que la llamada *Naval*, que anualmente se celebra en la primera dominica de Octubre y su octava...» «Los prodigios que ha obrado son sin número, y muchos están jurídicamente comprobados por el Ordinario, según las formalidades de la presente disciplina. Serían necesarios volúmenes enteros para referir los conocidos, lo que no permite la brevedad de la historia.» (P. Fonseca, tomo 1.º, libro 1.º, cap. II.)



Interior del templo de Santo Domingo de Manila, renovado por los años 1887-89

sazón Benedicto XIV, los Cardenales y Prelados todos ordenaron también que se

rindieran al Todopoderoso gracias debidas, con muchos cultos que al efecto se organizaron. Y de modo especial se esmeró en esto el maestro General de la Orden de Predicadores, Rvdmo. P. Tomás Ripoll, por ser los mártires hijos de esta esclarecida Orden, y porque el Bienaventurado Gil de Federich fué un día súbdito suyo en Barcelona, siendo Provincial de Aragón el dicho Rvdmo. Ripoll. Este entusiasmo subió de punto, al recibir Su Santidad los informes oficiales de este martirio, remitidos por el ilustrísimo señor Vicario Apostólico de aquella Provincia annamita; en los cuales, sobre detallarse muy minuciosamente los sucesos, se hacía una vehementísima exhortación al mundo católico, para que diera gracias al Señor por este glorioso triunfo conseguido contra el paganismo idolátrico de Tunkín y se ponderaban, con gran elocuencia, los méritos, las preclaras dotes de ánimo y religiosidad de los dos campeones de la santa fe católica.

Las actas del Capítulo Provincial de dominicos celebrado en Manila el día 23 de Abril de 1747, al dar conocimiento á

la Corporación del fin dichoso de estos dos hijos suyos, gloria purísima de la Provincia del Santísimo Rosario, se expresaban en estos términos: «Hacemos saber que llegó el tiempo de la recolección á esta nuestra Provincia y sus Misiones, en el cual aparecieron las flores en nuestra tierra y fué sublime, riquísimo el fruto que ella da; no sólo porque es glorioso para el cielo, sino también para el mundo. Efectivamente, en la Corte de Tunkín, el día 22 de Enero de 1745, terminaron felizmente con la pena de degüello el combate sagrado y heroico por la fe y el Evangelio, dos esforzados misioneros de esta nuestra Provincia, á saber, el R. P. Fr. Francisco Gil de Federich, hijo del convento de Barcelona, y el R. P. fray Mateo Alonso Liciniana (1), hijo del con-

(1) Así se llama en todos los libros oficiales, antiguos y modernos, históricos y descriptivos de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas. Sin embargo, en otros libros y en todo el volumen de la *Positio* para la Beatificación se le llama *Leciniana*. Conformes con estos últimos documentos, hemos adoptado en nuestro libro esta última forma del apellido de este santo Mártir, llamándole, como se habrá observado, *Leciniana*. El poner *z* en vez de *c* lo creemos efecto del genio de la lengua italia-

vento de Santa Cruz de Segovia... Del martirio de ellos ya hay escritas varias relaciones, así en lengua latina como en la española, las cuales creemos que, á estas fechas, ya han llegado á las manos de nuestro Rvdmo. P. Maestro General.» Y era así: «El Rvdmo. P. Maestro General, Fr. Tomás Ripoll, vuelven á noticiar los Capitulares, el año 1749, ha enviado á esta Provincia una carta fechada en Roma el día 23 de Noviembre de 1745, en la cual dice que está enterado de la gloriosa muerte de los Venerables Padres fray Francisco Gil de Federich y Fr. Mateo Alonso Liciniana, porque la Sagrada Congregación de *Propaganda Fide,* le comunicó los documentos auténticos sobre esta muerte, confeccionados por el Illmo. Sr. Obispo Coricense, Vicario Apostólico de Tunkín.»

Este Illmo. y Rvdmo. Sr. Obispo, Vicario Apostólico de Tunkín, es D. Fr. Hilario de Jesús, que desde el primer instante tomó con ardor la Beatificación y Canonización de los santos Mártires. Por

na, pues sólo en documentos de aquella nación hemos visto que se diga *Leziniana.*

eso, sin pérdida de tiempo, mandó formar el Proceso ordinario y escribió á Roma de oficio y como cronista particular de la prisión y martirio de los siervos de Dios. Además de estas noticias que daba por cartas, escribió y divulgó á su intento una obra en italiano que lleva este título: *Racconto storico della cattura, prigionia e morte gloriosa de' servi di Dio Padri Francesco Gil de Federich e Matheo Alonso Leciniana, dell'Ordine de' Predicatori.* La cual fué impresa en Roma en 1746 y se repartió profusamente entre los Cardenales, Prelados, clero y fieles de la Ciudad Santa. Esto contribuyó muchísimo á que la devoción á los Venerables Mártires se extendiera en Europa, como extendida estaba desde los principios en los reinos cultos de Asia, y que Dios Nuestro Señor inspirara al Santo Papa la pronta decisión para mandar incoar el Proceso Apostólico. De manera que, sin duda ninguna, podemos afirmar que el Illmo. y Rvdmo. Obispo Coricense, honor de la Orden de San Agustín, fué el primero que, en esta glorificación de nuestros Mártires sobre la tierra, se interesó

y trabajó, con toda la fuerza de su pecho apostólico y del amor grandísimo que profesaba á aquellos dos santos Misioneros.

Y, ciertamente, su labor no fué estéril; pues en bien pocos años, para lo que suelen tardar estos asuntos, los Venerables fueron, no sólo aclamados Mártires, sino también dignos de que la Iglesia de Dios, por el oráculo del Papa, su Vicario en la tierra, los estimara con méritos suficientes para sustanciarse su Proceso que un día debería terminar tributándoles el culto de los Bienaventurados.

El Capítulo Provincial de 5 de Mayo de 1751 continúa la labor del Illmo. Coricense, pidiendo muy encarecidamente al Maestro General de la Orden, Reverendísimo P. Fr. Antonino Bremond, que promueva cerca de la Silla Apostólica, ocupada entonces aún por el sapientísimo Papa Benedicto XIV, la Causa de estos y otros Venerables Mártires que después de ellos tuvo la Provincia del Santísimo Rosario, en el mismo Tunkín y en el imperio de la China. El año 1756 fué elegido Maestro General de la Orden de Predi-

cadores el Emmo. y Rvdmo. P. Fr. Juan de Boxadors, cuyo gobierno es uno de los más gloriosos que ha tenido esta Corporación. En esta altísima dignidad, su amor é inclinación que siempre tuvo, sobre todo siendo Provincial de Aragón, hacia nuestro santo Gil de Federich por los relevantes méritos de éste y porque á él le ligaban, además de los de una misma profesión, los lazos de una misma patria chica, se aumentaron en su alma; y, en su entusiasmo, no descansó hasta lograr que la Causa de estos santos Mártires se introdujera en la Congregación de Sagrados Ritos. Para ello se puso al habla con los señores Vicarios Apostólicos y misioneros de Tunkín, con los Provinciales del Santísimo Rosario de Filipinas y de Aragón y con el Obispo y clero y la ciudad entera de Tortosa; y en España, como en Filipinas, como en Tunkín, secundáronse perfectamente sus entusiasmos. En 1766 anuncia el Emmo. Boxadors á la Provincia del Santísimo Rosario que el asunto de la Causa de los Venerables Mártires en la Curia Romana cada día gana más terreno. Del reino de Tunkín fué

á Roma el dominico sinense, P. Pablo D. Ngnién para activar el Proceso de este asunto. En España, D. Antonio Gil de Federich, hermano del Mártir, Canónigo y

Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Pedro Rocamora y García, actual Obispo de Tortosa

Capiscol de la Catedral de Tortosa, escribe y divulga un compendio de la «Vida y martirio» de su Venerable hermano, y convida en ella á que transmitan á Roma, al expresado P. Ngnién, cuantas noticias se tengan ó adquieran sobre el santo Mi-

sionero, á fin de que mejor se pueda dar cima al anhelo de todos. Los señores Obispos de Tortosa trabajaron igualmente desde el principio para que tan ilustre tortosino fuese Beatificado. En 1769, por mandato de Su Santidad, el Ilustrísimo y Rvdmo. Sr. D. Santiago Hernández, Obispo y Vicario Apostólico de Tunkín, comienza el Proceso Apostólico, en el que trabaja incansable el Rdo. P. Fr. José Benito, dominico, natural de San Felices (Salamanca), que trabajó en aquella Viña del Señor unos 40 años con gran celo y fruto de las almas; por fin, el día 16 de Mayo de 1772, los Emmos. Cardenales que componen la Congregación nombrada al efecto, declaran válidos ambos procesos, el Ordinario y el Apostólico, y Su Santidad el Papa Clemente XIV, siete días después, confirma esta sentencia de la Congregación.

Tal es el curso que siguieron las diligencias para la Beatificación de nuestro Venerable Mártir, y tales, los admirables efectos ó resultados que tuvieron. Hace más de un siglo que el santo Gil de Federich hubiera estado en los altares, si

acontecimientos imprevistos no hubieran paralizado el curso de estas gestiones. Esos acontecimientos son bien patentes á cuantos han estudiado las revueltas políticas, sociales y religiosas en que Europa entera y España é Italia en particular, se han hallado envueltas, á partir de aquella fecha. Como sería salirnos del objeto de este libro entretenernos refiriendo esas vicisitudes por que han pasado la Iglesia y los Estados del Continente, en el largo período de tiempo que media entre Clemente XIV y León XIII, nos limitamos á decir que tales trastornos no sólo paralizaron la continuación de la Causa de nuestro Venerable, sino que además, en las guerras de Tunkín, se perdieron preciosos documentos que habrían podido ilustrar esta Causa é influir en su pronta y feliz terminación. Pero Dios Nuestro Señor, que tiene tiempo para todo, lo ha tenido también para que tan ansiado final llegara. Reseñaremos, en las precisas palabras, la marcha que desde su reasunción hasta terminar, ha seguido esta Causa de la Beatificación de nuestro santo Mártir.

El Rvdmo. Maestro General, Padre Fr. José María Larroca tuvo gran empeño en que nuestros dos Venerables fueran beatificados, y en su virtud, el Reverendísimo Postulador General de la Orden, P. Fr. Vicente Ligiez, volvió á solicitar é instar cerca de la Santa Sede, por medio de la Congregación de Sagrados Ritos, para que esta Causa se revisara y promoviera hasta el fin. Su Santidad el Papa León XIII miró desde entonces con amor y vivo interés este asunto, y el día 10 de Junio de 1891, la Congregación de Sagrados Ritos, cuyo Prefecto era el Emmo. Cardenal Luis Masella, expidió un Decreto, por el cual, en esta Causa, al volver sobre el tapete, después de 119 años, se dispensaba la compulsación, no hecha aún, del Proceso ordinario con el apostólico, siendo aprobado por el Papa dicho decreto. Dos días después, Su Santidad aprobaba asimismo otro Decreto de la misma Congregación, por el cual, siendo Relator Monseñor Agustín Caprara, Promotor de la Santa Fe, se dispensaba igualmente la inquisición *super fama in genere,* y por otro del mis-

mo día y Relación, facultó Su Santidad, que se discutiera el *Dubium de Martyrio, et Causa Martyrii,* juntamente con el *Dubium de signis et miraculis.*

Siendo General de la Orden el Reverendísimo P. Fr. Andrés Frühwirth y Postulador General el Rvdmo. P. Fr. Mauro María Kaiser, y, terminada felizmente la labor que en sí llevan las definiciones sobre las dichas materias, la Orden acudió á Su Santidad; y, con fecha 17 de Noviembre de 1893, mandó el Papa que se fuera adelante en la Causa, y, al efecto, nombró Ponente de ella al Emmo. Cardenal Alfonso Masella; otro decreto Pontificio de 1900 ordena que esta Causa se una y continúe unida hasta la resolución final á la de los Venerables Mártires Castañeda y Liem, también de la Orden de Predicadores y martirizados en Tunkín en 1773; y nombra para esto una Congregación especial que han de componer los Eminentísimos Cardenales A. Masella, Parochi, Vannutelli, Ledochowiski, Gotti, Machi, Stenhuber y Pierotti. Mas, habiendo muerto antes de cumplir esta Congregación su cometido, tres de di-

chos cardenales, Su Santidad Pío X (que Dios guarde) nombró para sustituirlos, con fecha 11 de Diciembre de 1903, á los Eminentísimos Crettoni, Ferratta y Mathieu. Esta Congregación evacuó su informe el día 22 en sentido favorable, y por el Emmo. Cardenal Luis Tripepi, se dió cuenta á Su Santidad, el cual difirió el resolver. Para manifestar el Papa esta su resolución, llamó á su presencia á los Emmos. Cardenales Serafín Crettoni, Prefecto de la Congregación de Sagrados Ritos; Tripepi, Viceprefecto; Rafael Pierotti, Relator de esta Causa, y estando también presentes el Promotor de la Santa fe, Monseñor Alejandro Verde y el Secretario de la dicha Congregación de Sagrados Ritos, Illmo. Panici, Arzobispo de Laodicea, y siendo aquel día el domingo segundo después de la Pascua de Resurrección del año 1904, ó sea, el 17 de Abril, Su Santidad declaró y dijo que constaba del Martirio, su Causa, de la fama y de los milagros de estos Venerables Confesores de Cristo.

En este estado los autos, Su Santidad, que había también declarado que consta-

ba del martirio, su Causa, fama y milagros de otros mártires de Tunkín y dominicos también, á saber: los Venerables Hermosilla, Berrio-Ochoa, Almato y Khang, convocó en su presencia el día 14 de Noviembre de 1905 á la Congregación nombrada al efecto y siendo Relator el Cardenal Crettoni, en su lugar habló el Cardenal Ferratta y propuso esta duda última: «Estando demostrado que los Venerables fueron Mártires y la causa de su martirio y los milagros y prodigios con que Dios los ilustró, ¿se puede proceder con seguridad á su solemne Beatificación?» Todos los Cardenales dijeron que sí; pero el Papa se reservó confirmar esta sentencia en otro día. Este otro día, al fin, fué el 10 de Diciembre del mismo año 1905, que era dominica segunda de Adviento. En este día, pues, Su Santidad, después de celebrar fervorosísimamente el Santo Sacrificio de la Misa, entró en la principal Cámara del Vaticano, y sentándose en el solio Pontificio, llamó cerca de sí á los Emmos. Cardenales Luis Tripepi, Subprefecto de la Congregación de Sagrados Ritos y Domingo Ferratta, juntamente

con el R. P. Monseñor Alejandro Verde, Promotor de la Santa Fe, y el Ilustrísimo Sr. D. Diomedes Panici, Arzobispo de Laodicea, Secretario de la misma Congregación y manifestó su voluntad, que ratificó en un solo decreto, diciendo: «Puede con toda seguridad procederse á la solemne Beatificación de los Venerables siervos de Dios, Francisco Gil de Federich, Mateo Alonso Leciniana, Jacinto Castañeda, Vicente Liem de la Paz, Jerónimo Hermosilla, Valentín Berrio-Ochoa, Pedro Almató y José Khang» (1).

Sentenciada la Causa, sólo faltaba para que venerásemos en los altares á estos Santos Mártires, que Su Santidad expidiera la Bula de Beatificación en San Pedro del Vaticano, donde, para este acto,

(1) Los ocho santos Mártires pertenecen á la Orden de Predicadores y á la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas. El B. Mateo es natural de Nava del Rey, provincia y diócesis de Valladolid; el B. Jerónimo, de Santo Domingo de la Calzada, provincia de Logroño, diócesis de Calahorra; el B. Valentín, de Elorrio, provincia de Vizcaya, diócesis de Vitoria; el B. Jacinto, de Játiva, provincia y diócesis de Valencia; el B. Pedro, de San Feliu Saserra, provincia de Barcelona, diócesis de Vich, y los Beatos Vicente y José, del reino de Tunkín.

se reunen miles de fieles de Roma y de fuera de Roma, con los Cardenales, Dignatarios, Obispos y Prelados de la Curia y Corte Pontificia; y Su Santidad se dignó señalar la fecha de tan fausto acontecimiento para el día 20 de Mayo de este año de 1906 (1).

Día memorable, día de consuelo para toda la Iglesia, y en particular para España y para Tunkín y, por parte del Bienaventurado Francisco Gil de Federich, para la renombradísima y por mil títulos noble ciudad de Tortosa, que un día lo vió nacer en la tierra, lo cristianó en su catedral y hoy le contempla rutilante de gloria en el cielo, entre los coros de los Bienaventurados Mártires, cantando eternamente á Dios Nuestro Señor, á quien por todo y por todos los siglos sean dados el honor y la gloria.

L. D. A.

(1) En esta fecha es Maestro General de la Orden de Predicadores el Rvdmo. P. Fr. Jacinto María Cormier, elegido en el Capítulo General de Viterbo, Mayo de 1904, y Provincial del Santísimo Rosario de Filipinas el M. Rdo. P. Fr. Miguel Narro, que ha sido elegido en el Capítulo Provincial celebrado en Ocaña el 5 de Mayo de este año 1906.

ÍNDICE

Páginas.

Censura de la Orden. 3
Licencia de la Orden. 3
Censura y licencia del Ordinario. 5
Al piadoso lector. 7
Capitulo primero.—De la patria del santo Mártir. 11
Capitulo ii.—Orden en que nuestro Bienaventurado profesa el estado religioso. . 27
Capitulo iii.—Reino de Tunkín. 45
Capitulo iv.—Linaje, nacimiento é infancia de nuestro Bienaventurado. 70
Capitulo v.—Nuestro Bienaventurado profesa en la religión de la Orden de Predicadores. 85
Capitulo vi.—Nuestro Bienaventurado sale para las misiones de Oceanía. 105
Capitulo vii.—Trabajos apostólicos de nuestro Bienaventurado en las islas Filipinas. 115
Capitulo viii.—Nuestro Bienaventurado es destinado á las misiones de Tunkín. . . . 129
Capitulo ix.—Nuestro Bienaventurado es hecho preso por los infieles. 150

Páginas.

Capitulo x.—Nuestro Bienaventurado es conducido preso á la capital del reino.. . 163
Capitulo xi.—Vida que hace nuestro Bienaventurado, preso en la corte de Tunkín.. 177
Capitulo xii.—Sigue sustanciándose en la corte el proceso contra nuestro Bienaventurado. 193
Capitulo xiii.—Prestigio que alcanza en la corte nuestro Bienaventurado y tentativas para conseguir su libertad.. 215
Capitulo xiv.—Glorioso martirio de nuestro Bienaventurado. 236
Capitulo xv.—Honras á los cuerpos de nuestros Bienaventurados y sus inhumaciones. 259
Capitulo xvi.—De las principales virtudes en que sobresalió nuestro Bienaventurado. 277
Capitulo xvii.—Apostolado del Venerable siervo de Dios.. 299
Capitulo xviii.—De algunas profecías y varios milagros del siervo de Dios. 310
Capitulo xix.—De la Beatificación de nuestro Venerable Francisco Gil de Federich. 328

ERRATAS

PÁG.	LINEA	DICE	LÉASE
18	1	Aroldo	Arnaldo
42	17	Lungayén	Lingayén
48	9	mitar	militar
54	Nota	Lino-annamita	Sino-annamita
120	14	manibeles	mariveles
134	18	unáñimes	unánimes
136	20	porque los capítulos	porque en los capítulos
152	16	vigor	rigor
170	10	escontraba	encontraba
170	15	padeciere	padeciera
175	7	Mismo	mismo
178	14	anterior; al	anterior al
213	última	neófitos ó infieles	neófitos é infieles
215	5	1472	1742
216	23	amaba â	amaba
228	3	aunque él	aunque ni él
242	14	cumplir	conseguir
250	20	le dijo	les dijo

Este libro se acabó de imprimir
en la Tipografía Moderna,
Valencia, el sábado 26
de Mayo de
1906.

BIBLIOTECA PUBLICA
TERUEL
BIBLIOTECA PROVINCIAL DEL INSTITUTO DE TERUEL

SEMPERE

FRANCISCO GIL

FA
6229